

AGUAS PROFUNDAS

W. H. HOGDSON

La Nave Abandonada

—Es el material... —dijo el anciano médico de a bordo—. El material, más las condiciones y, tal vez —agregó lentamente—, un tercer factor... sí, un tercer factor, aunque habría que ver, habría que ver...

Interrumpió su frase un poco meditabunda y empezó a cargar la pipa.

—Siga, doctor —dijimos, alentándolo, y con algo más que una ligera expectativa. Estábamos en el salón de fumar del San-a-lea, viajando por el Atlántico Norte; el doctor era todo un personaje. Terminó de cargar la pipa y la encendió; después se acomodó y empezó a explicarse en detalle:

—El material es inevitablemente —dijo con convicción—, el medio de expresión de la fuerza de la vida... el punto de apoyo, por decirlo así, en cuya ausencia ésta es incapaz de expresarse a sí misma o, en realidad, de expresarse en cualquier forma o modo que sea inteligible o evidente para nosotros. El papel del material en la producción de eso que llamamos Vida es tan poderoso y la fuerza de la vida está tan ansiosa de autoexpresarse que estoy convencido de que, dadas las condiciones correctas, ésta se manifiesta incluso a través de un medio tan poco prometedor como es un pedazo de madera; afirmo, caballeros, que la fuerza de la vida es a un tiempo tan ferozmente apremiante y tan indiscriminada como el fuego... el destructor; sin embargo, hay quienes empiezan a considerar a la esencia misma de la vida como exuberante... Hay aquí una exquisita paradoja aparente —concluyó, hamacando su vieja cabeza gris.

—Sí, doctor —dije—. En resumen, usted argumenta que la vida es una cosa, un estado, un hecho o un elemento, llámela como quiera, que demanda un material a través del cual manifestarse, y que dado el material, más las condiciones, el resultado es la vida. En otras palabras, que la vida es un producto de la evolución, manifiesto a través de la materia y multiplicado a partir de las condiciones... ¿No es cierto?

—Tal como entendemos la palabra —dijo el anciano doctor—. Aunque, fíjese, podría haber un tercer factor. Pero estoy íntimamente convencido de que es una cuestión de química; condiciones y un medio adecuado, pero una vez dadas las condiciones, el animal es tan omnipotente que se aferrará a cualquier cosa en la que pueda manifestarse. Es una fuerza engendrada por las condiciones, pero, con todo, esto no nos acerca ni un milímetro a su explicación, no más que a las explicaciones de la electricidad o del fuego. Pertenecen, los tres, a las fuerzas externas: monstruos del vacío. Nada que esté a nuestro alcance puede crear alguna de ellas; nuestro poder se limita a hacer, suministrando las condiciones, para que cada una de ellas se manifieste a nuestros sentidos físicos. ¿Me explico?

—Sí, doctor, en cierto sentido —dije—. Pero no estoy de acuerdo con usted, aunque creo que lo entiendo. Tanto la electricidad como el fuego son lo que podríamos llamar cosas naturales, pero la vida es algo abstracto... una especie de vigilia que todo lo penetra. Oh, no puedo explicarlo, ¡quien podría! Pero es espiritual; no sólo algo surgido de una condición, como el fuego, según dice usted, o la electricidad. El suyo es un pensamiento horrible. La vida es una especie de misterio espiritual...

—¡Tranquilo, muchacho! —dijo el anciano doctor sonriendo suavemente—. O de lo contrario podría pedirte que demostraras el misterio espiritual de la vida de la lapa o del cangrejo, digamos. —Me dirigió una sonrisa de inefable perversidad—. De todos modos —continuó—, supongo que como todos habrán adivinado, tengo para contarles una historia increíble que apoya mi impresión de que la vida no constituye un misterio o un milagro mayor que el fuego o la electricidad. Pero, por favor recuerden, caballeros, que aunque hayamos logrado darles nombre y aprovecharlas, estas dos fuerzas, siguen siendo, en lo fundamental, tan misteriosas como antes. Y, de cualquier manera, lo que voy a contarles no explicará el misterio de la vida; sólo les brindará uno de los pretextos sobre los que descansa mi sensación de que la vida es, como he dicho, una fuerza que se manifiesta a través de condiciones (es decir, la química natural) y que puede tomar para sus propósitos y necesidad la materia más increíble e improbable porque sin materia, no puede existir... no puede manifestarse...

—No estoy de acuerdo con usted, doctor —interrumpí—. Su teoría destruiría toda creencia en una vida posterior a la muerte. Haría que...

—Silencio, hijo —dijo el anciano, con una serena sonrisa de comprensión—. Primero escucha lo que tengo para decir y, de todos modos, ¿qué objeción tienes para la vida material, después de la muerte? y si rechazas un marco material, aún te haría recordar que estoy hablando de la vida, tal como entendemos la palabra en esta, nuestra vida. Ahora tranquilízate, muchacho, o no terminaré nunca:

Ocurrió cuando era joven, es decir, hace muchos años, caballeros. Había rendido mis exámenes, pero estaba tan agotado por el exceso de trabajo que se decidió que me vendría bien un viaje por mar. No estaba en buena posición económica y al fin y al cabo me alegró procurarme un módico puesto de médico en un clíper de vela para pasajeros, que se dirigía a China.

La embarcación se llamaba Bheotpte y poco después de cargar todo mi equipo a bordo desamarró, y nos dejamos caer por el Támesis; al día siguiente nos habíamos alejado ya por el Canal.

El capitán se llamaba Gannington, un hombre muy honesto aunque bastante iletrado. El primer piloto, el señor Berlies, era un hombre sereno, austero, reservado, muy educado. El segundo piloto, el señor Selvern, era, tal vez por cuna y crianza, el más cultivado socialmente de los tres, pero carecía del vigor y la resolución indomable de los otros dos. Era más bien un sensitivo y en lo emotivo, e incluso en lo mental, el más alerta de los tres.

Hicimos escala en Madagascar, donde desembarcamos algunos pasajeros, después seguimos en dirección al este, con la intención de hacer otra escala en el Cabo Noroeste, pero a unos cien grados este topamos con un tiempo espantoso, que nos llevó todas las velas y abatió el botalón de bauprés y el mástil del juanete de proa.

La tormenta nos llevó varios cientos de millas al norte y cuando por fin nos dejó nos encontramos en muy malas condiciones. La embarcación, puesta a prueba había dejado entrar casi un metro de agua a través de las costuras de los tablones; la mastelera mayor se había quebrado, además del botalón de bauprés y el mástil del juanete de proa; habían desaparecido dos botes, como así también una de las jaulas para cerdos (con tres espléndidos ejemplares), que fue arrastrada por el agua apenas media hora antes de que el viento amainara, lo que ocurrió con rapidez; el mar siguió muy picado durante varias horas.

El viento se calmó justo al anochecer y el amanecer trajo consigo un tiempo espléndido: un mar calmo, apenas ondulado y un sol brillante, sin viento. Nos mostró además que no estábamos solos porque a unas dos millas al oeste había otra embarcación que el señor Selvern, el segundo piloto, me señaló.

—Es un paquebote bastante singular, doctor —dijo y me tendió el catalejo. Miré por él hacia la otra embarcación y vi lo que quería decir; al menos, creí verlo.

—Sí, señor Selvern —dije—. Tiene un aspecto bastante anticuado.

Se rió de mí, con su agradable modo de ser.

—Es fácil advertir que usted no es marino, doctor —observó—. Hay una docena de cosas singulares en él. Es una nave abandonada y ha estado flotando, por lo que se ve, durante unos cuantos años. Mire la forma de la bovedilla, y la proa, y el tajamar. Es tan vieja como las colinas, podríamos decir, y tendría que haberse ido a reunir con Davy Jones¹ hace un buen tiempo. Mire las excrecencias que tiene y el espesor de los aparejos fijos; calculo que todo eso son incrustaciones de sal, ¿nota el color blanco? Ha sido una barca pequeña: fíjese que apenas si le queda un metro de arboladura superior. No queda nada en las eslingas; todo está podrido; me pregunto si los aparejos fijos no habrán desaparecido también. Me gustaría que el viejo nos permitiera ir en bote a darle un vistazo; podría valer la pena.

Sin embargo, parecía poco probable que esto ocurriera porque se necesitaban todos los tripulantes y éstos estuvieron ocupados todo el día reparando mástiles y aparejos, lo que como pueden imaginar, llevó un largo tiempo. Durante un rato les di una mano, haciendo girar un cabestrante de cubierta; el ejercicio me hacía bien para el hígado. El viejo capitán Gannington dio su consentimiento y lo convencí de que se uniera a mí y probara la misma medicina, cosa que hizo; mientras trabajábamos fuimos intimando.

Hablamos del navío abandonado y señaló lo afortunados que habíamos sido al no dar de lleno con él en la oscuridad ya que estaba en línea recta a sotavento de

¹ Espíritu o demonio marino, al que se referían con frecuencia los navegantes.

nosotros, tomando como base la dirección en que nos había hecho derivar la tormenta. Además, opinaba que tenía un aspecto extraño y que era bastante viejo, pero era evidente que en este último punto conocía mucho menos que el segundo piloto porque, como he dicho, era un hombre iletrado y no sabía nada sobre barcos de mar, aparte de lo que la experiencia le había enseñado. Carecía del conocimiento libresco que tenía el segundo piloto sobre embarcaciones anteriores a su época, a las que pertenecía evidentemente la nave abandonada.

–Es una de las viejas, doctor –fueron todas sus observaciones al respecto.

Sin embargo, cuando le mencioné que sería interesante abordarla y recorrerla, asintió con un movimiento de cabeza, como si la idea ya hubiese estado en su mente y se ajustara a sus propias inclinaciones.

–Cuando terminemos el trabajo, doctor –dijo–. Usted bien sabe que no puedo desperdiciar hombres ahora. Debemos, tener todo listo tan pronto como podamos. Pero tomaremos mi falúa y saldremos en la segunda guardia. El barómetro está firme y será como un paseo para nosotros.

Esa tarde, después del té, el capitán ordenó que prepararan la falúa y la pasaran por encima de la borda. El segundo piloto iba a venir con nosotros y el patrón de a bordo le indicó que pusiera dos o tres lámparas en el bote porque pronto caería la noche. Poco después remábamos a través del mar en calma, con una tripulación de seis remos y a muy buena velocidad.

Bien, caballeros, les he detallado con gran exactitud todos los hechos, tanto los mayores como los menores, de modo que puedan seguir paso a paso cada incidente de este asunto extraordinario; quiero que ahora presten la más cuidadosa atención.

Yo iba sentado a popa con el segundo piloto y el capitán, que se encargaba del timón; cuando nos acercamos más a la nave extraña, la estudié con atención creciente, cosa que también hacían el capitán Gannington y el segundo piloto. Estaba, como saben, en dirección oeste con respecto a nosotros y el crepúsculo desplegaba tras ella una gran llama de luz roja, de modo que el contorno era borroso y vago, a causa del halo de la luz, que casi derrotaba cualquier intento de la mirada por ver los mástiles y los aparejos fijos, sumergidos como estaban en la ígnea gloria del crepúsculo.

Fue por este efecto del crepúsculo que nos habíamos acercado bastante, en comparación, al navío abandonado, antes de que viéramos que estaba rodeado por completo por una especie de curiosa película de materia, sobre cuyo color era difícil decidirse debido a la luz roja de la atmósfera, aunque más tarde descubrimos que era marrón. Esta película rodeaba la nave en una extensión de varios centenares de metros, formando un parche enorme, irregular, del que se desprendía hacia el este, por sobre nuestro costado de estribor, a unas veinte brazas de distancia, un poderoso hedor.

–Materia extraña –dijo el capitán Gannington, inclinándose sobre el borde y observándola–. Debe de haberse podrido algo en el cargamento y se abrió paso a través de las juntas.

–Observen las amuras y la popa –dijo el segundo piloto–. Fíjense en lo que crece sobre ella.

Tal como decía había grandes aglutinaciones de una fungosidad marina de extraño aspecto bajo las amuras y la corta bovedilla de popa. Del muñón del botalón de bauprés y el tajamar colgaban grandes barbas de escarcha y excrecencias marinas hacia la película marrón que circundaba el navío. El liso costado de estribor daba a nosotros, toda una superficie muerta, de un color blancuzco sucio, rayada y manchada vagamente con masas opacas de color más denso.

–Está brotando vapor o niebla de ella –dijo el segundo piloto, hablando otra vez–. Se lo puede ver contra la luz. Se mantiene fluctuando. ¡Miren!

Vi lo que quería decir: una tenue bruma o vapor estaba suspendida sobre el antiguo navío o se alzaba de él, y el capitán Gannington también lo vio:

–¡Combustión espontánea! –exclamó–. Tendremos que tener cuidado cuando alcemos las escotillas; a menos que haya algún pobre diablo a bordo, pero no me parece.

Ahora estábamos a unos doscientos metros del viejo navío abandonado y habíamos penetrado en la sustancia marrón. Cuando goteó de los remos alzados, oí que uno de los hombres murmuraba para sí: "¡maldita melaza!" y, en realidad, era algo por él estilo. A medida que el bote se acercaba más y más al viejo barco, la sustancia se hacía más y más densa, tanto que al fin disminuyó notablemente nuestro avance.

– ¡Remen, muchachos! ¡Un poco de pulmón! –voceó el capitán Gannington, y de allí en adelante sólo se oyó el sonido de los hombres jadeando y el succionar repetido, leve, de la tétrica sustancia marrón sobre los remos, a medida que el bote se esforzaba por avanzar. Mientras nos movíamos, tomé conciencia de un olor especial en el aire crepuscular y, aun cuando no tenía dudas de que lo alzaban los remos al agitar la película marrón, sentí que en cierto modo era vagamente familiar; sin embargo no pude darle nombre.

Ahora estábamos muy cerca del viejo navío y pronto se alzó sobre nosotros contra la luz moribunda. El capitán gritó entonces:

–¡Fuerte con los remos de proa, y estén listos con el bichero! –orden que fue cumplida.

–¡Eh! ¿hay alguien a bordo? ¡Eh! ¡Eh! ¿hay alguien a bordo? –gritó el capitán Gannington; pero sólo le respondió el desafinado sonido de la voz perdiéndose en mar abierto, cada vez que llamaba.

–¡Eh! ¿Hay alguien a bordo? ¡Eh! –gritó, una y otra vez, pero sólo nos contestaba el cansado silencio del antiguo casco; mientras él gritaba, en el momento que miré hacia arriba con cierta expectativa, me invadió un extraño y leve sentimiento de opresión que llegaba casi al nerviosismo. Luego se disipó, pero recuerdo cómo advertí de pronto que estaba oscureciendo. La oscuridad cae con bastante rapidez en los trópicos aunque no tanto como parecen creer muchos narradores; pero no se trataba de la oscuridad, que en esos pocos momentos se había

profundizado de modo perceptible, sino de que los nervios me habían vuelto de pronto algo hipersensible. Menciono en especial mi estado porque por lo común no soy un hombre excitable y mi súbita punzada de nervios fue significativa, si se tiene en cuenta lo que ocurrió.

—¡No hay nadie a bordo! —dijo el capitán Gannington—. ¡A los remos, hombres! —porque la tripulación del bote había descansado instintivamente sobre los remos, cuando el capitán gritó hacia la vieja embarcación. Los hombres volvieron a remar y entonces el segundo piloto gritó excitado:

—¡Caramba, miren, allí está nuestra jaula decerdos! Miren, tiene la palabra Bheotpte pintada en un extremo. Ha derivado hasta aquí y la película marrón la atrapó. ¡Qué bendita maravilla!

Tal como había dicho, era la pocilga que había sido llevada por las aguas durante la tormenta y era extraordinario que hubiera llegado allí.

—La remolcaremos al volver —observó el capitán y le gritó a la tripulación que se esforzaran con los remos porque éstos apenas movían el bote, debido a que la sustancia marrón era tan densa cerca de la vieja nave que literalmente obstruía el avance del bote. Recuerdo que me impresionó como algo curioso, de un modo a medias consciente, que la pocilga con nuestros tres cerdos muertos hubiese podido adentrarse tanto sin ayuda, mientras que nosotros apenas podíamos forzar el bote para que penetrara dentro de aquella materia. Pero el pensamiento se me fue de la mente porque ocurrieron muchas cosas en los minutos siguientes.

Los hombres consiguieron poner el bote junto al costado, a unos sesenta centímetros del navío abandonado y el hombre del bichero lo enganchó.

—¿Pudiste engancharlo, allá adelante? —preguntó el capitán Gannington.

— ¡Sí, señor! —dijo el hombre de proa y cuando habló se oyó un extraño ruido a desgarramiento.

—¿Qué fue eso? —preguntó el capitán.

—Se rajó, señor. ¡Se rajó limpiamente! —dijo el hombre y el tono indicaba que había recibido una especie de conmoción.

—¡Vuelve a engancharlo entonces! —dijo el capitán Gannington, irritado—. ¡No esperarás que este cascarón haya sido construido ayer! Empuja el bichero dentro de las cadenas principales —el hombre lo hizo, podría decirse que con cautela; en la oscuridad creciente me pareció que no se esforzaba con el gancho, aunque, desde luego, no era necesario; como comprenderán, el bote no podía ir muy lejos por sus propios medios dentro de la materia en la que estaba empotrado. Recuerdo haber pensado esto mientras alzaba la cabeza hacia el costado sobresaliente del antiguo navío. Entonces oí la voz del capitán Gannington:

—¡Señor! ¡Sí que es viejo! ¡Y qué color, doctor! ¡No necesita pintura, ya lo creo!... Bien, que alguien me alcance uno de los remos.

Le pasaron un remó, y lo alzó, y lo apoyó contra el antiguo flanco saliente; hizo una pausa y le ordenó al segundo piloto que encendiera un par de lámparas y

estuviera listo para alcanzárselas cuando subiera; la oscuridad se había posado sobre el mar.

El segundo piloto encendió dos de las lámparas, y le dijo a uno de los hombres que encendiera una tercera y la mantuviera a mano en el bote; después cruzó, con una lámpara en cada mano, hasta donde el capitán Gannington estaba de pie junto al remo que se apoyaba en el costado de la nave.

—Ahora, compañero —le dijo el capitán al hombre que había remado—, sube y te alcanzaremos las lámparas.

El hombre saltó para obedecer, se agarró del remo, cargó su peso sobre él y, al hacerlo, algo pareció ceder un poco.

—¡Miren! —gritó el segundo piloto y señaló con la lámpara en la mano—. ¡Se hundió!

Era cierto. El remo había hecho un agujero considerable en el costado sobresaliente, un poco resbaloso, del antiguo navío.

—Moho, supongo —dijo el capitán Gannington inclinándose hacia el barco abandonado para observar. Después, dirigiéndose al hombre—. Arriba, compañero, y muévete... ¡No te quedes esperando!

Ante estas palabras, el hombre, que haba hecho una pausa momentánea cuando sintió que el remo cedía bajo su peso, empezó a trepar y en pocos segundos estuvo a bordo y se asomó por encima de la barandilla en busca de las lámparas. Se las alcanzaron y el capitán le ordenó que afirmara el remo. Entonces le tocó al capitán Gannington, que me ordenó que lo siguiera, y después de mí al segundo piloto.

Cuando el capitán se asomó por sobre la barandilla emitió un grito de asombro:

—¡Moho, por Dios! ¡Moho... en toneladas!... ¡Dios mío!

Cuando lo oí gritar eso, trepé con más ansiedad detrás de él y uno o dos segundos después pude ver lo que quería decir. En todos los lugares bañados por la luz no había más que suaves y grandes masas y superficies de un moho de color blancuzco. Pasé por encima de la barandilla, con el segundo piloto siguiéndome de cerca, y nos detuvimos sobre las cubiertas forradas de moho. A juzgar por lo que sentíamos con los pies bien podría no haber tablones bajo el moho. Cedía bajo nuestros pasos, con una sensación esponjosa, blanduzca. Cubría los avíos de cubierta de la vieja nave, de modo tal que la forma de cada implemento o accesorio con frecuencia apenas si se sugería bajo él.

El capitán Gannington le arrebató una lámpara al tripulante y el segundo piloto tomó la otra. Sostuvieron las lámparas en alto y todos miramos. Era algo extraordinario y, en cierto sentido, sumamente abominable. No puedo pensar en otra palabra, caballeros, que describa mejor el sentimiento predominante que me afectó en ese momento.

—¡Por el Señor! —dijo el capitán Gannington varias veces—. ¡Por el Señor! —pero ni el segundo piloto ni el tripulante decían nada y, por mi parte, me limité a mirar y al mismo tiempo empecé a olfatear un poco el aire; había un olor incierto algo familiar, que por algún motivo me provocó un sentimiento de temor conocido a medias.

Me volví a uno y otro lado mirando como he dicho. En algunos puntos el moho era tan denso como para disimular por completo lo que había abajo convirtiendo los implementos de cubierta en montículos indeterminables de moho, todos color blanco sucio, manchados y veteados con señales irregulares de púrpura opaca.

Había algo extraño en el moho que el capitán Gannington nos hizo notar: era que nuestros pies no lo trituraban ni traspasaban la superficie, como era de esperar, sino que se limitaban a causar depresiones.

—¡Nunca he visto algo así!... ¡Nunca! —dijo el capitán, después de haberse agachado para examinar el moho bajo nuestros pies. Lo golpeó con el talón y la materia emitió un sonido apagado, blanduzco. Se agachó una vez más, con un movimiento veloz, y observó con atención, manteniendo la lámpara cerca de la cubierta—. ¡Bendito sea, es como una piel uniforme! —dijo.

El segundo piloto, el tripulante y yo nos agachamos y lo miramos. El segundo piloto lo empujó con el índice y recuerdo haberlo golpeado varias veces con los nudillos para oír el sonido muerto que emitía mientras notaba la textura cerrada, firme del moho.

—¡Una masa! —dijo el segundo piloto—. ¡Es como una bendita masa! ¡Puf! —se irguió con un movimiento rápido—. Me pareció que hedía un poco —dijo.

Cuando dije esto, supe de pronto qué era lo que había de familiar en el olor incierto que se cernía sobre nosotros: que el olor tenía algo de animal, algo semejante al olor que puede olfatearse en cualquier sitio infestado de ratones, sólo que más denso. Empecé a mirar a nuestro alrededor con una inquietud repentina, muy concreta... Podía haber vastas cantidades de ratas hambrientas a bordo... Podían resultar muy peligrosas si estaban muertas de hambre; sin embargo, como comprenderán, en cierto sentido vacilaba en exponer mi idea como razón para la cautela; era demasiado fantasiosa.

El capitán Gannington había empezado a dirigirse a la popa, por el puente cubierto de moho, con el segundo piloto; cada uno sostenía la lámpara en alto, como para arrojar una buena luz sobre el navío. Me volví con rapidez y los seguí, con el tripulante pisándome los talones y evidentemente intranquilo. Mientras avanzábamos, tomé conciencia de una sensación de humedad en el aire y recordé la tenue niebla, o humo sobre el viejo barco, que había llevado al capitán Gannington a sugerir la combustión espontánea como explicación.

Mientras avanzábamos nos seguía aquel olor incierto, animal, y, de pronto, me encontré deseando que estuviéramos bien lejos del antiguo navío.

Súbitamente, unos pasos después, el capitán se agachó y señaló una hilera de formas ocultas por el moho a cada lado de la cubierta.

—Cañones —dijo—. Supongo que ha sido de un corsario, en los viejos tiempos ¡o algo peor! Echaremos un vistazo abajo, doctor; podría haber algo que valiera la pena. Es más viejo de lo que pensaba. El señor Selvern piensa que tiene unos trescientos años; pero no creo que sea tan viejo.

Seguimos nuestro camino hacia la popa y recuerdo que me descubrí caminando con la mayor suavidad y cautela posible; como si tuviera temor subconsciente de hundirme a través de la cubierta podrida y cubierta de moho. Creo que los demás tenían la misma impresión a juzgar por el modo como caminaban. En ocasiones, el moho blando se adhería a los talones, soltándolos con un tenue, tétrico, ruido a succión.

El capitán se adelantó un poco al segundo piloto y sé que la sugestión que se había hecho a sí mismo, de que tal vez hubiese algo abajo que valiera la pena llevarse, le había estimulado la imaginación. Sin embargo, el segundo piloto estaba empezando a sentir lo mismo que yo; al menos, tuve esa impresión. Creo que de no mediar lo que podría describir con justicia como el coraje tenaz del capitán Gannington, muy pronto hubiéramos pasado todos sobre la borda para irnos; porque ciertamente había una sensación malsana a bordo, que hacía que uno perdiera extrañamente el valor; pronto advertirán que tal sensación estaba justificada.

En el momento en que el capitán llegaba a los escasos escalones cubiertos de moho que llevaban a la breve cubierta de popa, tomé conciencia de pronto de que la sensación de humedad en el aire había aumentado hasta hacerse bien definida. Ahora era perceptible, en forma intermitente, como una especie de tenue y húmedo vapor neblinoso, que iba y venía de modo irregular y parecía, de vez en cuando, borrar un poco la cubierta. En una ocasión, una ráfaga accidental surgió de pronto de algún lugar y me dio en la cara, llevando consigo un olor peculiar, enfermizo, denso, que por algún motivo me asustó extrañamente, con una sugerencia de un peligro acechante y a medias comprendido.

Habíamos subido tras el capitán los tres escalones cubiertos de moho y ahora avanzábamos lentamente a lo largo de la elevada cubierta de popa.

Junto al palo de mesana el capitán Gannington hizo una pausa y le acercó la linterna...

–Le doy mi palabra, señor –le dijo al segundo piloto–, de que está bastante engrosado por el moho; caramba, debe tener un metro veinte de grueso –bajó la linterna hasta donde el mástil se unía a la cubierta–. ¡Por el Señor! –dijo–. ¡Miren qué piojos de mar!

Di un paso y los vi, había una densa capa de piojos de mar sobre él, algunos de ellos enormes, casi del tamaño de un escarabajo grande y todos diáfanos, incoloros, como agua, salvo donde se veían pequeñas manchitas grises, evidentemente los órganos internos.

–¡Nunca había visto iguales, salvo en un bacalao vivo! –dijo el capitán Gannington en tono muy turbado–. ¡Caramba! ¡Pero son anormales! –después siguió, pero unos pasos más allá se volvió a detener y acercó la lámpara a la cubierta oculta por el moho– ¡Dios me bendiga, doctor! –me llamó, en voz baja–. ¿Vio alguna vez cosa igual? ¡Caramba, debe tener treinta centímetros de largo!

Miré por encima de su hombro y vi lo que quería decir; era una criatura diáfana, incolora, de unos treinta centímetros de largo y diez de alto, con un lomo

curvo extraordinariamente estrecho. Mientras mirábamos, amontonados, ejecutó un extraño movimiento y desapareció.

—¡Saltó! —dijo el capitán—. ¡Bueno, que me maten si no es el piojo de mar más grande que he visto en mi vida! Calculo que saltó limpiamente seis metros —enderezó la espalda y se rascó la cabeza por un momento, hamacando de un lado a otro la linterna con la otra mano y mirándonos—. ¡Qué están haciendo ellos a bordo! —dijo—. Uno puede verlos (más chicos) sobre un bacalao gordo y cosas por el estilo... Que me maten si entiendo, doctor.

Dirigió la lámpara a un gran montículo de moho que ocupaba parte de la zona posterior de la cubierta de popa baja, poco más allá de la cual aparecía una "caída" de sesenta centímetros hacia una especie de toldilla secundaria y más alta, que corría en dirección a la popa hasta el remate de la misma. El montículo era bastante grande, de unos dos metros de ancho y más de uno de alto. El capitán Gannington subió hasta él:

—Supongo que es el barril de agua —observó y le propinó un fuerte puntapié. El único resultado fue una profunda depresión en la enorme, blancuzca joroba de moho, como si hubiese metido el pie en una masa de sustancia pastosa. Sin embargo, no es del todo exacto decir que fue el único resultado porque ocurrió otra cosa... En el lugar hundido por el pie del capitán apareció un pequeño chorro de fluido púrpura, acompañado por un olor particular que era, y no era, familiar hasta cierto punto. Un poco de la sustancia mohosa se había adherido a la punta de la bota del capitán y de allí también brotaba un sudor, por decirlo así, del mismo color.

—¡Bien! —dijo el capitán Gannington sorprendido y echó atrás el pie para darle otro puntapié a la joroba de moho; pero hizo una pausa, ante una exclamación del segundo piloto:

—¡No lo haga, señor! —dijo éste.

Lo miré de soslayo y la luz de la lámpara del capitán Gannington me mostró su rostro confundido, medio asustado, como con un temor incierto, repentino e inesperado, y como si su lengua hubiese puesto al descubierto su súbito temor, sin que él tuviera la menor intención de hablar.

El capitán también se volvió y lo miró:

—¿Por qué, señor? —preguntó, con voz turbada por algún motivo, a través de la cual sonaba un vaguísimo matiz de molestia—. Tenemos que mover este armatoste si queremos llegar abajo.

Miré al segundo piloto y me pareció que, curiosamente, estaba escuchando menos al capitán que a cualquier otra cosa.

De pronto dijo con una voz peculiar:

—¡Escuchen, todos!

Sin embargo, no oímos nada, aparte del débil murmullo de los hombres que conversaban abajo, en el bote.

—No oigo nada —dijo el capitán Gannington, después de una breve pausa—. ¿Usted, doctor?

–No –dije.

–¿Qué creíste haber oído? –preguntó el capitán, volviéndose hacia el segundo piloto. Pero el segundo piloto sacudió la cabeza,, de un modo curioso, casi irritado, como si la pregunta del capitán le impidiera seguir oyendo. El capitán Gannington lo miró fijamente un momento, casi inquieto. Sé que sentí una extraña sensación de tensión. Pero la luz no mostraba nada, aparte del grisáceo color blanco-sucio del moho.

–Señor Selvern –dijo por fin el capitán, mirándolo–, no se ponga a imaginar cosas. Haga el favor de controlarse. ¿No sabe acaso que no oyó nada?

–¡Estoy seguro de haber oído algo! –dijo el segundo piloto–. Me pareció oír... –se interrumpió en seco y pareció escuchar con una intensidad casi dolorosa.

–¿Cómo sonaba? –pregunté.

–Todo marcha bien, doctor –dijo el capitán Gannington soltando una risita–. Puede darle un tónico cuando regresemos. Voy a mover este armatoste.

Retrocedió y pateó por segunda vez la horrible masa, que según suponía ocultaba la escalera de la bodega. El resultado del puntapié fue alarmante porque todo el objeto se bamboleó blandamente, como un montón de gelatina malsana.

Apartó el pie con rapidez y dio un paso atrás, mirándolo fijamente y dirigiendo la lámpara hacia él:

–¡Por Dios! –dijo, y era evidente que sentía un auténtico terror–. ¡La maldita cosa se ha ablandado!

El hombre había retrocedido corriendo varios pasos, apartándose del montículo repentinamente flácido, y parecía muy asustado. Aunque estoy seguro de que no tenía la menor idea de qué es lo que lo atemorizaba. El segundo piloto se quedó de pie donde estaba y miraba. Por mi parte, sé que me había invadido una horrible intranquilidad. El capitán seguía dirigiendo la luz hacia el montón bamboleante y lo miraba fijamente:

–¡Se ha vuelto blando por completo! –dijo–. Ahí no hay ningún barril. ¡No hay ni una maldita pieza de madera adentro de eso! ¡Puf, qué olor raro!

Rodeó el extraño montículo hasta la parte posterior, para ver si podía haber alguna señal de una abertura que diera al interior del casco tras el gran montón de materia mohosa. Y entonces:

–¡ESCUCHEN! –repitió el segundo piloto, con el más extraño tono de voz.

El capitán Gannington se enderezó por completo y sobrevino una pausa de la más completa quietud, en la que no se advertía ni siquiera el murmullo de los hombres del bote. Todos lo oímos: una especie de ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! sordo, suave, en algún punto del casco debajo de nosotros; sin embargo era tan incierto que yo podría haber dudado de que lo oía, si no hubiera sido porque, también los demás lo hacían.

El capitán Gannington se volvió de pronto hacia donde estaba el tripulante:

–Dícales... –empezó. El sujeto gritó algo e hizo un gesto. En su rostro, por lo común poco emotivo, había aparecido una tensión. Como podrán imaginarse, yo también miré. Lo que el hombre señalaba era el gran montón. Vi lo que indicaba.

De los dos huecos producidos en la sustancia mohosa por la bota del capitán Gannington, el fluido púrpura surgía de modo singularmente regular, como si fuera expulsado por una bomba. ¡Mi Dios! ¡Ya lo creo que miré! Y mientras miraba, un chorro mayor brotó y llegó hasta donde estaba el tripulante, salpicándole las botas y las perneras del pantalón.

El sujeto había estado bastante nervioso antes, de un modo estólido, ignorante y su acobardamiento había ido creciendo sin cesar; pero, ante esto, sencillamente emitió un aullido y giró para correr. Se detuvo un instante, como si lo hubiera invadido un súbito temor ante la oscuridad que inundaba la cubierta entre él y el bote. Le arrebató la linterna al segundo piloto; se la arrancó de la mano y se lanzó torpemente por sobre el maligno hedor del moho.

El señor Selvern, el segundo piloto, no dijo una palabra; se quedó mirando con fijeza las corrientes gemelas de extraño olor, color púrpura opaco, que surgían del montón bamboleante. El capitán Gannington, en cambio, rugió ordenando al hombre que volviera; pero éste siguió corriendo a través del moho, al parecer con los pies obstruidos por aquella materia, como si de pronto se hubiese puesto blanda. Corría, en zig zag, con la linterna oscilando en círculos demenciales, cuando liberaba los pies en medio de un continuo plop, plop; incluso desde donde estaba pude oír sus jadeos atemorizados.

–¡Regresa con esa lámpara! –rugió el capitán otra vez, pero el hombre siguió sin hacerle caso y el capitán Gannington se quedó un instante en silencio, con los labios moviéndose de un modo particular, desarticulado, como si estuviera momentáneamente aturdido por la propia intensidad de su ira ante la insubordinación del hombre. Y en el silencio oí otra vez los sonidos:

Tud! ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! –ahora muy nítidos me pareció que latiendo, exactamente bajo mis pies, pero en lo profundo.

Bajé la cabeza hacia el moho sobre el que estaba de pie, con una impresión rápida, desagradable ante lo terrible que me rodeaba; después miré al capitán e intenté decir algo, tratando de no parecer asustado. Vi que se había vuelto una vez más hacia el montículo y que estaba escuchando. Hubo un momento más de silencio absoluto; al menos sé que yo no era consciente de ningún sonido que no fuese ese extraordinario ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! en algún lugar del casco enorme, debajo de nosotros.

El capitán movió los pies con un movimiento súbito, nervioso; cuando los levantó, el moho hizo iplop! iplop! Me dirigió entonces una mirada rápida, tratando de sonreír, como si no le diera mucha importancia al asunto:

–¿Qué piensa de esto, doctor? –dijo.

–Creo... –empecé. Pero el segundo piloto interrumpió con una sola palabra; la voz sonó un poco aguda, en un tono que nos hizo mirarlo al instante:

—¡Miren! —dijo y señaló el montículo. Todo el objeto era recorrido por un lento estremecimiento. Una extraña onda salió de él, corrió a lo largo de la cubierta, como una ola que se aleja hacia la costa en un mar en calma. Llegó a un montículo un poco hacia la proa en relación a nosotros, que yo había confundido con el tragaluz de la cabina y en un momento el segundo montículo se hundió casi a nivel de la cubierta circundante, estremeciéndose blandamente de modo extraordinario. Un temblor súbito y rápido se apoderó del moho, exactamente debajo del segundo piloto y éste emitió un grito corto, ronco y estiró los brazos hacia los costados para mantener el equilibrio. El temblor del moho se extendió y el capitán Gannington se bamboleó separando los pies mientras profería una súbita maldición de temor. El segundo piloto saltó hasta él y lo aferró por la muñeca:

—¡El bote, señor! —dijo, expresando lo que a mí me había faltado el valor de decir—. Por el amor de Dios...

Pero no llegó a terminar porque un tremendo grito ronco cortó sus palabras. Ambos se volvieron para mirar. Yo pude ver todo desde mi posición. El hombre que se había alejado corriendo de nosotros estaba parado más allá de la mitad del navío, a casi dos metros de las amuradas. Se balanceaba de un lado a otro, gritando de un modo horrible. Parecía estar tratando de levantar los pies y la luz de la linterna oscilante mostraba un espectáculo casi increíble. A su alrededor, el moho se movía activamente. Los pies se habían perdido de vista. Aquella materia parecía estar lamiéndole las piernas y bruscamente se vio su carne desnuda. La horrible materia le había desgarrado por completo las perneras de los pantalones, como si fueran de papel. El hombre emitió un aullido horrible y, con un enorme esfuerzo, pudo arrancar una pierna. Estaba parcialmente destruida. Al instante siguiente se derrumbó, y la materia avanzó sobre él como si estuviera realmente viva, con una horrenda vida salvaje. Era sencillamente infernal. El hombre había desaparecido. Donde había caído se veía ahora un montículo alargado, retorciéndose, en continuo y horrible aumento, a medida que el moho parecía moverse hacia él en extrañas ondas desde todos lados.

El capitán Gannington y el segundo piloto guardaban un silencio pétreo, hundidos en un terror atónito e incrédulo; pero yo comenzaba a concebir una explicación grotesca y terrible, al mismo tiempo auxiliado y estorbado por mi formación profesional.

Hubo un fuerte grito en el bote, de pronto vi aparecer el rostro de los hombres sobre la barandilla. Durante un momento se vieron con nitidez, a la luz de la lámpara que el hombre le había arrebatado al señor Selvern porque, extrañamente, la lámpara estaba erguida e intacta sobre cubierta, un poco más allá de aquel montículo horrible, alargado, creciente, que seguía temblando y retorciéndose con un horror increíble. La lámpara se alzaba y caía sobre las ondas de moho que pasaban, exactamente como lo haría un bote sobre un suave oleaje. Resulta de cierto interés para mí, en el plano psicológico, recordar ahora cómo ese alzarse y caer de la linterna me hizo percibir,

más que cualquier otra cosa, el carácter incomprensible y la espantosa extrañeza de todo aquello.

Los rostros de los hombres desaparecieron con súbitos alaridos, como si se hubieran resbalado o los hubieran herido de pronto y hubo un renovado resonar de gritos en el bote. Los hombres gritaban que nos fuéramos, que nos fuéramos. En el mismo instante, sentí mi bota izquierda absorbida hacia abajo, con un vigor doloroso, horrible. La liberé de un tirón, con un furioso alarido de miedo. Más allá de nosotros vi que toda la superficie maligna se movía y bruscamente me descubrí gritando con una curiosa voz asustada:

–¡El bote, capitán! ¡El bote, capitán!

El capitán Gannington giró la cabeza para mirarme, sobre el hombro derecho, de un modo especial, opaco, que me indicaba su total aturdimiento ante el carácter perturbador e incomprensible de lo que ocurría. Di un paso rápido, torpe, nervioso, hacia él, lo aferré del brazo y lo sacudí con violencia.

–¡El bote! –le grité–. ¡El bote! ¡Por el amor de Dios, ordene a los hombres que traigan el bote a popa!

Entonces el moho debió haberle absorbido los pies hacia abajo porque vociferó con ferocidad, transformando su apatía pasajera en furiosa energía. El cuerpo compacto, musculoso se dobló, se retorció con el esfuerzo enorme, y empezó a golpear como un loco, dejando caer la linterna. Con un sonido a desgarramiento pudo arrancar y liberar los pies. La realidad y la necesidad de la situación habían llegado por fin a él, con toda brutalidad y les estaba vociferando a los hombres del bote:

–¡Traigan el bote a popa! ¡Traigan el bote a popa!

El segundo piloto y yo gritábamos lo mismo, como locos.

–¡Por amor de Dios, apuren, muchachos! –rugió el capitán y se agachó con rapidez a recoger la lámpara, que aún ardía. Los pies fueron atrapados una vez más y el capitán los alzó, blasfemando sin aliento y dando un salto de casi un metro. Después emprendió carrera hacia el borde de la nave, liberando a cada paso los pies de un tirón. En el mismo instante, el segundo piloto gritó algo, y se aferró al capitán:

–¡Me atrapó los pies! ¡Me atrapó los pies! –gritaba. Los pies le habían desaparecido hasta la parte superior de las botas; el capitán Gannington le rodeó el pecho con su poderoso brazo izquierdo, dio un tirón vigoroso y al instante lo liberó; pero las dos suelas de las botas casi habían desaparecido.

Por mi parte, saltaba de un pie al otro locamente, para evitar la succión del moho y de pronto emprendí carrera hacia el costado del navío. Pero antes de poder llegar, un extraño hueco apareció en el moho, entre nosotros y el borde, al menos de sesenta centímetros de ancho y no sé de qué profundidad. Se cerró en un instante y todo el moho, donde había estado la depresión, entró en una especie de temblor de horribles ondulaciones, de modo que retrocedí corriendo porque no me atrevía a poner el pie sobre él. Entonces el capitán me gritó:

—¡A popa, doctor! ¡A popa, doctor! ¡Por aquí, doctor! ¡Corra! —vi entonces que me había pasado y que subía a la zona posterior, más elevada de la popa. Llevaba al segundo piloto sobre el hombro izquierdo, como una bolsa, completamente flácido e inmóvil porque el señor Selvern se había desmayado y sus largas piernas flojas e inútiles, golpeaban las macizas rodillas del capitán, mientras éste corría. Vi, con una atención peculiar y sin reparar en los detalles menores, cómo las suelas rotas de las botas del segundo piloto colgaban sueltas, agitándose, mientras el capitán se tambaleaba hacia la popa.

—¡Eh, el bote! ¡Eh, el bote! ¡Eh, el bote! —gritaba el capitán; un momento después estuve junto a él, también gritando. Los hombres contestaron con fuertes alaridos de aliento y era evidente que estaban desesperados esforzándose por hacer avanzar el bote a popa, a través de la densa materia que rodeaba al navío.

Llegamos al antiguo remate de la proa, cubierto de moho, y giramos sin aliento en la semioscuridad para ver qué estaba pasando. El capitán Gannington había dejado la linterna junto al gran montículo, donde había levantado al segundo piloto y mientras estábamos allí, jadeantes, descubrimos de pronto que el montículo ubicado entre nosotros y la luz estaba lleno de movimiento. Sin embargo, la zona donde nos encontrábamos, hasta un metro cincuenta o dos hacia adelante, aún estaba firme.

Cada dos segundos les gritábamos a los tripulantes que se apuraran y ellos seguían voceando que estarían con nosotros en un instante. Durante todo el tiempo observábamos la cubierta de aquel navío espantoso, sintiéndome, por mi parte, literalmente enfermo de suspenso demencial y listo a saltar por sobre la borda hacia aquella película repugnante que nos rodeaba por completo.

Abajo, en algún lugar del enorme casco de la nave, seguía siempre aquel extraordinario, sordo, pesado ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud!, cada vez más alto. Me pareció sentir que todo el casco del navío abandonado empezaba a temblar y estremecerse con cada sordo latido. Y para mí, que sospechaba la causa del ruido, aquello constituía el sonido más horrendo e increíble que había oído en mi vida.

Mientras esperábamos con desesperación la llegada del bote, escrutaba sin cesar el espacio del barco que mostraba la lámpara. La totalidad de la cubierta parecía estar moviéndose de modo extraño. Delante de la lámpara podía ver los montones inciertos de moho temblando y cabeceando espantosamente bajo los rayos más brillantes. Más cerca, dentro del círculo de la lámpara, el montículo que al parecer indicaba la claraboya ondulaba con firmeza. Había venas púrpuras, repugnantes sobre él y al moverse me pareció que las venas y las manchas se hacían más evidentes, se destacaban como en relieve sobre el montón, como las venas que uno ve sobresalir sobre el cuerpo vigoroso de un caballo de pura sangre. Era algo extraordinario. El montículo que habíamos supuesto que ocultaba la escalera de entrada se había hundido a nivel del moho circundante y no pude ver que brotara más fluido púrpura.

En el moho empezó un movimiento graznante, a cierta distancia de la lámpara, y se acercó a nosotros agitándose; ante aquella visión trepé sobre el remate,

esponjoso al tacto, de la popa y volví a vociferar hacia el bote. Los hombres contestaron con un grito que me indicó que estaban más cerca; pero la detestable película era tan densa que evidentemente constituía una lucha mover el bote en algún sentido. Junto a mí, el capitán Gannington estaba sacudiendo con furor al segundo piloto y el hombre se movió y empezó a gemir. El capitán lo sacudió otra vez.

–¡Despierte! ¡Despierte, señor! –gritaba.

El segundo piloto se apartó tambaleándose del brazo del capitán, y de pronto se derrumbó chillando:

–¡Mis pies! ¡Oh, Dios! ¡Mis pies! –el capitán y yo lo alzamos del moho y logramos sentarlo sobre el remate de la popa, donde siguió gimiendo sin cesar.

–Sosténgalo, doctor –dijo el capitán y mientras yo lo hacía corrió unos pocos metros hacia adelante, y se asomó por sobre la banda de estribor–. ¡Por el amor de Dios, apuren, muchachos! –les gritó a los hombres; ellos le contestaron, sin aliento, desde muy cerca, pero aún demasiado lejos como para que el bote pudiera sernos útil de inmediato.

Yo sostenía al oficial gimiente, seminconsciente, y miraba hacia adelante las cubiertas de popa. La agitación del moho se acercaba a la popa, lenta y silenciosa. Y entonces, súbitamente, vi algo más cercano:

–¡Cuidado, capitán! –grité y mientras lo hacía el moho emitió cerca de él un súbito y peculiar baboseo. Yo había visto una onda que se movía subrepticia hacia él a través de la horrible materia. El capitán dio un salto enorme, torpe, y aterrizó cerca de nosotros sobre la zona sólida del moho; pero el movimiento lo siguió. Se dio vuelta y lo enfrentó, jurando ferozmente. De pronto pequeñas bocas se abrieron alrededor de sus pies, haciendo horribles ruidos absorbentes.

–¡Vuelva, capitán! –vociferé–. ¡Vuelva, rápido!

Mientras gritaba, una onda llegó a sus pies... lamiéndolos; el capitán la pisoteó como un loco y saltó hacia atrás, con la bota desgarrada colgándole del pie. Juró demencialmente de furia y dolor y saltó con rapidez hacia el remate de proa.

–¡Vamos, doctor! ¡Saltaremos! –gritó. Entonces recordó la repugnante película marrón y vaciló; les rugió desesperado a los hombres que se apuraran. Yo también miré hacia abajo.

–¿El segundo piloto? –dije.

–Yo me encargo, doctor –dijo el capitán Gannington y agarró al señor Selvern. Mientras él hablaba, creí ver algo debajo de nosotros, recortándose contra la materia flotante. Me incliné hacia afuera por sobre la popa y atisbé. Había algo bajo el costado izquierdo de la nave.

–¡Allá abajo hay algo, capitán! –grité y señalé en la oscuridad.

El capitán se inclinó bien hacia afuera y miró.

– ¡Un bote, por Dios! ¡UN BOTE! –vociferó y empezó a moverse con rapidez a lo largo del remate de popa, arrastrando al segundo piloto tras de sí. Lo seguí.

–¡Es un bote, desde luego!–exclamó momentos después. Levantando limpiamente al segundo piloto por encima de la barandilla lo lanzó hacia el bote, en cuyo fondo cayó con estrépito.

–¡Le toca a usted, doctor! –me gritó y me levantó en peso por sobre la baranda haciéndome caer tras el oficial. Al hacerlo sentí que toda la baranda antigua y esponjosa entraba en un temblor peculiar, enfermizo, y empezaba a bambolearse. Caí sobre el segundo piloto y a continuación vino el capitán, casi en el mismo instante; pero afortunadamente, aterrizó lejos de nosotros, sobre el banco de proa, que se partió bajo el peso, con un fuerte crujido y astillamiento de madera.

–¡Gracias a Dios! –lo oí murmurar–. ¡Gracias a Dios!... ¡Creo que estuvimos bien cerca de irnos al infierno!

En el momento en que me ponía en pie encendió un fósforo, y entre los dos enderezamos al segundo piloto sobre uno de los bancos de popa. Les gritamos a los hombres del bote, diciéndoles donde estábamos, y vimos la luz de su linterna brillando al otro lado de la curva de la popa del barco abandonado. Nos gritaron a su vez, para decirnos que estaban haciendo todo lo que podían. Mientras esperábamos el capitán Gannington encendió otro fósforo y empezó a examinar el bote en el que habíamos caído. Era un bote moderno de doble curva y sobre la popa estaban pintadas las palabras CYCLONE GLASGOW. Estaba en bastante buena condición y era evidente que había derivado hasta entrar en la película viscosa y quedar atrapado en ella.

El capitán Gannington encendió varios fósforos y se dirigió adelante, hacia la nave abandonada. De pronto me llamó y salté por sobre los bancos de remeros hacia él.

–Mire, doctor –dijo y vi lo que señalaba: una masa de huesos, sobre la proa del bote. Me agaché sobre ellos y miré. Eran los huesos de al menos tres personas, todos entremezclados, de manera extraordinaria y completamente limpios y secos. Tuve una idea repentina con respecto a los huesos, pero no dije nada porque mi idea era vaga, en algunos aspectos, y tenía que ver con la grotesca e increíble sugerencia en la que había pensado, en cuanto a la causa de aquel pesado ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud!, que latía tan infernalmente dentro del casco y que se oía con claridad incluso ahora que nos habíamos retirado del navío propiamente dicho. Y deben saber que durante todo el tiempo tenía aquella imagen mental horrible, enfermiza del espantoso montículo retorciéndose a bordo.

Cuando el capitán Gannington encendió el último fósforo, vi algo que me descompuso y el capitán lo vio en el mismo instante. El fósforo se apagó y el capitán buscó con torpeza otro y lo encendió. Volvimos a ver aquello. No nos habíamos equivocado... Un gran labio blanco y grisáceo se asomaba sobre el borde del bote: un enorme pliegue de moho avanzaba subrepticio hacia nosotros; una masa viva del casco mismo. De pronto el capitán Gannington expresó con un alarido, en palabras, aquello increíble y grotesco en lo que yo estaba pensando:

–¡La nave está VIVA!

Nunca oí semejante sonido de comprensión y de terror en la voz de un hombre. La propia seguridad horrorizada de la voz hizo real para mí lo que antes sólo había estado escondido en mi subconsciente. Supe que el capitán estaba en lo cierto, supe que la explicación que mi raciocinio y mi formación habían rechazado y tratado de captar al mismo tiempo, era la verdadera...

Me pregunto si es posible que alguien pueda comprender nuestras sensaciones de aquel momento... Su absoluto horror y su incredulidad.

Cuando la luz del fósforo terminaba de arder, vi que la masa de materia viviente, que avanzaba hacia nosotros, estaba listada y veteada de púrpura, con las venas sobresaliendo, muy distendidas. Todo aquello temblaba continuamente a cada pesado ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! del órgano gargantuesco que latía dentro del enorme casco blanco grisáceo. La llama del fósforo alcanzó los dedos del capitán, y me llegó una corta ráfaga del olor nauseabundo de la carne quemada, pero el capitán parecía insensible al dolor. Después la llama se apagó con un corto siseo; sin embargo en el último momento, yo había visto algo extraordinario y brutal en el extremo de aquel repliegue monstruoso, sobresaliente. Se había humedecido con un sudor espantoso, purpúreo. Y con la oscuridad, llegó un súbito hedor a osario.

Oí que la caja de fósforos se rompía en las manos del capitán Gannington, cuando la abrió de un tirón. Después maldijo, con una extraña voz atemorizada porque se le habían terminado los fósforos. Se volvió con torpeza en la oscuridad y en la ansiedad por llegar a la popa del bote tropezó con el banco para remeros más cercano. Yo iba detrás de él porque sabíamos que aquello se nos acercaba en la oscuridad pasando por encima del lastimoso montón de huesos humanos entremezclados, amontonados a proa. Les gritamos desesperadamente a los hombres y como respuesta vimos aparecer confusamente la proa del bote, rodeando la curva de estribor del navío abandonado.

—¡Gracias a Dios! —dije con un jadeo, pero el capitán Gannington les gritó pidiéndoles que mostraran una luz. Sin embargo no pudieron hacerlo porque en los desesperados esfuerzos por hacer girar el bote hacia nosotros acababan de pisar la lámpara.

—¡Rápido! ¡Rápido! —grité.

—¡Por el amor de Dios, apuren, hombres! —rugió el capitán y los dos enfrentamos la oscuridad asentada bajo la curva de babor, donde sabíamos (pero no podíamos ver) que aquello se iba acercando a nosotros.

—¡Un remo! ¡Rápido, pásenme un remo! —gritó el capitán y tendió las manos en la penumbra hacia el bote que se acercaba. Vi que una figura se paraba en la proa, y nos tendía algo a través de los metros de materia viscosa que nos separaban. El capitán Gannington barrió la oscuridad con las manos y lo encontró.

—Lo tengo. ¡Suéltlenlo! —dijo con voz irritada, tensa.

En el mismo instante, el bote en el que estábamos fue presionado a estribor por un peso tremendo. Entonces oí que el capitán gritaba:

–Baje la cabeza, doctor –y un segundo después el capitán blandió el pesado remo de fresno de cuatro metros alrededor de la cabeza y golpeó hacia la oscuridad. Se oyó un súbito chapoteo y volvió a golpear, mientras soltaba un gruñido salvaje de energía feroz. Ante el segundo golpe, el bote se enderezó con un lento movimiento y de inmediato el otro bote chocó suavemente con el nuestro.

El capitán Gannington dejó caer el remo y saltando hasta donde estaba el segundo piloto lo levantó por encima del banco de remero, y lo lanzó limpiamente entre los lombres, por encima de la proa. Después me gritó que lo siguiera, cosa que hice, y vino detrás de mí gritándoles a los hombres que hicieran retroceder un poco el bote. Ellos apartaron la proa del bote que acabábamos de abandonar y de ese modo se dirigieron a través de la película marrón hacia el mar abierto.

–¿Dónde está Tom Arrison? –jadeó uno de los hombres, en medio de sus esfuerzos. Ocurría que era el compinche favorito de Tom Harrison. El capitán Gannington le contestó brevemente:

–¡Muerto! ¡Rema! ¡No hables!

Ahora bien, si había sido difícil hacer avanzar el bote a través de la película viscosa para venir en nuestro rescate, la dificultad para librarlo de la misma era diez veces mayor. Después de unos cinco minutos de remar, el bote parecía haberse movido menos de dos metros, cuanto mucho. Un temor espantoso volvió a invadirme, el mismo que uno de los hombres jadeantes expresó de pronto en palabras:

–¡Nos atrapó! –boqueó–. ¡Lo mismo que al pobre Tom! –dijo el hombre que había preguntado dónde estaba Harrison.

–¡Cierra la boca y rema! –ordenó el capitán.

Y así pasaron unos minutos más. De pronto me pareció que el pesado y sordo ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! llegaba con mayor nitidez en la oscuridad y miré con atención por encima de la popa. Flaqué un poco porque casi podía jurar que la oscura masa del monstruo estaba en realidad más cerca... que estaba aproximándose a nosotros en la oscuridad. El capitán Gannington debió haber tenido la misma impresión porque después de echar un breve vistazo a la oscuridad saltó hasta el primer remero y empezó a ayudarlo con el remo.

–¡Vaya adelante por debajo de los bancos, doctor! –me dijo, casi sin aliento–. Ubíquese en la proa y vea si puede apartar un poco la materia.

Hice lo que me indicaba y un minuto después estaba en la proa del bote; removiendo la materia flotante con el bichero de un lado a otro y tratando de desgarrar aquella porquería viscosa, adhesiva. Un olor espeso, casi animal se desprendía de ella, y todo el aire parecía saturado del mortífero olor. Nunca encontraré palabras para contarle a alguien todo el horror de aquello: la amenaza parecía cernirse en el aire mismo alrededor de nosotros; y un poco a popa, aquella cosa increíble, acercándose, según creo firmemente, cada vez más, y la película marrón reteniéndonos como pegamento a medio derretir.

Los minutos pasaron mortales, eternos, y yo seguía mirando a popa en la oscuridad, pero sin dejar de remover aquella materia repugnante, golpeándola y fustigándola a un lado y otro, hasta que me cubrió el sudor.

Bruscamente el capitán Gannington voceó:

—Estamos adelantando, muchachos. ¡Remen! —y advertí que el bote avanzaba notablemente mientras los hombres remaban con renovada esperanza y energía. Pronto no hubo dudas; poco después aquel horrendo ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! ¡Tud! se había vuelto bastante confuso e incierto en algún lugar a popa y ya no pude ver la nave abandonada; la noche se había vuelto tremendamente oscura y el cielo estaba cubierto por densas nubes. Cuanto más nos acercábamos al borde de la película viscosa, más libremente se movía el bote, hasta que de pronto salimos, con un sonido limpio, dulce, fresco, a mar abierto.

Una Voz En La Noche

Era un noche oscura y sin estrellas. La falta de viento nos tenía detenidos en el Pacífico norte. No sé cuál era nuestra posición exacta, pues durante un semana fatigosa y jadeante el sol había permanecido oculto detrás de un tenue neblina que parecía flotar sobre nosotros, más o menos a la altura de nuestros calcés, aunque a veces descendía para envolver el mar que nos rodeaba.

Ante la falta de viento, habíamos sujetado en posición firme la caña del timón y yo era el único hombre que se encontraba en cubierta. La tripulación, que consistía en dos marineros y un grumete, dormía en su camarote de proa, mientras Will –mi amigo y a la vez patrón de nuestra pequeña embarcación– se hallaba en su litera de popa, en el lado de babor.

De pronto, surgió un llamada de entre las tinieblas que nos rodeaban:

–¡Ah de la goleta! –Fue tan inesperada, que la sorpresa me impidió contestar inmediatamente.

Volvió a oírse la llamada; un voz curiosamente gutural e inhumana nos llamaba desde alguna parte del mar tenebroso, por el lado de babor.

–¡Ah de la goleta!

–¡Eh! –grité, después de reponerme un poco de mi sorpresa–. ¿Qué sois? ¿Qué queréis?

–No temáis –contestó la voz extraña, que probablemente había captado cierto tono de confusión en la mía–. No soy más que un hombre... anciano.

La pausa resultó extraña, pero hasta más adelante no le encontraría sentido.

–Si es así, ¿por qué no atracas a nuestro costado? –pregunté con cierta sequedad, pues no me gustaba la insinuación de que me había mostrado un tanto confundido.

–No. .. no puedo. Sería peligroso. Yo...

La voz enmudeció y todo volvió a quedar en silencio.

–¿Qué quieres decir? –pregunté, cada vez más asombrado–. ¿Por qué sería peligroso? ¿Dónde estás?

Escuché durante un momento, pero no hubo respuesta. Y entonces, un sospecha súbita e indefinida, aunque no sabía de qué, se apoderó de mí. Me acerqué rápidamente a la bitácora y saqué la lámpara encendida. Al mismo tiempo golpeé la cubierta con el tacón para despertar a Will. Luego me aproximé de nuevo al costado y proyecté el haz de luz amarilla hacia la silenciosa inmensidad que había más allá de nuestra borda. Al hacerlo, oí un grito leve y sofocado y luego un chapoteo, como si alguien acabase de sumergir los remos precipitadamente. Pese a ello, no puedo decir que viera nada con certeza, excepto, me pareció, que el primer destello de luz había iluminado algo en el agua, allí donde ahora no había nada.

–¡Eh! –llamé–. ¿Qué broma es ésta?

Pero lo único que oí fueron los confusos ruidos de un embarcación que se alejaba de nosotros y se internaba en la noche.

Entonces oí la voz de Will que venía de popa.

—¿Qué pasa, George?

—¡Ven aquí, Will! —dije.

—¿De qué se trata? —preguntó, cruzando la cubierta. Le conté el raro incidente que acababa de producirse. Él me hizo varias preguntas; luego, tras un momento de silencio, hizo bocina con las manos y llamó:

—¡Ah del barco!

Desde mucha distancia nos llegó débilmente un réplica y mi compañero repitió su llamada. Al poco, después de un breve silencio, el sonido apagado de unos remos fue acercándose a nosotros y, al oírlo, Will volvió a llamar.

Esta vez hubo respuesta.

—Apagad la luz.

—Que me cuelguen si la apago —musité, pero Will me dijo que hiciera lo que ordenaba la voz, así que metí la luz debajo de las amuradas.

—Acercaros más —dijo Will. Siguieron oyéndose los remos. Luego, cuando parecían estar a un media docena de brazas, cesaron de nuevo.

—¡Atracad al costado! —exclamó Will—. ¡A bordo no tenemos nada que deba daros miedo!

—Promete que no mostrarás la luz.

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿Por qué sientes ese temor infernal a la luz?

—Porque... —empezó a decir la voz y enmudeció de repente.

—Porque ¿qué? —pregunté en seguida. Will me puso un mano en el hombro.

—Cállate durante un minuto, viejo —dijo—. Ya me encargo yo de él.

Se inclinó más sobre la borda.

—Oiga usted, señor —dijo—. Todo esto es muy extraño..., acercarse a nosotros de esta manera, en medio del bendito Pacífico. ¿Cómo vamos a saber que no se trae algo raro entre manos? Dice que está solo. ¿Cómo podemos saberlo si no le vemos? ¿Cómo... eh? ¿Qué tiene contra la luz, si puede saberse?

Cuando Will terminó de hablar, volví a oír el ruido de remos y luego la voz, pero ahora procedía de más lejos y su tono reflejaba una desesperanza y un patetismo tremendos.

—Lo siento... ¡Lo siento! No quería molestaros, pero es que tengo hambre..., y ella también.

La voz se apagó y hasta nosotros llegó el ruido de los remos sumergiéndose irregularmente.

—¡Alto! —gritó Will—. No quiero ahuyentarte. ¡Vuelve! Esconderemos la luz, si a ti no te gusta.

Will se volvió hacia mí:

—Todo esto resulta muy extraño, pero creo que no hay nada que temer.

Había un interrogante en su tono y le contesté:

–Yo tampoco. El pobre diablo habrá naufragado por aquí cerca y se habrá vuelto loco.

El sonido de los remos iba acercándose.

–Vuelve a guardar la lámpara en la bitácora –dijo Will; luego se inclinó sobre la borda y aguzó el oído.

Dejé la lámpara en su sitio y volví a su lado. El ruido de los remos cesó a un docena de metros aproximadamente.

–¿No quieres atracar de costado ahora? –preguntó Will con voz tranquila–. He vuelto a meter la lámpara en la bitácora.

–No.... no puedo –repuso la voz–. No me atrevo a acercarme más. Ni siquiera me atrevo a pagar las..., las provisiones.

–Eso no importa –dijo Will, titubeando luego–. Coge toda la comida que quieras...

Volvió a titubear.

–¡Eres muy bueno! –exclamó la voz–. Que Dios, que todo lo comprende, te recompense por tu...

La voz se quebró roncamente.

–¿La.... la señora? –dijo de pronto Will–. ¿Está...?

–La he dejado en la isla –dijo la voz.

–¿Qué isla? –tercié yo.

–No sé cómo se llama –contestó la voz–. Ojalá... –empezó a decir, pero se calló súbitamente.

–¿No podríamos enviar un barca en su busca? –pregunté a Will.

–¡No! –dijo la voz con un énfasis extraordinario–. ¡Dios mío! ¡No! –Hubo un breve pausa; luego, en un tono que hacía pensar en un reproche merecido, añadió–: Me he aventurado a causa de nuestra necesidad... Porque su agonía me atormentaba.

–¡Soy un bruto despistado! –exclamó Will–. Aguarda un minuto, seas quien seas, y en seguida te traigo algo.

Al cabo de un par de minutos volvió con los brazos cargados de los más variados comestibles. Se detuvo ante la borda.

–¿No puedes acercarte a recogerlo? –preguntó.

–No.... no me atrevo –replicó la voz. Me pareció detectar en ella un tono de anhelo sofocado... como si su dueño reprimiera algún deseo mortal. Y entonces se me ocurrió que aquella criatura vieja e infeliz sufría realmente necesidad de lo que Will tenía en los brazos y, pese a ello, debido a algún temor ininteligible, se abstenía de acercarse velozmente al costado de nuestra pequeña goleta y recogerlo. Y junto con este convencimiento relámpago, llegó el conocimiento de que el invisible no estaba loco, sino que afrontaba con cordura algún horror intolerable.

–¡Maldita sea, Will! –dije, lleno de muchos sentimientos, entre los que predominaba un solidaridad inmensa–. Trae un caja. Meteremos la comida en ella y se la haremos llegar flotando.

Así lo hicimos, empujando la caja con un bichero hacia la oscuridad. Al cabo de un minuto llegó a nuestros oídos un leve exclamación del invisible y entonces supimos que tenía la caja en su poder.

Poco después se despidió de nosotros y nos lanzó un bendición que, de ello estoy seguro, no nos vino nada mal. Luego, sin más, oímos que los remos se alejaban en la oscuridad.

–Mucha prisa en irse –comentó Will, quizás un tanto ofendido.

–Espera –repliqué–. No sé por qué, pero me parece que volverá. Seguramente esos alimentos le hacían muchísima falta.

–Y a la dama también –dijo Will. Guardó silencio durante un momento, luego prosiguió– Es lo más raro que me ha pasado desde que me dedico a la pesca.

–Sí –dije yo, y me puse a reflexionar. Y así fue pasando el tiempo: un hora, y otra, y Will seguía conmigo, pues la extraña aventura le había quitado todo deseo de dormir.

Habían transcurrido ya las tres cuartas partes de la tercera hora cuando nuevamente oímos ruido de remos en el silencio del océano.

–¡Escucha! –dijo Will, con un leve tono de excitación en la voz.

–Lo que me figuraba. Ya vuelve –musité.

El ruido de los remos al sumergirse era cada vez más cercano y me fijé en que los golpes de remo eran más firmes y duraban más. Era verdad que necesitaban los alimentos.

El ruido cesó a poca distancia del costado de la goleta y la voz extraña llegó de nuevo a nosotros a través de las tinieblas:

–¡Ah de la goleta!

–¿Eres tú? –preguntó Will.

–Sí –replicó la voz–. Me he ido repentinamente, pero... es que la necesidad era grande. La... señora les está agradecida aquí en la tierra. Pero más lo estará pronto en..., en el cielo.

Will empezó a decir algo con voz desconcertada, pero sus palabras se hicieron confusas y optó por callarse. Yo no dije nada. Me sentía maravillado por aquellas pausas curiosas, y además de mi maravilla, me embargaba un gran solidaridad.

La voz continuó:

–Nosotros..., ella y yo, hemos hablado mientras compartíamos el fruto de la ternura de Dios y de vosotros...

Will le interrumpió, pero sin coherencia.

–Os suplico que no..., que no menospreciéis vuestro acto de caridad cristiana de esta noche –dijo la voz–. Cercioraros de que no haya escapado a Su atención.

Se calló y durante un minuto entero reinó el silencio. Luego la voz volvió a oírse:

–Hemos hablado juntos de lo.... de lo que ha caído sobre nosotros. Habíamos pensado salir, sin decírselo a nadie, del terror que ha entrado en nuestras... vidas. Ella, igual que yo, cree que los acontecimientos de esta noche obedecen a algún

designio especial y que es deseo de Dios que os contemos todo lo que hemos sufrido desde.... desde...

–¿Sí? –dijo Will quedamente.

–Desde el hundimiento del Albatross.

–¡Ah! –exclamé involuntariamente–. Zarpó de Newcastle rumbo a Frisco hace unos seis meses y no ha vuelto a saberse de él.

–Sí –contestó la voz–. Pero unos grados al norte de la línea le sorprendió un terrible tempestad y quedó desarbolado. Al hacerse de día, se vio que el barco hacía agua por todas partes y, finalmente, cuando amainó el temporal, los marineros huyeron en los botes, dejando..., dejando a un joven dama..., mi prometida..., y a mí mismo en los restos del naufragio.

"Nosotros estábamos bajo cubierta, reuniendo algunas de nuestras pertenencias, cuando ellos se fueron. A causa del miedo se comportaron de un modo muy cruel, y cuando subimos a cubierta eran ya unas formas pequeñas en el horizonte. Mas no desesperamos, sino que nos pusimos a construir un pequeña balsa. En ella colocamos lo poco que cabía, incluyendo un poco de agua y algunas galletas. Luego, como el barco estaba ya casi del todo sumergido, nos subimos a la balsa y nos alejamos de él.

"Fue más tarde cuando me di cuenta de que parecíamos estar en medio de alguna marea o corriente que nos alejaba del barco, de tal modo que al cabo de tres horas, según mi reloj, dejamos de ver su casco, aunque los mástiles rotos siguieron siendo visibles durante un poco más. Luego, hacia el crepúsculo, se levantó un niebla que duró toda la noche. Al día siguiente continuábamos envueltos por la niebla, y el tiempo permanecía encalmado.

"Durante cuatro días navegamos a la deriva bajo esta extraña niebla hasta que, al anochecer del cuarto día, llegó a nuestros oídos el murmullo de unos lejanos rompientes. Poco a poco el ruido fue haciéndose más claro y, al poco de la medianoche, pareció que sonaba a ambos lados y en un espacio no muy grande. Las olas levantaron la balsa varias veces y luego nos encontramos en aguas tranquilas, con el ruido de los rompientes a nuestras espaldas.

"Al hacerse de día, vimos que nos encontrábamos en un especie de laguna grande; pero poco vimos de ella en ese momento, pues cerca de nosotros, por detrás, el casco de un gran velero asomó entre la niebla. Como si estuviéramos de común acuerdo, los dos nos postramos de rodillas y dimos gracias a Dios, pues creíamos que era el final de nuestras desventuras. Nos quedaba mucho por aprender.

"La balsa se acercó al barco y gritamos que nos subieran a bordo, mas nadie contestó. Al poco, la balsa rozó el costado del barco y, viendo que de él colgaba un sogá, la así y empecé a subir. Pero me costó mucho subir por culpa de un especie de masa gris y viscosa que cubría la sogá y que pintaba unas manchas lívidas en el costado del barco.

"Finalmente, llegué a la borda y salté a cubierta. Vi que estaba llena de manchas grises, algunas de las cuales formaban nódulos de varios palmos de altura, pero yo pensaba más en la posibilidad de que a bordo hubiera gente que en lo que veían mis

ojos. Grité, pero nadie contestó. Entonces me acerqué a la puerta que había debajo de la cubierta de popa, la abrí y me asomé a su interior. Percibí un fuerte olor a aire enrarecido, por lo que adiviné al instante que allí dentro no había nada vivo y, sabiendo esto, me apresuré a cerrar la puerta, pues de repente me sentí solo.

"Volví al costado por donde había subido a bordo. Mi..., mi amada seguía en la balsa, sentada tranquilamente. Al ver que la estaba mirando desde arriba, me preguntó si había alguien a bordo. Le contesté que el barco parecía abandonado desde hacía mucho tiempo, pero que, si quería aguardar un poquito, buscaría un escalera o algo que pudiera usar para subir a bordo. Luego, un vez juntos, registraríamos todo el barco. Unos momentos después, encontré un escalera de cuerda en el otro extremo del barco. Me la llevé al costado por donde había subido y, al cabo de un minuto, mi amada estaba junto a mí. Juntos exploramos las cabinas y camarotes en la parte de popa, mas en ninguna parte encontramos señales de vida. Aquí y allá, en el interior de las cabinas, encontramos manchas de aquella masa extraña, pero, como dijo mi amada, iba a resultar fácil limpiarlas.

"Al final, convencidos ya de que no había nadie en la popa, nos dirigimos a proa caminando por entre los repugnantes nódulos grises de aquella extraña sustancia. También registramos la parte de proa y averiguamos que, efectivamente, salvo nosotros no había nadie a bordo.

"Ya sin ninguna duda al respecto, volvimos a proa y procedimos a instalarnos tan cómodamente como nos fue posible. Entre los dos pusimos orden y limpiamos dos de las cabinas y después miré si en el barco había algo comestible. No tardé en comprobar que así era y mi corazón dio gracias a Dios por su bondad. Además, descubrí dónde estaba la bomba de agua dulce y, tras repasarla, comprobé que el agua era potable, aunque tenía un saborcillo desagradable.

"Durante varios días permanecimos a bordo del barco, sin tratar de llegar a la playa. Trabajábamos afanosamente para hacer de aquél un lugar habitable. Sin embargo, ya entonces empezábamos a darnos cuenta de que nuestra suerte era aún menos deseable de lo que hubiera cabido imaginar, pues, aunque, como primera medida, rascamos las manchas de aquella sustancia que había en el suelo y las paredes de los camarotes y el salón, en el plazo de veinticuatro horas recuperaban casi su tamaño original, lo cual no sólo nos desalentaba, sino que nos inspiraba un vaga sensación de inquietud.

"Con todo, no estábamos dispuestos a darnos por vencidos, así que volvíamos a poner manos a la obra y no sólo rascábamos la masa, sino que los sitios donde había estado los regábamos profusamente con ácido carbólico, pues en la despensa había encontrado una lata llena. Sin embargo, al final de la semana, la sustancia volvía a presentar toda su fuerza y, además, se había propagado a otros lugares, como si nosotros, al tocarla, hubiéramos permitido que los gérmenes se esparcieran.

"Al despertar en la mañana del séptimo día, mi amada se encontró con que un pequeña porción de la misteriosa sustancia crecía en su almohada, cerca de su cara.

Al verlo, se vistió a toda prisa y vino a mí. En aquel momento me encontraba yo en la cocina, encendiendo el fuego para el desayuno.

"Ven conmigo, John", dijo, y me condujo a popa. Al ver lo que crecía en su almohada, me estremecí y en aquel mismo instante decidimos abandonar en seguida el barco y ver si podíamos instalarnos más cómodamente en tierra firme.

"Rápidamente recogimos nuestras escasas pertenencias y entonces vi que incluso entre ellas había aparecido la masa, pues en uno de los chales de mi amada, cerca del borde, había un poco. Tiré la prenda por la borda, sin decirle nada a ella.

"La balsa seguía en el costado del barco, pero como era demasiado difícil gobernarla, eché al agua un bote pequeño que colgaba de lado a lado de popa y a bordo del mismo nos dirigimos a la playa. Mas al acercarnos a ella, poco a poco me di cuenta de que la vil masa que nos había hecho abandonar el barco empezaba a cubrir todo cuanto había en tierra. En algunos sitios formaba montículos horribles, fantásticos, que casi parecían moverse, como si albergaran algún tipo de vida silenciosa, cuando el viento pasaba sobre ellos. En otras partes tomaba la forma de dedos inmensos, mientras que en otras se limitaba a extenderse, lisa, viscosa y traicionera. En algunos sitios hacía pensar en árboles enanos y grotescos, llenos de nudos y pliegues extraordinarios... Y todo ello se movía a ratos, horriblemente.

"Al principio nos pareció que en toda la costa que había a nuestro alrededor no quedaba ni un solo lugar que no estuviera oculto bajo aquella horrible sustancia; pero más tarde pudimos comprobar que nos equivocábamos, pues al navegar siguiendo la costa, a cierta distancia, vimos una pequeña extensión de algo que parecía arena fina y allí desembarcamos. No era arena. Lo que era no lo sé. Lo único que he podido observar es que sobre ella no crece la masa, mientras que nada más que ésta aparece en todas partes, salvo allí donde esa tierra que parece arena dibuja extraños senderos entre la gris desolación, que es en verdad un espectáculo terrible de ver.

"Es difícil haceros comprender cómo nos animamos al encontrar un sitio que aparecía absolutamente libre de aquella sustancia. En él depositamos nuestras pertenencias. Luego volvimos al barco para recoger las cosas que parecía que íbamos a necesitar. Entre otras cosas, logré llevarme a tierra una de las velas del barco, con la que construí dos tiendas pequeñas, las cuales, pese a tener una forma muy irregular, cumplían su cometido. En ellas vivíamos y teníamos almacenadas las cosas que necesitábamos, y durante varias semanas todo fue bien, sin que sufriéramos ningún percance digno de señalar. A decir verdad, nos sentíamos muy felices... porque... porque estábamos juntos.

"Fue en el pulgar de la mano derecha de mi amada donde apareció la primera porción de sustancia gris. No era más que una pequeña mancha circular, muy parecida a un lunar gris. ¡Dios mío! ¡Qué temor embargó mi corazón cuando ella me la enseñó! La lavamos entre los dos, rociándola con ácido carbólico y agua. Al día siguiente, por la mañana, volvió a enseñarme la mano. La mancha gris, parecida a una verruga, volvía a ser visible. Durante un rato estuvimos mirándonos en silencio.

Luego, todavía sin mediar palabra, nos pusimos a eliminarla de nuevo. Estábamos a la mitad de la operación cuando de pronto mi amada dijo:

"¿Qué es eso que tienes en la cara, amado mío?" Su voz reflejaba inquietud. Alcé la mano para tocarme la cara.

"¡Ahí! Debajo del cabello junto a la oreja. un poco hacia el frente." Mi dedo se posó en el lugar que me indicaba y entonces lo supe.

"Primero acabemos de curarte el pulgar", dije. Y ella se sometió sólo porque temía tocarme antes de que se lo hubiese limpiado. Terminé de lavarle y desinfectarle el pulgar y entonces ella hizo lo propio con mi cara. Al terminar, nos sentamos y estuvimos hablando durante un rato; hablamos de muchas cosas, pues en nuestras vidas acababan de irrumpir pensamientos inesperados y terribles. De pronto, sentimos miedo de algo peor que la muerte. Hablamos de cargar el bote con provisiones y agua y hacernos a la mar; pero por diversas causas éramos impotentes y... la sustancia ya nos había atacado. Decidimos quedarnos y que Dios hiciera con nosotros su voluntad. Nosotros esperaríamos.

"Pasó un mes, dos meses, tres meses, y las manchas iban creciendo, a la vez que aparecían otras. Pero seguíamos esforzándonos por luchar contra el miedo, tanto es así que sus progresos eran lentos, relativamente hablando.

"De vez en cuando nos aventurábamos a volver al barco en busca de cosas que nos hacían falta. Allí comprobamos que la sustancia crecía de modo persistente. Uno de los nódulos de la cubierta principal no tardó en llegar a la altura de mi cabeza.

"Para entonces ya habíamos abandonado toda esperanza de salir de la isla. Nos dábamos cuenta de que, padeciendo de aquel mal, no nos permitirían volver con los demás seres humanos.

"Un vez hubimos llegado a tal conclusión, comprendimos que era necesario vigilar nuestras existencias de alimentos y agua, pues a la sazón no sabíamos cuánto tiempo pasaríamos allí, aunque era posible que fuesen muchos años.

"Esto me recuerda que ya os he dicho que soy un anciano. No es así si nos atenemos a mis años. Pero.... pero...

Se interrumpió, pero luego continuó hablando con cierta brusquedad:

—Como decía, sabíamos que teníamos que ir con cuidado con nuestros alimentos, pero ignorábamos que nos quedasen tan pocos. Fue un semana después cuando descubrí que todos los demás depósitos de pan..., que yo suponía llenos..., estaban vacíos, y que, aparte de algunas latas de verduras y carne y algunas otras cosas, no teníamos nada para comer excepto el pan del depósito que yo había abierto.

"Al descubrir esto, decidí hacer algo, lo que pudiese, y traté de pescar en la laguna, pero no lo conseguí. Entonces me sentí un tanto inclinado al desespero, hasta que se me ocurrió que podía probar suerte fuera de la laguna, en mar abierto.

"Aquí pescaba algún que otro pez, pero con tan poca frecuencia que apenas resultaba suficiente para protegernos del hambre que nos amenazaba. Empecé a pensar que nuestra muerte sobrevendría probablemente a causa del hambre y del crecimiento de la sustancia que se había apoderado de nuestros cuerpos.

"En ese estado se encontraban nuestros ánimos cuando el cuarto mes tocó a su fin. Entonces hice un descubrimiento en verdad horrible. Un mañana, poco antes del mediodía, regresé del barco con un pedazo de galleta que quedaba en él y vi que mi amada estaba sentada ante la entrada de la tienda, comiendo algo.

"¿Qué es, amada mía?", le pregunté en el momento de saltar a tierra. Mas, al oír mi voz, pareció un tanto confundida y, volviéndose, con gesto furtivo arrojó algo hacia el lindero del pequeño claro. Cayó más cerca de lo que ella deseaba y yo, que empezaba a sentir un vaga sospecha, me acerqué y lo recogí. Era un trozo de la sustancia gris.

"Al acercarme a ella con aquello en la mano, se puso pálida como un cadáver y luego se ruborizó.

"Yo me sentía extrañamente aturdido y asustado. ""¡Querida mía! ¡Querida mía!", dije, incapaz de decir nada más. Pero, al oír mis palabras, no pudo resistirlo y rompió a llorar amargamente. Poco a poco, cuando se fue calmando, me confesó que lo había probado el día anterior y que... le había gustado. La obligué a arrodillarse y le hice prometer que no volvería a tocarlo, por grande que fuera nuestra hambre. Después de prometérmelo, me dijo que el deseo de comer de aquello le había sobrevenido de pronto y que, hasta el momento de sentir tal deseo, la sustancia no le había inspirado más que un repulsión infinita.

"Unas horas después, sintiéndome extrañamente desasosegado, y muy consternado por lo que había descubierto, eché a andar por uno de los senderos retorcidos que formaba aquella especie de tierra blanca que parecía arena y que cruzaba la sustancia gris. Ya me había aventurado por allí en otra ocasión, aunque sin llegar muy lejos. Esta vez, hallándome enfrascado en pensamientos que me llenaban de perplejidad, llegué mucho más lejos.

"Súbitamente salí de mi ensimismamiento al oír un ruido extraño y áspero a mi izquierda. Al volverme rápidamente vi que algo se movía entre la masa que había cerca de mí, y que presentaba unas formas extraordinarias. Se balanceaba de un modo precario, como si poseyera vida propia. De pronto, mientras mis fascinados ojos contemplaban aquello, pensé que se parecía de un modo grotesco a la figura de un ser humano deforme. Todavía estaba pensando en ello cuando se oyó un ruido desagradable, como si algo se estuviera rasgando, y vi que uno de los brazos, que más bien parecían ramas, se estaba despegando de las masas grises que lo rodeaban y acercándose a mí. La cabeza.... un especie de bola gris sin forma definida, se inclinó hacia mí. Me quedé allí parado como un estúpido y el brazo repugnante me rozó la cara. Proferí un grito de terror y retrocedí apresuradamente unos pasos. En mis labios notaba un sabor dulzón. Pasé la lengua por ellos y al instante sentí que me embargaba un deseo inhumano. Me volví y cogí un puñado de sustancia. Luego más Y... más. Mi deseo era insaciable. Mientras devoraba la sustancia, el recuerdo del descubrimiento de la mañana penetró en el laberinto de mi cerebro. Dios lo había enviado. Tiré al suelo el fragmento que tenía en la mano. Luego, totalmente abatido y sintiéndome horriblemente culpable, regresé al pequeño campamento.

"Creo que en cuanto puso sus ojos en mí, ella lo adivinó, merced a alguna intuición maravillosa que el amor debía de haberle dado. Su comprensión silenciosa hizo que me resultara más fácil confesarle mi repentina flaqueza, aunque omití decirle la cosa extraordinaria que había ocurrido antes. Deseaba ahorrarle todo terror innecesario.

"Mas lo que había descubierto resultaba intolerable y hacía nacer un terror incesante en mi cerebro, pues no me cabía la menor duda de que había presenciado el fin de uno de los hombres que habían llegado a la isla en el barco que estaba en la laguna. Y en aquel fin monstruoso había presenciado el nuestro propio.

"En lo sucesivo nos abstuvimos de aquel alimento abominable, aunque el deseo de comerlo se nos había metido en la sangre. Sin embargo, nuestro temible castigo era inminente, pues día a día, con un rapidez monstruosa, la sustancia fangosa iba apoderándose de nuestros pobres cuerpos. Materialmente no podíamos hacer nada para detenerla, y así..., nosotros.... que habíamos sido humanos, nos convertimos en... Bueno, cada día importa menos. Sólo..., sólo que habíamos sido hombre y doncella.

"Y cada día resulta más terrible la lucha por resistirse al hambre, al deseo lujurioso de comer esa horrible sustancia.

"Hace un semana terminamos la galleta, y desde entonces he pescado tres peces. Me encontraba pescando aquí esta noche cuando vuestra goleta surgió de entre la niebla y casi se me echó encima. Entonces os llamé. El resto ya lo conocéis. Y que Dios os bendiga por vuestra bondad para con un par de pobres almas proscritas.

Se oyó el ruido de un remo al sumergirse..., luego el de otro. Después..., la voz habló de nuevo y por última vez, atravesando la niebla que la envolvía, fantasmal y lúgubre:

—¡Que Dios os bendiga! ¡Adiós!

—¡Adiós! —gritamos al unísono con voz ronca y el corazón rebosante de emociones.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que empezaba a amanecer. El sol lanzó un rayo aislado sobre el mar oculto; la luz mortecina perforó la niebla y con un fuego melancólico iluminó la barca que se alejaba. Aunque no muy claramente, vi algo que cabeceaba entre los remos. Me hizo pensar en un esponja..., un esponja grande y gris que movía la cabeza arriba y abajo... Los remos continuaron moviéndose. Eran grises... Igual que la barca... Y mis ojos buscaron inútilmente el lugar donde la mano se unía al remo. Mi mirada volvió rápidamente a la... cabeza. Se inclinaba hacia delante cuando los remos se movían hacia atrás a causa del golpe. Luego los remos se hundieron, la barca salió de la zona iluminada y la..., la cosa se perdió de vista en medio de la niebla, sin dejar de cabecear.

Desde El Mar Sin Mareas

I

El capitán de la goleta se inclinó por encima de la barandilla y miró durante un momento con atención.

–Pásame los prismáticos, Jock –dijo, tendiendo una mano hacia atrás.

Jock dejó la rueda del timón por un instante y corrió hacia la escalerita de entrada a las cabinas. Emergió de inmediato con un par de prismáticos de mar, que colocó en la mano abierta.

El capitán examinó un momento el objeto con los binoculares. Luego los bajó y limpió los objetivos.

–Parece un barril medio hundido y alguien debe haber andado pintándole algo encima –señaló después de una observación más cuidadosa–. Tuerce un poco el timón, Jock, y le daremos un vistazo más de cerca.

Jock obedeció y pronto la goleta avanzó casi en línea recta hacia el objeto que le había llamado la atención al capitán. Poco después estaba a unos quince metros y el capitán le gritó al muchacho de la cocina que le pasara el bichero.

Muy lentamente la goleta se aproximó; el viento era apenas un suave suspiro. Al fin la barrica quedó al alcance y el capitán trató de agarrarla con el bichero. Bajo sus esfuerzos, se movió en el agua calma y, por un momento, pareció probable que el objeto se escapara. Entonces el capitán aseguró el gancho del bichero en un trozo de cuerda que parecía podrida y lo rodeaba. No trató de levantarlo con esa cuerda; en vez de eso le gritó al muchacho que lo rodeará con una bobina. La orden fue cumplida y entre los dos lo izaron a bordo.

El capitán pudo ver ahora que el objeto era un barrilito de agua, con la parte superior adornada por los restos de un nombre pintado.

–HMEB –deletreó el capitán con dificultad y se rascó la cabeza–. Dale un vistazo a esto, Jock. A ver qué puedes sacar.

Jock se inclinó sobre la rueda del timón, tosió y después miró con fijeza el barril. Lo miró en silencio durante casi un minuto.

–Creo que el agua le borró algunas letras –dijo al fin, con considerable deliberación–. Dudo que pueda usted leerlo.

–¿No sería mejor que le golpeará un extremo? –sugirió, después de un período mayor de meditación–. Creo que sería lo mejor para ver qué contiene.

–Ha estado en el agua un tiempo asombrosamente largo –observó el capitán, dándole vuelta con el fondo hacia arriba–. ¡Mira estas lapas! –Después, dirigiéndose al muchacho– Pásame el hacha pequeña de la cajonera.

Mientras el muchacho se alejaba el capitán paró el barrilito sobre un extremo y le quitó con el pie algunas de las lapas de la parte inferior. Con ellas, se desprendió una gran cáscara de brea. Se inclinó y la examinó.

—¡Que me maten si no lo han embreado! —dijo—. A esta cosa la han echado a flotar a propósito y han cuidado mucho de que lo que había adentro no se dañara.

Quitó con el pie otra masa de brea tachonada de lapas. Después, con impulso repentino, levantó el barril y lo sacudió con violencia. Emitió un sonido leve, sordo, como si hubiera algo blando y pequeño en el interior. Entonces llegó el muchacho con el hacha pequeña.

—¡Apártense! —dijo el capitán y la alzó. A continuación la hundió en un extremo del barril. Se agachó prontamente hacia adelante. Metió la mano en el hueco y sacó un bulto pequeño envuelto en tela impermeable cosida.

—No creo que sea algo de valor —observó—. Pero supongo que aquí hay algo que nos dará tema para contar cuando regresemos.

Rasgó la tela impermeable mientras hablaba. Debajo había otra capa del mismo material y bajo ella una tercera. Después un paquete alargado envuelto en lona alquitranada. Esta fue quitada y un estuche negro, de forma cilíndrica quedó a la vista. Resultó ser una lata de tabaco, cubierta de brea. Dentro de ella, prolijamente envuelto dentro de un último trozo de tela impermeable, había un rollo de papeles que, al abrirse, mostró estar escrito. El capitán sacudió las diversas envolturas, pero no encontró nada más. Le tendió el manuscrito a Jock.

—Está más en tu cuerda que en la mía —observó—. Léelo en voz alta, y yo escucharé.

Se volvió hacia el muchacho.

—Trae la cena aquí. El oficial y yo nos pondremos cómodos y tú puedes hacerte cargo de la rueda... ¡Adelante, Jock!

Y un momento después Jock empezó a leer.

"LA PERDIDA DEL HOMEBIRD"

—El Omebird —exclamó el capitán—. Caramba, se perdió cuando yo era muchacho. Déjame pensar... en el setenta y tres. Eso es. A fines del setenta y tres partió y nunca se volvió a saber nada de él; al menos que yo sepa. Adelante con el relato, Jock.

"Es nochebuena. Hoy se cumplen dos años desde que nos perdimos para el mundo. ¡Dos años! Me parece como si hubieran pasado veinte desde la última Navidad que pasé en Inglaterra. Supongo que ahora ya nos habrán olvidado... ¡y que esta nave es una más entre las desaparecidas! ¡Dios mío! ¡Pensar en nuestra soledad me provoca una sensación de ahogo, una tensión en el pecho!

"Escribo esto en la cámara del buque de vela Homebird y lo escribo con muy pocas esperanzas de que alguna vez un ojo humano se pose sobre lo que escribo porque

estamos en medio del temible Mar de los Sargazos: el Mar Sin Mareas del Atlántico Norte. Desde el muñón de nuestro mástil de mesana uno puede ver, desparramada hasta el horizonte, una extensión interminable de mala hierba: ¡una inmensidad de barro y espanto traicionera, silenciosa!

"A babor, a unas siete u ocho millas, hay una gran masa informe, descolorida. Nadie, al verla por primera vez, supondría que es el casco de un navío perdido hace tiempo. Apenas se asemeja a una embarcación marítima, a causa de una extraña superestructura que le han construido alrededor. Un examen de la nave propiamente dicha, mediante un catalejo, indica que es inconfundiblemente antigua. Tal vez tenga cien, posiblemente doscientos años. ¡Piénsenlo! ¡Doscientos años en medio de esta desolación! Es una eternidad.

"Al principio nos preguntábamos por la extraordinaria superestructura. Más tarde nos enteraríamos de su utilidad... y nos beneficiaríamos con la enseñanza de manos hace tiempo marchitas. ¡Es sumamente extraño que hayamos dado con este espectáculo para muertos! Sin embargo, la meditación sugiere que debe haber muchos navíos semejantes, que han venido a descansar a través de los siglos a este Mundo de Desolación. Nunca había imaginado que la tierra contuviese tanta soledad como la que retiene en el círculo que se divisa desde el muñón de nuestro mástil destruido. Después surge la idea de que podría vagar cien millas en cualquier dirección... y seguir perdido.

"Y esa embarcación, esa única ruptura de la monotonía, ese monumento a la desgracia de unos pocos hombres, sólo sirve para hacer aún más atroz la soledad; ¡porque es la efigie misma del horror, contando tragedias del pasado y por venir!

"Y ahora volvamos al principio. Me incorporé al Homebird como pasajero a principios de Noviembre. No andaba muy bien de salud y esperaba que el viaje ayudara a mejorarla. Tuvimos un tiempo desagradable, durante el primer par de semanas, con el viento muerto y de proa. Después nos tomó un sureño oblicuo que nos llevó a los cuarenta grados de latitud, pero bastante más al oeste de lo que deseábamos. Allí entramos de lleno en una tremenda tormenta ciclónica. Se ordenó que todas las manos recogieran velas y nuestra necesidad parecía tan apremiante que hasta los oficiales subieron a la arboladura a asegurar el velamen, dejando sólo al capitán (que había tomado el timón) y a mí sobre la popa. Sobre la cubierta principal, el cocinero estaba ocupado en soltar tanta cuerda como desearan los oficiales.

"Súbitamente, a cierta distancia hacia adelante, a través de la vaga neblina marina, pero bastante a babor, vi elevarse un enorme muro negro de nubes.

"—¡Mire, capitán! —exclamé, pero había desaparecido antes de que terminara de hablar. Un minuto después apareció otra vez y en esta ocasión el capitán lo vio.

"—¡Oh, Dios mío! —gritó y dejó caer las manos de la rueda del timón. Saltó hacia la escalera de entrada a la cámara y tomó una bocina para hablar. Después salió a cubierta. Se la llevó a los labios.

"—¡Bajen de la arboladura! ¡Bajen! ¡Bajen! —gritó. Y de pronto dejé de oír la voz en medio de un terrorífico murmullo que llegaba desde algún punto a babor. Era la voz

de la tormenta... gritando. ¡Dios mío! ¡Nunca oí algo igual! Cesó tan pronto como había empezado y en la quietud subsiguiente pude oír el quejido de las líneas en las poleas de madera. Después se oyó un rápido estrépito de latón sobre la cubierta y me volví con rapidez. El capitán había arrojado la bocina y saltado otra vez al timón. Eché un vistazo a la arboladura y vi que muchos hombres ya estaban en los aparejos inferiores precipitándose hacia abajo como gatos.

"Oí que el capitán inhalaba aire con rapidez.

"—¡Cuiden sus vidas! —gritó, con voz ronca, anormal.

"Lo miré. Miraba a barlovento con los ojos fijos por una atención dolorosa y los míos los siguieron. Vi, a menos de cuatrocientos metros, una masa enorme de espuma y agua bajando hacia nosotros. En el mismo instante capté su silbido y de inmediato hubo un chillido tan intenso y espantoso que sin poder evitarlo me encogí de puro horror.

"La tromba de agua y espuma dio contra la nave un poco a proa de la parte más ancha y el viento llegó con ella. De inmediato, el navío giró de costado, con la espuma de mar cayendo sobre él en cataratas tremendas.

"Al parecer nada podía salvarnos. Subimos, subimos, hasta que me encontré oscilando contra la cubierta, casi como contra el costado de una casa porque me había aferrado de la baranda ante la advertencia del capitán. Mientras oscilaba vi algo extraño. Ante mí estaba el bote ubicado a babor de la popa. Bruscamente la cubierta de lona le fue arrancada limpiamente, como por una mano enorme, invisible.

"Luego una ráfaga de remos, mástiles de botes y diversos utensilios revolotearon hacia arriba en el aire, como otras tantas plumas y se perdieron en el caos rugiente de espuma. El bote, por su parte, se alzó sobre los soportes y de pronto fue arrastrado hasta la cubierta principal, donde descansó convertido en una ruina de cuadernas pintadas de blanco.

"Pasó un minuto del más intenso suspenso; después, súbitamente, el barco se enderezó y vi que los tres mástiles habían sido arrancados. Sin embargo, el aullar de la tormenta era tan intenso que no me había llegado ningún sonido de la ruptura.

"Miré hacia el timón, pero allí no había nadie. Después distinguí algo acurrucado contra la barandilla de sotavento. Me esforcé por llegar allí y descubrí que se trataba del capitán. Estaba desmayado y tenía extrañamente flojos el brazo y la pierna derecha. Miré a mi alrededor. Varios tripulantes se arrastraban hacia la popa sobre cubierta. Los llamé por señas y señalé el timón, y después al capitán. Dos vinieron hacia mí y uno se dirigió al timón. Después distinguí a través de la espuma del aire la forma del segundo de a bordo. Iban con, él varios tripulantes más y llevaban un rollo de cuerda hacia la proa. Después me enteré de que se estaba apresurando en lanzar un ancla flotante, como para mantener el barco de frente al viento.

"Llevamos abajo al capitán y lo ubicamos en su litera. Allí lo dejé en manos de la hija y el mayordomo, y regresé a cubierta.

"Poco después regresó el segundo y con él el resto de los hombres. Descubrí entonces que sólo se habían salvado siete. El resto había desaparecido.

"El día que pasamos fue terrible: el viento aumentaba hora a hora; sin embargo, en el peor momento no llegó en absoluto a ser tan tremendo como aquel primer estallido.

"Llegó la noche: una noche de terror, con el atronar y el silbar de los mares gigantes en el aire sobre nosotros y el viento lamentándose como una enorme bestia elemental.

"Entonces, justo antes de romper el alba, el viento amainó, casi en un momento; la nave giraba y se bamboleaba temiblemente y el agua entraba a bordo: cientos de toneladas por vez. De inmediato volvió a atraparnos, pero dando más sobre la parte central e inclinando el navío sobre el costado, y esto sólo mediante la presión del elemento contra el casco desnudo. Cuando volvimos a encarar el viento de frente nos enderezamos y nos movimos como lo habíamos hecho durante horas, en medio de un millar de fantásticas colinas de llama fosforescente.

"El viento volvió a aplacarse... para reaparecer después de una pausa mayor y entonces, en forma totalmente repentina, nos dejó. Y así, por espacio de una terrible media hora, el navío se movió a través del mar más horrible y sin viento que pueda ser imaginado. No había dudas de que habíamos sido arrastrados directamente al centro en calma del ciclón: en calma sólo en lo que se refiere a la falta de viento y, sin embargo, mil veces más peligroso que el más furioso huracán.

"Porque ahora estábamos asediados por el asombroso Mar Piramidal, un mar imposible de olvidar una vez que se le ve, un mar en el que toda la entraña del océano es proyectada al cielo en monstruosas colinas acuáticas no hacia adelante, como ocurriría en caso de haber viento, sino hacia arriba, en chorros y picos de agua salada y viviente, que caen hacia atrás en un permanente atronar de espuma.

"Imagínenlo, si pueden, y después hagan que las nubes se abran de pronto arriba y que la luna deje caer su luz sobre este tumulto infernal, y tendrán un espectáculo que le ha sido ofrecido a los mortales muy pocas veces, salvo con la muerte. Y esto es lo que vimos y para mí no hay nada con qué compararlo.

"Sin embargo lo sobrevivimos y también al viento que vino después. Pero habían pasado dos días y dos noches más antes de que la tormenta dejara de ser un terror para nosotros, sólo porque nos había arrastrado a las aguas cargadas de algas del enorme Mar de los Sargazos.

"Allí las grandes olas perdieron la espuma y disminuyeron poco a poco de tamaño a medida que derivábamos adentrándonos en las flotantes masas de hierba. Sin embargo, el viento seguía siendo furioso, de modo que la nave avanzaba a una velocidad uniforme, a veces entre bancos de hierba, y otras por encima de ellos.

"Derivamos de ese modo durante un día y una noche, y entonces distinguí a popa un enorme banco de hierba, mucho mayor que los que habíamos encontrado hasta entonces. El viento nos impulsó hacia atrás de tal manera que nos movimos por sobre él. Habíamos avanzado cierta distancia atravesándolo cuando se me ocurrió que nuestra velocidad disminuía. Pronto supuse que el ancla flotante, se había enganchado adelante, en la hierba y estaba reteniéndonos. En el momento en que lo conjeturaba oí

más allá de la proa un sonido tenue, zumbante, vibrante, que se unía al rugido del viento. Se oyó un rumor incierto y la nave dio un pequeño salto a través de la hierba. El cable que nos unía al ancla flotante se había roto.

"Vi que el segundo de a bordo corría a proa con varios hombres. Tiraron del cable hasta que el extremo cortado estuvo a bordo. Entretanto, la nave, al no tener nada adelante sobre lo que "encarrilar la proa", empezó a inclinarse hacia el lado del viento. Vi que los hombres unían una cadena al extremo del cable roto, luego la soltaron y el navío volvió a quedar de frente a la tormenta.

"Cuando el segundo de a bordo vino a popa le pregunté por qué lo habían hecho y me explicó que mientras la embarcación estuviese de frente al viento se movería por encima de la hierba. Le pregunté por qué quería que fuese así y me dijo que uno de los hombres había distinguido algo que parecía ser agua abierta a popa, de modo que, si podíamos alcanzarla nos veríamos libres.

"A lo largo de todo aquel día nos movimos a través del enorme banco; sin embargo la hierba, lejos de mostrar señales de disminuir, iba espesándose cada vez más y, a medida que se hacía más densa, disminuía nuestra velocidad proporcionalmente hasta que la nave apenas si se movió. Así nos encontró la noche.

"A la mañana siguiente descubrimos que estábamos a un cuarto de milla de una gran extensión de agua libre: al parecer el mar abierto. Pero por desgracia el viento se había reducido a una brisa leve. Y la nave estaba inmóvil, bien hundida en la hierba; grandes matorrales de la misma se alzaban sobre todos los costados hasta unos pocos pies del nivel de nuestra cubierta principal.

"Se le ordenó a un hombre que subiera al resto del palo de mesana para dar un vistazo alrededor. Desde allí informó que podía ver algo que tal vez fuese hierba al otro lado del agua, pero estaba demasiado distante como para estar seguro. Un momento después nos gritó que había algo a lo lejos, a babor del centro de la nave, pero no podía precisar qué era y hubo que traer un catalejo para que distinguiéramos que se trataba del casco de la antigua embarcación que he mencionado anteriormente.

"Y entonces el segundo de a bordo empezó a buscar la manera de poder llevar la embarcación al agua libre que había a popa. Lo primero que hizo fue aplicar una vela a una verga de repuesto e izarla a la punta del palo de mesana tronchado. Por este medio podía renunciar al cable lanzado sobre la proa que, desde luego, contribuía a impedir que la nave se moviera. Además, la vela resultaría útil para hacer avanzar el navío a través de la hierba. Después sacó a relucir un par de anclas pequeñas. Las unió a los extremos de un corto trozo de cable en medio del cual aseguró el extremo de un largo rollo de cuerda resistente.

"Después ordenó que bajaran el bote a estribor de la popa y ubicó en él las dos anclas pequeñas. Aseguró el extremo de otra cuerda a la amarra del bote. Una vez hecho esto, se llevó cuatro hombres consigo diciéndoles que llevaran ganchos unidos a cadenas, además de los remos: tenía la intención de hacer avanzar al bote a través de la hierba hasta llegar a aguas abiertas. Allí, en el borde de la hierba, aseguraría las dos

anclas en los amontonamientos más densos de la misma; después de lo cual iba a halar el bote una vez más hasta la nave por medio de la cuerda unida a la amarra.

"—¡Entonces —según explicó—, colocaremos la cuerda de las anclas en el malacate y sacaremos a la nave de este bendito montón de coles!

"Creo que la hierba resultó ser un obstáculo mayor de lo que él pensaba para el avance del bote. Después de media hora de esfuerzos, apenas habían recorrido algo más de sesenta metros; sin embargo, aquello era tan denso que no podíamos ver señales de ellos, salvo el movimiento que hacían entre la hierba, mientras avanzaban con el bote.

"Pasó otro cuarto de hora, durante el cual los tres hombres dejados en la popa, soltaron cuerda a medida que el bote avanzaba lentamente. De pronto, oí que pronunciaban mi nombre. Al volverme, vi a la hija del capitán haciéndome señas, desde la escalera de la cámara. Caminé hasta ella.

"—Mi padre me ha enviado para saber cómo marchan.

"—Con mucha lentitud, señorita Knowles —contesté—. Realmente muy despacio. La hierba es tan extraordinariamente densa.

"Asintió comprensiva y se dio vuelta para bajar, pero la detuve un momento.

"—¿Cómo está su padre? —pregunté.

"Inhaló aire con un suspiro breve.

"—Volvió en sí —dijo—, pero está tan débil. El...

"El grito de uno de los hombres interrumpió sus palabras:

"—¡El Señor nos ayude, compañeros! ¡Qué fue eso!

"Giré con rapidez. Los tres estaban mirando por sobre el remate de popa. Corrí hacia ellos y la señorita Knowles me siguió.

"— ¡Shhh! —dijo ella bruscamente—. ¡Oigan!

"Miré a popa hacia donde debía estar el bote. Toda la hierba se movía con un extraño estremecimiento en ese punto: el movimiento se extendía mucho más allá del radio de los ganchos y los remos del mismo. De pronto, oí la voz del segundo de a bordo:

"—¡Cuidado, muchachos! ¡Dios mío, cuidado!

"Y de inmediato, casi uniéndose a las palabras, llegó el grito ronco de un hombre en súbita agonía.

"Vi un remo que se levantaba y luego bajado con violencia, como si alguien hubiese golpeado algo con él. Después se oyó la voz del segundo gritando:

"—¡Eh de a bordo! ¡Eh de a bordo! ¡Tiren de la cuerda! ¡Tiren de la cuerda...! —se quebró en un grito agudo.

"Cuando aferramos la cuerda, vi que la hierbase apartaba en toda dirección y un gran griterío y ruido de choques llegaba a nosotros por encima de la fealdad marrón que nos rodeaba.

"—¡Tiren! —bramé y tiramos. La cuerda se tensó, pero el bote no se movía.

"—¡Coloquémosla en el cabestrante! —jadeó uno de los hombres.

"En el momento en que lo decía, la cuerda se aflojó.

"—¡Está viniendo! —gritó la señorita Knowles—. ¡Tiren! ¡Oh! ¡Tiren!

"Tiraba de la cuerda con nosotros y nos esforzamos juntos, logrando que el bote cediera ante nuestra fuerza con sorprendente facilidad.

"—¡Ahí está! —grité y entonces solté la cuerda. No había nadie en el bote.

"Durante medio minuto lo miramos con fijeza, perplejos. Después mis ojos vagaron a popa hasta el sitio desde donde lo habíamos arrancado. Había un movimiento palpitante entre las grandes masas de hierba. Vi algo que se alzaba ondulando sin sentido contra el cielo; era sinuoso y revoloteó una o dos veces de un lado a otro; después volvió a hundirse entre la hierba, antes de que pudiera concentrarme en él.

"Me volvió en mí el sonido de un sollozo agudo. La señorita Knowles estaba arrodillada sobre cubierta, con las manos apretadas alrededor de uno de los soportes de hierro de la barandilla. Parecía momentáneamente destrozada.

"—¡Vamos! ¡Señorita Knowles! —dije con suavidad—. Debe tener valor. No podemos permitir que su padre sepa esto en el estado en que está.

"Me permitió ayudarla a ponerse en pie. Pude sentir que temblaba con violencia. Entonces, cuando aún estaba buscando palabras para tranquilizarla, se oyó un sonido sordo en dirección de la entrada a la cámara. Nos dimos vuelta. Sobre cubierta, boca abajo, con la mitad del cuerpo hacia afuera, yacía el capitán. Era evidente que había presenciado todo. La señorita Knowles dejó escapar un grito salvaje y corrió hacia su padre. Le hice señas a uno de los hombres para que me ayudara y, juntos, lo llevamos otra vez a la litera. Una hora después, se recobró del desmayo. Estaba completamente sereno, aunque muy débil, y era evidente que sufría un dolor considerable.

"Por intermedio de la hija, me hizo saber que deseaba que yo tomara las riendas de la autoridad en lugar suyo. Después de una leve vacilación, decidí aceptar; porque, según me tranquilicé a mí mismo, no se me exigían deberes que demandaran conocimientos náuticos especiales. El navío estaba inmovilizado. por lo que podía ver, irrevocablemente inmovilizado. Ya llegaría la hora de hablar de librarlo, cuando el capitán se recuperara lo suficiente como para hacerse cargo otra vez.

"Regresé a cubierta y les hice saber a los hombres los deseos del capitán. Después elegí a uno para que actuara como una especie de capataz con los otros dos y le ordené que pusieran todo en orden antes de que llegara la noche. Tuve el suficiente sentido común como para permitirle que encarara la cuestión a su modo porque, allí donde mi conocimiento de lo que se necesitaba era fragmentario, el de él era completo.

"Para ese entonces, se aproximaba la puesta del sol y fue con sentimientos melancólicos que contemplé como el gran casco del sol se zambullía. Durante cierto tiempo, me paseé por la popa, deteniéndome de vez en cuando para mirar el lúgubre desierto que nos rodeaba. Cuanto más lo miraba, más me asaltaba una sensación de soledad y depresión. Había meditado mucho sobre el hecho funesto del día y todas mis meditaciones me conducían a una cuestión fundamental: ¿Qué era lo que, escondido entre aquella hierba inmóvil, había atacado a la tripulación del bote, destruyéndola? No pude encontrar una respuesta y la hierba estaba en silencio... ¡en silencio funesto!

"El sol se había acercado mucho al difuso horizonte y lo contemplé pensativo, mientras salpicaba grandes coágulos de fuego rojo a través del agua que se extendía a la distancia, opuesta a nuestra popa. Mientras observaba, el perfecto borde inferior del sol fue bruscamente deformado por una forma irregular. Durante un momento lo miré fijo, confundido. Después fui a buscar un par de prismáticos que estaban junto a la entrada a la cámara. Eché una mirada a través de los mismos y conocí el alcance de nuestro destino. Aquella línea, que manchaba la redondez del sol, era la silueta de otro enorme banco de hierba.

"Recordé que por la mañana el tripulante había dicho ver algo más allá del agua, cuando observó desde la cima de los restos de la mesana; pero había sido incapaz de discernir qué era. Me cruzó corno un relámpago la idea de que había sido apenas visible desde la arboladura por la mañana y que ahora se lo veía desde cubierta. Se me ocurrió que el viento podía estar comprimiendo la hierba y llevando el banco que rodeaba a la nave hacia una porción mayor de la misma. Posiblemente la extensión diáfana de agua había sido una grieta en el centro mismo del Mar de los Sargazos. Parecía algo demasiado probable.

"En esas meditaciones me encontraba cuando la noche cayó sobre mí. Recorrí la cubierta a grandes pasos durante unas horas más, en la oscuridad, esforzándome por entender lo incomprensible sin otro resultado que fatigarme mortalmente. Después, alrededor de medianoche, bajé a dormir.

"A la mañana siguiente, cuando salí a cubierta, descubrí que la extensión de agua libre había desaparecido por completo durante la noche y ahora, hasta donde el ojo podía llegar, sólo había una tremenda desolación de hierba.

"El viento había amainado por completo y desde aquella inmensidad surcada de hierbas no llegaba ningún sonido. ¡Habíamos alcanzado, por cierto, el Cementerio del Océano!

"El día pasó sin mayores acontecimientos. Fue sólo cuando les serví algo de comida a los hombres, y uno de ellos preguntó si podían servirse un poco de ciruelas secas, que recordé, con una punzada de súbita aflicción, que era Navidad. Les di la fruta que deseaban y pasaron la mañana en la cocina preparándose la comida. La estólida indiferencia de los tripulantes ante los hechos cercanos y terribles me abrumaba por algún motivo, hasta que recordé lo que habían sido y serían sus vidas. ¡Pobres tipos! Uno de ellos se aventuró a popa a la hora de comer y me ofreció una rodaja de lo que él llamó 'budín de ciruelas'. Lo trajo en un plato que había encontrado en la cocina y limpiado cuidadosamente con arena y agua. Me lo tendió con cierta timidez y lo tomé con la mayor cortesía que pude porque no quería herir sus sentimientos, aunque el olor de aquello era abominable.

"Durante la tarde, saqué el catalejo del capitán e hice un examen cuidadoso de la antigua embarcación que estaba a babor de la nuestra. Estudié en especial la superestructura extraordinaria que le rodeaba los flancos, pero, como he dicho antes, no pude imaginar su utilidad.

"Pasé los últimos momentos de la tarde a popa, investigando con los ojos cansados aquella maligna quietud y de ese modo, poco después, llegó la noche: la noche de Navidad, sagrada por un millar de recuerdos felices. Me descubrí soñando con la noche de un año atrás y, durante un momento, olvidé lo que estaba ante mí. Me fue recordado súbita, terriblemente. Una voz se alzó en la oscuridad que cubría la cubierta principal. Por una fracción de segundo expresó sorpresa; después el dolor y el terror saltaron a ella. Bruscamente pareció venir desde arriba y después desde algún sitio fuera de la nave; por un momento hubo silencio, salvo el ruido de pasos precipitados y el golpe de una puerta que se cerraba con violencia en dirección de la proa.

"Bajé de un salto la escalera de popa y corrí a lo largo de la cubierta principal hacia el castillo de proa. Mientras corría, algo me quitó la gorra de un golpe. Apenas si lo noté entonces. Llegué al castillo de proa y agarré el cerrojo de la puerta de babor. Lo levanté y empujé pero la puerta estaba asegurada.

"—¡Ahí adentro! —grité, y golpeé los paneles con el puño cerrado.

"Llegó la voz de un hombre, incoherente.

"—¡Abran la puerta! —grité—. ¡Abran la puerta!

"—Sí, señor... Es... Estoy yendo, Señor —dijo uno de ellos, a los tirones.

"Oí pasos que tropezaban sobre los tablones. Después una mano tomó nerviosamente el cerrojo y la puerta se abrió de par en par ante mi peso.

"El hombre que me había abierto retrocedió alarmado. Sostenía una lámpara de grasa llameante y, cuando entré, la empujó hacia adelante. Era visible que le temblaba la mano y, detrás de él, distinguí el rostro bien afeitado de uno de sus camaradas, con la frente y el sucio labio superior bañados de sudor. El hombre que sostenía la lámpara abrió la boca e intentó hablarme, pero, durante un momento, no emitió ningún sonido.

"—¿Qué... qué era? ¿Qué e... era? —pudo pronunciar al fin, con una boqueada.

"El hombre que estaba atrás se puso a su lado y gesticuló.

"—¿Qué era qué? —pregunté ásperamente, mirándolos alternativamente—. ¿Dónde está el otro hombre? ¿Qué fue ese grito?

"El segundo hombre se pasó la mano por la frente, después agitó los dedos en dirección a cubierta.

"—¡No sabemos, señor! ¡No sabemos! ¡Era Jessop! ¡Algo lo atrapó en el momento en que veníamos a proa! Nosotros... nosotros... El... él... ¡ESCUCHE!

"Adelantó la cabeza con un respingo mientras hablaba y después, durante un momento, nadie se movió. Pasó un minuto y estaba por hablar cuando, de pronto, afuera, desde algún punto de la cubierta principal desierta, llegó un ruido extraño, apagado, como si algo se moviera furtivo de aquí para allá. El hombre de la lámpara me agarró de la manga y después, con un movimiento abrupto, cerró la puerta de golpe y la aseguró.

"—¡ESO era, señor! —exclamó con terror y convicción.

"Le ordené que hiciera silencio mientras escuchaba, pero no nos llegó ningún sonido a través de la puerta, así que me volví hacia ellos y les dije que me comunicaran todo lo que sabían.

"Era bastante poco. Habían estado sentados en la cocina conversando hasta que, sintiéndose cansados, decidieron ir a proa y acostarse. Apagaron la luz y salieron a cubierta, cerrando la puerta a sus espaldas. En el momento en que volvían hacia proa, Jessop dejó escapar un aullido. Un instante después lo oyeron gritar en el aire por encima de sus cabezas y, advirtiéndolo que algo terrible los atacaba, huyeron de inmediato corriendo hacia la seguridad del castillo de proa.

"Entonces llegué yo.

"Cuando los hombres terminaron de contarme, creí oír algo afuera y levanté la mano pidiendo silencio. Capté el sonido una vez más. Alguien pronunciaba mi nombre en voz alta. Era la señorita Knowles. Lo más probable era que me estuviese llamando para comer: ella no conocía el hecho espantoso que había ocurrido. Salté hacia la puerta. Podía estar viniendo a lo largo de la cubierta principal en mi búsqueda. Y allí afuera había algo, de lo que yo no tenía idea: ¡algo no visto, pero mortalmente tangible!

"—¡Deténgase, señor! —gritaron los hombres al mismo tiempo, pero yo ya había abierto la puerta.

"—¡Señor Philips! —llegó la voz de la muchacha a no mucha distancia—. ¡Señor Philips!

"—¡Ya voy, señorita Knowles! —grité y arrebaté la lámpara de la mano del hombre.

"Un instante después corría a popa, sosteniendo la lámpara en alto, y mirando con temor a un lado y otro. Llegué al lugar donde había estado el palo mayor y divisé a la muchacha que corría hacia mí.

"—¡Regrese! —grité—. ¡Regrese!

"Al oír mi grito se volvió y corrió hacia la escalera de popa. Subí con ella y la seguí, pisándole los talones. Sobre la popa, se dio vuelta y me enfrentó.

"—¿Qué ocurre, señor Philips?

"Vacilé

"—¡No sé! —dije.

"—Mi padre oyó algo —empezó ella—. Me envió. El...

"Levanté la mano. Me parecía haber captado otra vez el sonido de algo que se movía sobre la cubierta principal.

"—¡Rápido! —dije ásperamente—. ¡Baje a la cabina! —y como era una muchacha sensata, se volvió y bajó corriendo sin perder el tiempo. La seguí, cerrando y asegurando las puertas de entrada detrás de mí.

"En la cámara, tuvimos una charla apenas susurrada en lo que le conté todo. Lo sobrellevó con valor y no dijo nada, aunque tenía los ojos muy abiertos y el rostro pálido. Entonces nos llegó la voz del capitán desde la cabina adyacente.

"—¿Está allí el señor Philips, Mary?

"—Sí, padre,

"—Hazlo entrar.

"Entré.

"—¿Qué ocurrió, señor Philips? —preguntó con voz sosegada.

"Vacilé; quería evitarle las malas nuevas, pero me miró con ojos calmos durante un momento y supe que era inútil tratar de engañarlo.

"—Algo ha pasado, señor Philips —dijo serenamente—. No tenga miedo en contármelo.

"Ante estas palabras, le conté todo lo que sabía; me escuchó y con movimientos de cabeza me dio a entender que comprendía el relato.

"—Debe de haber sido algo grande —observó, cuando terminé—. ¿Y sin embargo usted no vio nada cuando se dirigió a la popa?

"—No —contesté.

"—Es algo que está en la hierba —prosiguió—. Va a tener que prohibir que se salga a cubierta por la noche.

"Después de un poco más de conversación, en la que el capitán desplegó una serenidad que me asombraba, lo abandoné y poco después me dirigí a mi camarote.

"Al día siguiente, llamé a los dos hombres y juntos hicimos un registro cuidadoso de la nave pero no encontramos nada. Se me hacía evidente que el capitán estaba en lo cierto. Había alguna cosa horrenda oculta dentro de la hierba. Me dirigí al costado y miré hacia abajo. Los dos hombres me siguieron. De pronto, uno de ellos señaló.

"—¡Mire, señor! —exclamó—. ¡Exactamente debajo suyo, señor! ¡Dos ojos como benditos platos grandes! ¡Mire!

"Miré con atención, pero no pude ver nada. El hombre se apartó de mí y corrió a la cocina. Regresó en un momento, con un gran trozo de carbón.

"—Justo allí, señor —dijo y lo lanzó hacia la hierba exactamente bajo donde yo me encontraba.

"Demasiado tarde vi lo que él señalaba: dos ojos inmensos, a poca distancia bajo la superficie de la hierba. Supe en un instante a qué pertenecían, porque había visto grandes ejemplares de pulpo unos años atrás, durante un crucero por aguas australianas.

"—¡Cuidado, hombre! —grité y lo agarré del brazo—. ¡Es un pulpo! ¡Retroceda! —bajé de un salto a cubierta. En el mismo instante, enormes masas de hierba fueron lanzadas en toda dirección y media docena de tentáculos inmensos se arremolinaron en el aire. Uno se enroscó en el cuello del tripulante. Lo aferré de la pierna, pero fue arrancado de mis brazos y tropecé hacia atrás sobre cubierta. Oí un grito del otro hombre mientras me esforzaba por ponerme en pie. Miré hacia donde había estado, pero no había señales de él. Sin tener en cuenta el peligro, salté sobre la barandilla y bajé la cabeza con ojos asustados. Sin embargo, no pude percibir vestigios ni de él ni de su compañero, ni del monstruo.

"No puedo precisar cuánto tiempo estuve allí mirando hacia abajo atónito; seguramente unos minutos. Estaba tan abrumado que parecía incapaz de moverme. Después, repentinamente tomé conciencia de un ligero estremecimiento que corría a través de la hierba y, un instante después, algo surgió silencioso de las profundidades con una celeridad mortal. Por suerte lo vi a tiempo, de lo contrario habría compartido

el destino de aquellos dos... y de los demás. Tal como ocurrieron las cosas, me salvé sólo saltando hacia atrás, a la cubierta. Durante un momento vi el tentáculo ondulando sobre la barandilla con cierta aparente falta de propósito; después se perdió de vista y quedé a solas.

"Pasó una hora antes de que pudiera reunir el valor suficiente como para comunicar las novedades de esta última tragedia al capitán y a su hija, y cuando terminé de hacerlo regresé a la soledad de la popa para meditar sobre nuestra desesperada situación.

"Mientras iba y venía, me sorprendí mirando sin cesar a los amontonamientos de hierba más cercanos. Los hechos de los últimos dos días me habían destrozado los nervios y a cada momento temía ver algún delgado garfio mortal buscándome sobre la barandilla. Sin embargo la popa, al sobresalir mucho más por encima de la hierba que la cubierta principal, era comparativamente segura, pero sólo comparativamente.

"Poco después, mientras caminaba sin rumbo de arriba para abajo, mis ojos tropezaron con el casco del antiguo navío y, en un relámpago, llegué a entender el motivo de aquella gran superestructura. Estaba ideada como protección contra las horrendas criaturas que habitaban la hierba. Se me ocurrió la idea de que podía intentar un medio similar de protección, porque la sensación de que en cualquier momento podía ser atrapado y levantado hacia aquel desierto gangoso era insoportable. Además, el trabajo serviría para ocupar la mente y me ayudaría a sobrellevar la intolerable soledad que me embargaba.

"Decidí que no perdería tiempo y así, después de pensar un poco la manera en que procedería, saqué dos rollos de cuerda y varias velas. Después bajé a la cubierta principal y subí una brazada de barras de cabestrante. Las amarré verticalmente a la barandilla alrededor de la popa. Después anudé la cuerda a cada una, tensándola bien entre ellas, y sobre esta armazón tendí las velas, cosiendo la fuerte lona a la cuerda mediante hilo de bramante y grandes agujas que había encontrado en el cuarto del piloto.

"No debe suponerse que semejante tarea fue cumplida de inmediato. En realidad pasaron tres días de dura labor antes de completar la popa. Después comencé el trabajo sobre la cubierta principal. Fue una empresa tremenda y pasó una quincena entera antes de tener toda la extensión encerrada, porque sin cesar tenía que estar atento ante el ataque del enemigo oculto. En una ocasión estuve a punto de ser sorprendido y me salvé sólo gracias a un rápido salto. Por el resto de ese día no trabajé; estaba demasiado conmocionado. Sin embargo, a la mañana siguiente, volví a comenzar y de allí en adelante, hasta el fin, no fui molestado.

"Una vez que la obra estuvo terminada toscamente, me sentí dispuesto a perfeccionarla. Lo hice embreando las velas con alquitrán de Estocolmo; eso las volvió rígidas y capaces de resistir el mal tiempo. Después agregué varios soportes nuevos y una buena cantidad de cordaje para tensar y, por último, reforcé la lona con telas adicionales, empapadas a discreción en brea.

"De este modo pasó todo enero y parte de febrero. Entonces, debía ser el último día del mes; el capitán me llamó y me dijo, sin palabras preliminares, que se estaba muriendo. Lo miré, pero no dije nada; hacía tiempo que sabía que así era. A su vez, me devolvió la mirada con una extraña intensidad, como si estuviera leyendo mis pensamientos más íntimos y esto durante unos dos minutos.

"—Señor Philips —dijo al fin—. Tal vez esté muerto mañana a esta misma hora. ¿Se le ha ocurrido alguna vez que mi hija quedará a solas con usted?

"—Sí, capitán Knowles —contesté sereno y esperé.

"Durante unos segundos permaneció en silencio, aunque por el cambio de expresiones de su rostro supe que estaba meditando la mejor manera de expresar lo que pensaba decirme.

"—Usted es un caballero... —empezó, por fin.

"—Me casaré con ella —dije, terminando la frase por él.

"Un leve rubor de sorpresa le invadió la cara.

"—¿Usted... usted lo ha pensado seriamente?

"—Lo he pensado muy seriamente —expliqué.

"—¡Ah! —dijo como alguien que comprende. Y después, por un momento, se quedó inmóvil. Comprendí con claridad que lo asediaban los recuerdos. Un momento más tarde, salió de sus sueños y habló refiriéndose sin duda a mi matrimonio con su hija.

"—Es lo único por hacer —dijo con voz serena.

"Me incliné y luego, se quedó en silencio una vez más. Sin embargo poco después se volvió nuevamente hacia mí:

"—¿Usted... la ama?

"El tono era de gran ansiedad y un sentimiento de preocupación se escondía en sus ojos.

"—Será mi esposa —dije sencillamente y él asintió.

"—Dios nos ha tratado extrañamente —murmuró, poco después, como para sí.

"De pronto, me ordenó que hiciera entrar a la hija.

"Y entonces nos casó.

"Tres días después murió y quedamos a solas.

"Durante un tiempo, mi esposa fue una mujer triste, pero poco a poco el tiempo alivió la amargura de su pena.

"Unos ocho meses después de nuestro matrimonio, un nuevo interés se introdujo en su vida. Me lo susurró y nosotros, que habíamos soportado la soledad sin quejarnos, teníamos ahora este nuevo hecho del que preocuparnos en el futuro. Se convirtió en un vínculo entre ambos y nos prometía cierta compañía cuando fuésemos ancianos. ¡Ancianos! Ante la idea de la edad, un repentino relámpago cruzó el cielo de mi mente: ¡COMIDA! Hasta entonces, había pensado en mí como en alguien ya muerto y no me había importado nada fuera de los problemas inmediatos que me presentaba cada nuevo día. La soledad del vasto Mundo de Hierba se había convertido en la seguridad de un destino funesto para mí, que había nublado y atrofiado mis

facultades, de tal modo que me había vuelto apático. Sin embargo, ante el tímido susurro de mi esposa, todo pareció cambiar de inmediato.

"En aquel mismo momento, comencé una investigación sistemática en todo el navío. Entre el cargamento, que era de naturaleza general, descubrí grandes cantidades de provisiones conservadas y enlatadas, que aparté cuidadosamente. Continué con el examen hasta que terminé de saquear toda la nave. Completar la tarea me llevó casi seis meses y cuando la terminé, tomé papel e hice cálculos que me llevaron a concluir que teníamos en la nave alimentos suficientes para preservar la vida de tres personas por espacio de quince a diecisiete años. No pude precisar más el cálculo porque ignoraba la cantidad que consumiría el niño año tras año. Sin embargo, fue suficiente para mostrarme que diecisiete años debían ser el límite. ¡Diecisiete años! Y después...

"Respecto al agua, no estaba preocupado porque había armado un gran recipiente de tela, con una cañería de lona que iba hasta los tanques y de cada lluvia, extraía una provisión, que nunca se agotaba.

"La niña nació hace unos cinco meses. Es una espléndida muchachita y la madre parece perfectamente feliz. Creo que podría compartir con ellas una serena felicidad de no ser por la idea de lo que ocurrirá al final de los diecisiete años. ¡Es cierto!, podemos morir mucho antes, pero, si no es así, nuestra muchachita llegará a la adolescencia... y esa es una edad hambrienta.

"Si uno de nosotros muriese... ¡pero no! En diecisiete años pueden ocurrir muchas cosas. Esperaré.

"Es probable que mi método para sacar estas líneas de la hierba tenga éxito. He construido un pequeño globo impulsado a aire caliente y le aseguraré esta misiva, bien envuelta en un barrilito. El viento lo llevará con rapidez fuera de aquí.

"En caso de que alguna vez esto llegue a seres civilizados, les ruego que lo transmitan a:"

(Aquí sigue una dirección, que, por algún motivo, ha sido torpemente eliminada. Después viene la firma de quien escribió:)

"Arthur Samuel Philips"

El capitán de la goleta miró a Jock cuando el hombre terminó la lectura.

–Provisiones para diecisiete años –murmuró pensativo–. ¡Y esto ha sido escrito hace unos veintinueve años! –cabeceó varias veces–. ¡Pobres criaturas! –exclamó.

–Ha sido un largo tiempo, Jock... ¡un largo tiempo!

II

En agosto de 1902, el capitán Bateman, de la goleta Agnes, recogió un pequeño barril sobre el que estaba pintada una palabra borrada a medias que al fin pudo

descifrar como "Homebird", nombre de una nave completamente equipada, que partió de Londres en noviembre de 1873 y de la que ningún hombre volvió a oír desde entonces.

El capitán Bateman abrió el barril y descubrió un rollo de manuscrito envuelto en tela impermeable. Al ser examinado, resultó ser el relato de la pérdida del Homebird en medio de las desoladas extensiones del Mar de los Sargazos. Los papeles estaban escritos por un tal Arthur Samuel Philips, pasajero de la nave y gracias a ellos el capitán Bateman pudo enterarse de que la nave, sin mástiles, yacía en el centro mismo de los terribles Sargazos y que toda la tripulación se había perdido, algunos en la tormenta que los llevó allí y otros en intentos de liberar la nave de la hierba que los trataba por todos lados.

Sólo el señor Philips y la hija del capitán habían quedado con vida y el capitán moribundo los había casado a ambos. De ellos había nacido una hija y los papeles terminaban con una alusión breve pero conmovedora al temor que sentían de que, con el tiempo, les escasearan los alimentos.

No es necesario decir mucho más. El relato fue reproducido por la mayor parte de los periódicos de la época y causó amplios comentarios. Incluso se habló de preparar una expedición de rescate, pero tal proyecto fracasó debido sobre todo a la falta de conocimientos sobre el sitio donde se encontraba la nave en la vastedad del inmenso Mar de los Sargazos. Y fue así como, poco a poco, la cuestión fue deslizándose hacia el fondo de la memoria del público.

Ahora, sin embargo, el interés será excitado una vez más por el destino del trío perdido, porque un segundo barril, idéntico, parecería, al que encontró el capitán Bateman, ha sido recogido por un tal Bolton, de Baltimore, dueño de un pequeño bergatín, que se dedica al comercio en la costa sudamericana. En este barril estaba encerrado un mensaje posterior del señor Philips: el quinto que ha enviado al mundo; pero el segundo, el tercero y el cuarto, no han sido descubiertos hasta hoy.

Este "quinto mensaje" contiene un relato fundamental e impactante de sus vidas durante el año 1879 y sigue siendo único como documento cargado de soledad y anhelo humanos. Lo he visto y leído totalmente con el interés más intenso y doloroso. La escritura, aunque tenue, es muy legible y todo el manuscrito lleva la marca de la misma mano y la misma mente que escribieron la lastimosa narración de la pérdida del Homebird, a la que ya me he referido y con la cual, sin duda, muchos estarán familiarizados.

Al cerrar esta pequeña nota explicativa, me siento estimulado a preguntar si en algún lugar, alguna vez, se encontrarán los tres mensajes perdidos. Y podría aún haber otros. No puedo imaginar qué historias de lucha humana y esforzada contra el destino pueden contener. Sólo podemos esperar e interrogarnos. No podemos aprender nada más, porque qué es esta pequeña tragedia perdida entre los incontables millones de tragedias que el silencio del mar retiene con tan pocos remordimientos. Y sin embargo, insisto, pueden llegarnos noticias de lo desconocido:

surgidas de los silencios desolados del espantoso Mar de los Sargazos, el lugar más solitario e inaccesible de todos los lugares solitarios e inaccesibles de esta tierra.

Por eso, afirmo, aguardemos.

W.H.H.

EL QUINTO MENSAJE

"Este es el quinto mensaje que he enviado por encima de la detestable superficie de este enorme Mundo de Hierba, rogando que pueda llegar a mar abierto, antes de que la energía ascensional del globo se agote y, sin embargo, si llega allí –cosa de la que puedo dudar ahora– ¡de qué me valdría! Sin embargo debo escribir, o me volveré loco, y elijo escribir, aun sintiendo mientras escribo que ninguna criatura viviente, aparte de los pulpos gigantes que viven en la hierba, verán alguna vez lo que describo.

"Envíé mi primer mensaje en la víspera de Navidad de 1875 y desde entonces cada víspera del nacimiento de Cristo ha visto un mensaje perdiéndose en el cielo, llevado por los vientos a mar abierto. Es como si la cercanía de esta época, de festividad y de encuentro de amantes separados, me abrumara y me sacara de esa tranquilidad apática que ha sido mía durante épocas de estos años de soledad; así que me aparto de mi esposa y de la pequeña, y con pluma, tinta y papel, trato de aliviar el corazón de las emociones reprimidas que a veces parecen amenazar con destruirlo.

"Ahora han pasado seis años enteros desde que el Mundo de Hierba nos reclamó del Mundo de los Vivos: seis años alejados de nuestros hermanos y hermanas del mundo humano y viviente... ¡Han sido seis años viviendo en una tumba! ¡Y quedan todos los años futuros! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Apenas me atrevo a pensar en ellos! Debo controlarme...

"Y además está la pequeña, que ahora tiene casi cuatro años y medio, y crece maravillosamente, en medio de este desierto. Cuatro años y medio y la mujercita nunca ha visto un rostro humano aparte de los nuestros: ¡piensen en eso! Y sin embargo, si viviera cuarenta y cuatro años, no volvería a ver ninguno más... ¡Cuarenta y cuatro años! Es una tontería preocuparse por un espacio de tiempo tan grande, porque el futuro, para nosotros, termina en diez años... once en el mejor de los casos. Los alimentos no durarán más de eso... Mi esposa no lo sabe, porque me parece una maldad aumentar sin necesidad el castigo que está sufriendo. Sólo sabe que no debemos desperdiciar un gramo de comida y por lo demás imagina que la mayor parte del cargamento es de naturaleza comestible. Tal vez yo he alimentado esa creencia. Si algo me ocurriera, los alimentos durarían unos años más, pero mi esposa tendría que imaginar que es un accidente, de lo contrario cada bocado la enfermaría.

"He pensado con frecuencia y desde hace tiempo en este asunto; sin embargo, temo abandonarlas, porque quién sabe si sus vidas no dependerán en cualquier momento más de mi vigor, tal vez, que de los alimentos que al fin les faltarán. No, no debo proporcionarles a ellas, y a mí mismo, una calamidad cercana y segura, para

demorar otra que, aunque parezca muy poco menos segura, están sin embargo a mayor distancia.

"Hasta hace poco, no nos había ocurrido nada en los últimos cuatro años, si dejo de lado las aventuras² que acompañaron mi loco intento de abrir un camino a través de la hierba circundante hacia la libertad y de las que quiera Dios preservarnos a mí y a los míos. Sin embargo, en la segunda mitad de este año una aventura, que concierne de cerca al espanto, nos llegó inesperadamente de un modo que no habíamos pensado, una aventura que ha aportado a nuestras vidas un nuevo y más activo riesgo porque ahora me he enterado de que la hierba oculta otros terrores además de los pulpos gigantes.

"En realidad, he llegado a creer que este mundo desolado es capaz de ocultar cualquier horror, ya que bien puede hacerlo. Piensen en él: una extensión interminable de soledad húmeda, parda, en toda dirección, hasta el lejano horizonte, un sitio donde reinan sin duda monstruos de lo profundo y de la hierba, donde ningún enemigo puede atacarlos, ¡pero desde donde pueden golpear con la muerte repentina! Ningún humano puede traer un aparato de destrucción para descargarlo sobre ellos y los humanos cuyo destino es tener que presenciarlos, lo hacen sólo desde las cubiertas de naves abandonadas y solitarias, desde las que miran tristemente, con temor y sin la menor capacidad de hacer daño.

"¡No puedo describirlo, ni tener la menor esperanza de que alguien lo imagine! Cuando el viento decae, un silencio enorme nos cerca, de un horizonte al otro; sin embargo es un silencio a través del cual uno parece sentir el pulso de cosas ocultas que nos rodean por completo, observando y esperando... esperando y observando, esperando sólo la oportunidad de adelantar un enorme y repentino garfio mortal... ¡Es inútil! No puedo hacérselo comprender a nadie, ni me iría mejor si tratara de comunicar el espantoso sonido del viento barriendo estas planicies extensas, temblorosas: el agudo susurro de las hojas de hierba movidas por el viento. Oírlo más allá de nuestra pantalla de lona es como oír a los muertos incontables de los poderosos Sargazos llorando sus propios réquiems. O de lo contrario, mi imaginación, afectada por la honda soledad y la meditación, lo asimila al rumor de ejércitos en marcha de los grandes monstruos que siempre están a nuestro alrededor... esperando.

"Y pasemos a la aparición del nuevo terror.

"Fue a finales de octubre cuando lo experimentamos por primera vez: un golpeteo en las horas nocturnas contra el costado del navío, bajo la línea de agua, un ruido que llegaba nítido aunque con un carácter extraño, fantasmal, en la quietud de la noche. Cuando lo oí por primera vez era una noche de lunes. Estaba abajo, en el pañol, reacondicionando nuestras provisiones y de pronto lo oí: tap-tap-tap, contra el exterior de la nave, sobre el flanco de estribor y bajo la línea de agua. Me quedé inmóvil un momento escuchando; pero no pude descubrir qué era lo que había venido a

² Se trata evidentemente de una referencia a algo que el señor Philips había explicado en un mensaje anterior: uno de los tres mensajes perdidos.- W.H.H.

golpetear contra nuestro costado, en este solitario mundo de fango y hierba. Y entonces, mientras estaba allí escuchando, el golpeteo se detuvo, y así esperé, intrigado, y con una odiosa sensación de temor, que debilitaba mi valor y me quitaba el coraje del corazón...

"Bruscamente recommenzó, pero ahora sobre el costado opuesto de la nave y mientras proseguía, sudé un poco porque me parecía que algo inmundo allá afuera, en la noche, estaba golpeando para que lo dejaran entrar. Tap-tap-tap sonaba, y continuaba, y allí estaba yo parado escuchando, y tan atemorizado que parecía sin energías para moverme porque el hechizo del Mundo de Hierba, y el temor engendrado por sus terrores ocultos y el peso y el tedio de su soledad, me habían penetrado la médula de tal modo que, en ese momento, podía creer en la posibilidad de cuestiones de las cuales, estando en tierra firme y rodeado de mis semejantes, me habría reído despectivamente. Es la horrible soledad de este mundo extraño en el que he entrado, lo que sirve para quitarle el ánimo a un hombre.

"Así que, como he dicho, estaba de pie escuchando y lleno de pensamientos temerosos, pero indefinidos, y el golpeteo proseguía, a veces con insistencia regular y de pronto con un veloz y espasmódico tap, tap, tap-a-tap, como si alguna cosa provista de inteligencia me estuviera haciendo señales.

"Sin embargo, poco después pude sacarme un poco el tonto temor que me había invadido y me acerqué al sitio desde donde parecía provenir el golpeteo. Acercándome, incliné la cabeza, cerca del costado del navío y escuché. De ese modo oía los ruidos con mayor nitidez y podía distinguir fácilmente ahora que algo golpeaba el flanco de la nave con un objeto duro, como si alguien estuviera dando contra el costado de hierro con un martillito.

"Mientras escuchaba, sonó un golpe atronador cerca de mi oído, tan intenso y asombroso que salté de puro espanto. De inmediato llegó un segundo golpe pesado y después un tercero, como si alguien hubiese pegado con una maza contra el costado del barco y después de eso un momento de silencio, en el que oí la voz de mi esposa junto a la trampa de entrada al pañol llamándome para saber que había provocado semejante ruido.

"-¡Silencio, querida!-susurré porque me pareció que la cosa de afuera podía oírla, aunque esto no podía ser posible y lo menciono sólo para mostrar hasta qué punto me habían desequilibrado los golpes.

"Ante la orden susurrada, mi esposa se dio vuelta y bajó por la escalera hacia la semipenumbra del lugar.

"-¿Qué es, Arthur? -preguntó acercándose a mí y deslizand la mano alrededor de mi brazo.

"Como contestando a su pregunta, llegó otra vez contra el exterior del navío, un cuarto golpe tremendo, inundando todo el pañol con un trueno sordo.

"Mi esposa gritó asustada y saltó apartándose de mí, pero un instante después estuvo otra vez a mi lado y se agarró con fuerza de mi brazo.

"—¿Qué es, Arthur? ¿Qué es? —me preguntó; su voz, aunque era apenas un susurro asustado, se oyó con nitidez en el silencio subsiguiente.

"—No lo sé, Mary —contesté, tratando de hablar con voz calma—. Es...

"—Hay algo otra vez —me interrumpió cuando recomenzaron los sonidos del golpeteo.

"Durante un minuto, nos quedamos en silencio, escuchando aquellos golpecitos extraños. Después mi esposa se volvió hacia mí:

"—¿Es algo peligroso. Arthur? Cuéntame. Te prometo ser valiente.

"—Me es imposible decirlo, Mary —contesté—. No puedo saberlo, pero voy a subir a escuchar a cubierta... Tal vez, —hice una pausa para pensar, pero un quinto golpe tremendo contra el flanco de la nave barrió las palabras que iba a decir y no pude hacer más que quedarme allí parado, asustado y perplejo, esperando más sonidos. Después de una breve pausa, llegó un sexto golpe. Luego mi esposa me agarró del brazo y empezó a arrastrarme hacia la escalera.

"—Sal de este lugar oscuro, Arthur —dijo—. Me enfermaré si te quedas un momento más aquí. Tal vez la... la cosa de afuera puede oírnos y se detenga si subimos.

"A esta altura, mi esposa se sacudía con violencia y yo estaba apenas mejor, así que me alegró subir con ella la escalera. En la parte superior, hicimos un alto para escuchar, inclinándonos sobre la escotilla abierta. Pasaron tal vez cinco minutos en silencio; después el golpeteo empezó una vez más, llegando los sonidos claramente hasta donde estábamos agachados. Pronto cesaron otra vez y después de eso, aunque escuchamos durante unos diez minutos más, no se repitieron. Tampoco hubo más golpes violentos.

"Poco después, aparté a mi esposa de la escotilla y la llevé hasta un asiento de la cámara porque la escotilla está ubicada bajo la mesa de la cámara. Después regresé a la abertura y volví a colocarle la tapa. Entonces entré a nuestra cabina —la que había sido del capitán, su padre— y saqué uno de los numerosos revólveres que teníamos. Lo cargué con cuidado y después lo coloqué en mi bolsillo lateral.

"Una vez hecho esto, fui a buscar a la despensa, donde tenía la costumbre de dejar a mano tales cosas, una linterna sorda, la misma que habíamos usado en noches oscuras para sacar las cuerdas de cubierta. La encendí y después le moví la tapa corrediza para cubrir la luz. Lo próximo que hice fue sacarme las botas y después se me ocurrió bajar una de las hachas americanas de mango largo que estaban en el soporte del mástil de mesana: estaba bien afilada y era un arma formidable.

"Después de eso tuve que tranquilizar a mi esposa y asegurarle que no correría riesgos innecesarios, si es que en realidad había algún riesgo por correr; aunque, como puede imaginarse, no podía afirmar qué nuevo peligro iría a caer sobre nosotros. Y entonces, levantando la linterna, avancé en silencio y en medias, subiendo la escalera de entrada. Había llegado arriba y acababa de pisar la cubierta cuando algo me aferró el brazo. Giré con rapidez y vi que mi esposa había subido conmigo los escalones, y a juzgar por la forma en que se le sacudía la mano sobre mi brazo adiviné que estaba muy agitada.

—¡Oh, querido mío, querido mío, no vayas! ¡No vayas! —susurró, ansiosa—. Espera hasta que llegue el día. Quédate abajo esta noche. No sabes qué puede haber en este horrible sitio.

“Coloqué la linterna y el hacha sobre cubierta junto a la escalera; después me incliné hacia la abertura y tomé en mis brazos a mi esposa, serenándola y acariciándole el pelo, sin dejar de pasear una mirada alerta sobre las cubiertas en penumbra. Pronto ella se recobró y escuchó mi argumento de que estaría mejor abajo, y así, un momento después, me dejó, haciéndome prometer de nuevo que tendría mucha cautela.

“Una vez que se fue, levanté la linterna y el hacha y avancé cautamente hacia el flanco de la nave. Hice una pausa y escuché con mucha atención, ya que estaba justo encima del punto del costado de babor donde había oído la mayor parte del golpeteo y todos los golpes fuertes; sin embargo, aunque escuché, como he dicho, con mucha atención, los sonidos no se repitieron.

“Poco después me erguí y avancé hacia adelante hasta el comienzo de la cubierta de proa. Allí me incliné sobre la barandilla que lo atravesaba y escuché, escrutando las cubiertas difusas, pero no pude ver ni oír nada; en realidad no era que tuviese algún motivo para esperar ver u oír nada anormal a bordo del navío porque todos los ruidos habían llegado del otro lado del flanco y, más aún, desde debajo de la línea de agua. Sin embargo, en el estado mental en que me encontraba, empleaba menos la razón que la imaginación; porque el extraño golpear y golpetear en medio de aquel mundo de soledad me había hecho imaginar vagamente terrores desconocidos que se acercaban silenciosos a mí desde cada sombra de las cubiertas apenas entrevistadas.

“Entonces, cuando aún escuchaba, dudando si bajar a la cubierta principal, aunque demasiado insatisfecho con el resultado de mi escrutinio como para abandonar la búsqueda, oí, leve aunque nítido en la quietud de la noche, que los ruidos golpeteantes recomenzaban.

“Aparté mi peso de la barandilla y escuché, pero ya no pude oírlos y ante eso me incliné otra vez hacia adelante, sobre la barandilla, y bajé la cabeza hacia la cubierta principal. Los sonidos me llegaron de inmediato una vez más y ahora supe que me eran transmitidos por medio de la barandilla que los conducía a través de los puntales de hierro que la fijaban al navío.

“Ante esto, me volví y me dirigí a la popa a lo largo de la cubierta de popa, moviéndome con mucha cautela y en completo silencio. Me detuve sobre el sitio donde había oído por primera vez los golpes mayores y me agaché, aplicando el oído contra la barandilla. Aquí los sonidos me llegaron muy nítidos.

“Escuché un momento; después me puse en pie y deslicé la lona embreada que cubre la abertura de babor a través de la cual descargamos los desperdicios; hechos allí por conveniencia, hay uno a cada costado del navío. Lo hice en completo silencio y después, inclinándome hacia afuera a través de la abertura, examiné la superficie borrosa de la hierba. En el momento en que lo hacía, oí con claridad debajo de mí un golpe pesado, apagado y embotado por el agua, contra el flanco de hierro de la nave. Me pareció que había cierta perturbación entre las masas oscuras y sombrías de la

hierba. Para entonces había abierto la corredera de la linterna y lanzado un claro rayo de luz hacia la oscuridad de abajo. Durante un breve instante, creí percibir una multitud de cosas que se movían. Sin embargo, aparte de que eran de forma oval y se veían blancas a través de las hojas de hierba, no pude distinguir nada con claridad; porque con el resplandor de la luz, desaparecieron y abajo sólo descansaban las masas oscuras, pardas de la hierba gravemente inmóvil.

"Pero dejaron una impresión sobre mi imaginación sobreexcitada, una impresión que puede haberse debido a la morbidez engendrada por la excesiva soledad; con todo me pareció que había visto por un momento una multitud de blancos rostros muertos, vueltos hacia mí entre las redes de hierba.

"Permanecí inclinado un momento, mirando con fijeza el círculo de hierba iluminada; sin embargo con mis ideas en tal tumulto de dudas y suposiciones asustadas mis ojos físicos hacían mal papel comparados con el ojo interno. Y a través de todo el caos de mi mente se erguían recuerdos sobrenaturales y temibles: los vampiros, los muertos-vivos. En ese momento no parecía nada improbable asociar los términos con los temores que me asediaban. Porque ningún hombre puede atreverse a afirmar qué terrores oculta este mundo, hasta que se ha perdido para sus semejantes, en medio de la desolación inexplicable de las planicies de hierba vastas y fangosas del Mar de los Sargazos.

"Y entonces, mientras estaba allí, tan tontamente expuesto a los peligros que había aprendido que existían realmente, mis ojos captaron y en forma subconsciente tomaron nota de la ondulación extraña y sutil que siempre precede la aproximación de uno de los pulpos gigantes. Salté hacia atrás al instante y dejé caer la tapa de lona embreada sobre la abertura, y así me quedé parado solo en la noche, echando miradas atemorizadas detrás y adelante de mí, con el rayo de la linterna arrojando manchas oscilantes de luz de aquí para allá sobre cubierta. Y durante todo el tiempo estuve escuchando... escuchando porque me pareció que algún terror acechaba en la noche, que podía atacarnos en cualquier momento y de un modo inimaginable.

"Después, atravesando el silencio, me llegó un susurro y me volví con rapidez hacia la escalera de la cámara. Mi esposa estaba allí y tendió los brazos hacia mí, rogándome que bajara a lugar seguro. Cuando la luz de la linterna la iluminó, vi que en la mano derecha sostenía un revólver y le pregunté para qué lo tenía; me informó que me había estado vigilando todo el rato que yo había pasado sobre cubierta, salvo el breve momento que necesitó para buscar y cargar el arma.

"Ante esto, como puede imaginarse, me adelanté y la abracé de todo corazón, besándola por el amor que había impulsado sus acciones; luego hablamos un poco en voz baja: ella pidiéndome que bajara y asegurara las puertas de la escalera y yo poniendo objeciones, diciéndole que me sentía demasiado alterado como para dormir, que prefería seguir vigilando un poco más la popa.

"Cuando aún discutíamos el asunto, le hice señas de que callara. En el silencio subsiguiente, ella oyó, tan bien como yo, un lento ¡tap! ¡tap! ¡tap! que avanzaba sin pausa sobre las cubiertas oscuras. Sentí un miedo detestable y veloz y a pesar de que

temblaba un poco el apretón de mi esposa se hizo muy tenso. Me solté el brazo e hice ademán de dirigirme al extremo de la popa, pero al instante estuvo detrás de mí, rogándome que si no iba a bajar al menos que quedara donde estaba.

"Ante esto, le pedí con la mayor severidad que me soltara y que bajara a la cabina; su preocupación hizo, sin embargo, que la amara aún más. Pero me desobedeció, declarando con gran decisión, aunque en un susurro, que si me exponía al peligro, ella vendría conmigo; ante esto dudé, pero resolví, un momento después, no ir más allá del comienzo de la cubierta de popa y no aventurarme sobre la cubierta principal.

"Me acerqué en completo silencio a aquel sitio y mi esposa me siguió. Desde la barandilla que cruzaba el comienzo de la cubierta, hice brillar la luz de la linterna, pero no pude ver ni oír nada porque el golpeteo había cesado. Entonces recommenzó, pareciendo haberse acercado por el costado de babor al muñón del palo de mesana. Giré la linterna hacia él y, por un instante brevísimo, me pareció ver algo pálido, un poco más allá del resplandor de la luz. Ante esto, alcé la pistola y disparé, y lo mismo hizo mi esposa, aunque sin que yo le dijera nada. El estampido de la doble explosión sonó fuerte y hueco sobre las cubiertas, y una vez que los ecos se apagaron, ambos oímos que el golpeteo se alejaba una vez más hacia la proa.

"Después permanecemos un momento más escuchando y vigilando, pero todo estaba tranquilo y pronto consentí en bajar y trancar la puerta de la escalera, como lo deseaba mi esposa; porque, en realidad, su argumentación acerca de la inutilidad de que yo me quedara sobre cubierta era muy razonable.

"La noche pasó en completa calma y a la mañana siguiente hice una inspección muy cuidadosa del navío, examinando las cubiertas, la hierba que rodeaba la nave y sus flancos. Después, quité las escotillas, y bajé a las bodegas, pero en ningún sitio descubrí nada anormal.

"Por la noche, en el momento en que terminábamos de comer, oímos tres golpes tremendos aplicados sobre el costado de estribor de la nave, ante lo cual me puse en pie de un salto, tomé y encendí la linterna sorda, que había dejado a mano, y corrí rápida y silenciosamente a cubierta. Llevaba la pistola en el bolsillo y como tenía puestas unas chinelas de suela blanda no necesité detenerme a quitarme el calzado. Había dejado el hacha en la escalera: la tomé y subí los escalones.

"Al llegar a cubierta, me acerqué al costado en silencio y corrí la puerta de lona; después me incliné hacia afuera y abrí la corredera de la linterna, permitiendo que la luz bañara la hierba en la dirección desde la que parecían provenir los fuertes golpes, pero no pude percibir en ningún lado algo fuera de lo común, ya que la hierba se veía inalterada. Así que después de un momento me retiré y corrí la puerta de la pantalla de lona porque era una absoluta locura permanecer expuesto a cualquiera de los pulpos gigantes que pudieran estar merodeando en las cercanías, bajo el telón de hierba.

"Me quedé en la popa desde entonces hasta medianoche, hablándole con voz serena a mi esposa, que había subido conmigo la escalera. A veces podíamos oír los

golpes a uno y otro lado del navío. Y, entre los golpes más intensos y acompañándolos, sonaban los tap, tap—a—tap menores, que yo había oído por primera vez.

"Alrededor de medianoche, sintiendo que no podía hacer nada, y que las cosas invisibles que nos rodeaban no parecían representar ningún daño para nosotros, mi esposa y yo nos dirigimos abajo a descansar, trancando bien las puertas de la escalera detrás de nosotros.

"Calculo que serían alrededor de las dos de la madrugada, cuando fui despertado de un sueño hasta cierto punto agitado, por el grito agónico de nuestro gran verraco, que estaba bastante lejos, a proa. Me apoyé en un codo y escuché, y así pronto estuve bien despierto. Me senté y me deslicé de la litera al piso. Mi esposa, según pude advertir por la respiración, dormía tranquila, así que pude ponerme algunas prendas encima sin despertarla.

"Después, una vez encendida la linterna sorda, y cubierta la luz con la corredera, tomé el hacha en la otra mano y me precipité hacia la puerta que se abría en el extremo delantero de la cámara, sobre la cubierta principal y al abrigo del comienzo de la cubierta de popa. Había cerrado con llave esta puerta antes de acostarme y ahora, sin hacer el menor ruido, le di dos vueltas a la llave y giré el picaporte, abriéndola con mucha cautela. Escruté la superficie difusa de la cubierta principal, pero no pude ver nada; abrí entonces la corredera de la lámpara y dejé que la luz barriera la cubierta, pero siguió sin revelármese nada anormal.

"Hacia la proa, el chillido del cerdo había sido seguido por un silencio absoluto y no había el menor sonido en ningún sitio, si exceptúo un extraño tap—a—tap casual, que parecía provenir del costado de la nave. Así que, reuniendo valor, me adelanté sobre la cubierta y caminé lentamente hacia la proa, barriendo con el rayo de luz a derecha e izquierda sin cesar, mientras caminaba.

"Bruscamente oí a proa de la nave un repentino sucederse de golpecitos, raspones y deslizamientos; tan nítidos y cercanos sonaban que grité sobre mí mismo, como suele decirse. Durante quizás un minuto entero me quedé parado dudando y moviendo la luz en círculo a mi alrededor, perdida la noción de que algo odioso podía saltar sobre mí desde las sombras.

"Y entonces recordé de pronto que había dejado abierta la puerta que daba a la cámara detrás de mí, de modo que si había algo letal sobre cubierta podía llegar a entrar y atacar a mi esposa y mi niña mientras dormían. Ante este pensamiento, giré y corrí rápidamente a popa otra vez y atravesé la puerta de la cabina. Allí me aseguré de que todo andaba bien con las dos durmientes y después volví a cubierta, cerrando la puerta con llave a mis espaldas.

"Y entonces, sintiéndome muy solo sobre la cubierta en sombras, con la retirada hasta cierto punto cortada, necesité de todo mi valor para ir a proa a averiguar la causa del grito del cerdo y el motivo del golpeteo múltiple. Sin embargo lo hice y tengo cierto derecho a sentirme orgulloso del acto porque la lobreguez y soledad y el frío temor del Mundo de Hierba le quitan el ánimo a uno de modo desastroso.

"Cuando me acerqué al castillo de proa vacío, me moví con la mayor cautela, haciendo oscilar la luz de un lado a otro, sosteniendo el hacha en alto y con el corazón convertido en agua de tanto miedo que tenía. Sin embargo, llegué por fin a la jaula de cerdos y descubrí entonces un espantoso espectáculo. El cerdo, un enorme verraco de ciento ochenta kilos, había sido arrastrado sobre cubierta y yacía ante la pocilga con todo el vientre desgarrado, tan muerto como una piedra. Los barrotes de acero de la jaula —grandes barrotes— habían sido arrancados y apartados como si se hubiera tratado de otras tantas pajas; por lo demás, había una buena cantidad de sangre tanto dentro de la pocilga como sobre cubierta.

"Sin embargo, no me quedé a ver más porque, de pronto, cobré conciencia de que aquello era obra de algo monstruoso, que en aquel mismo momento podía estar acercándose a mí en silencio y, al pensarlo, un miedo abrumador me invadió, venciendo mi valor; de modo que me di vuelta y corrí al seguro refugio de la cámara y no me detuve hasta que la sólida puerta estuvo cerrada con llave entre mí y lo que había destruido al cerdo. Mientras estaba parado allí, estremeciéndome de puro miedo, seguía preguntándome en silencio sobre la forma en que aquel ser salvaje y bestial podía haber destrozado sin inconvenientes barrotes de acero y arrancado la vida al enorme verraco, como si fuera apenas un cachorrito. Y había preguntas vitales: ¿Cómo había subido a bordo y dónde se había ocultado? Y aparte: ¿Qué era? Y así sucesivamente durante un buen rato, hasta que me fui tranquilizando.

"Pero no pude pegar un ojo por el resto de la noche.

"Por la mañana, cuando despertó mi esposa, le conté los sucesos de la noche, ante lo cual su rostro se volvió muy blanco, y me reprochó por haber salido a cubierta, declarando que me había expuesto sin necesidad al peligro y que, al menos, no debería haberla dejado sola, sin saber lo que podía ocurrir. Después le dio un ataque de llanto, de modo que tuve que esforzarme por consolarla. Sin embargo, cuando recobró la serenidad, insistió en acompañarme a cubierta, para ver a la luz del día lo que había acontecido realmente durante la noche. Y no pude apartarla de esta decisión, aunque le aseguré que le había contado todo porque deseaba prohibirle que fuera y viniera entre la cámara y la cocina, hasta que yo hubiese realizado un meticuloso examen de las cubiertas. Sin embargo, como ya he declarado, no pude apartarla del propósito de acompañarme y, aunque contra mis deseos me vi obligado a permitirle venir.

"Nos dirigimos a cubierta por la puerta que se abre bajo el comienzo de la cubierta de popa, con mi esposa aferrando torpemente con ambas manos su revólver cargado, mientras yo sostenía el mío en la izquierda y el hacha de mango largo en la derecha... lista para entrar en acción.

"Al salir a cubierta, cerramos la puerta detrás de nosotros, dándole dos vueltas de llave y quitándola de la misma porque pensábamos en nuestra niña dormida. Después avanzamos a proa sobre la cubierta, mirando a nuestro alrededor con precaución. Cuando pasamos más allá de la pocilga y mi esposa vio el cerdo, dejó escapar una breve exclamación de terror, estremeciéndose ante el espectáculo del animal mutilado.

"Por mi parte, no dije nada, pero eché un vistazo aprensivo a nuestro alrededor, sintiendo un nuevo acceso de pánico porque me resultaba muy evidente que el verraco había sido perturbado por lo que vio: la cabeza había sido separada del tronco con enorme vigor y además descubrí nuevas y feroces heridas, una de las cuales había estado a punto de partir en dos el pobre cuerpo de la bestia. Todo lo cual constituía una abundante evidencia adicional del carácter formidable del monstruo, o monstruosidad, que había atacado al animal.

"No me demoré junto al cerdo, ni traté de tocarlo: en cambio, le hice señas a mi esposa para que subiera conmigo a la parte superior del castillo de proa. Allí quité la cubierta de lona del pequeño tragaluz que ilumina el interior; luego levanté la pesada parte superior, dejando entrar la luz en el penumbroso sitio. Después me incliné sobre la abertura y atisé, pero no pude descubrir señales de algo oculto, así que regresé a cubierta y entré al castillo de proa por la puerta de estribor. Y entonces llevé a cabo un registro más minucioso, pero no descubrí nada, aparte del triste montón de baúles que habían pertenecido a los tripulantes muertos.

"Cuando terminé la búsqueda, me apresuré a salir del lúgubre sitio y después volví a asegurar la puerta, y cuidé que la que daba a babor también estuviera bien cerrada. Entonces subí una vez más a la parte superior del castillo de proa y volví a colocar la parte de arriba del tragaluz y la cubierta de lona, asegurando todo prolijamente con listones de madera.

"De este modo, y con increíble precaución, fui revisando toda la nave, cerrando muy bien cada sitio detrás de mí de modo de estar seguro que ninguna cosa se dedicaría a jugar a algún terrible juego de escondite conmigo.

"Sin embargo, no descubrí nada y, de no mediar la tenebrosa evidencia del verraco muerto y mutilado, habría sido probable que creyera que sólo una imaginación demasiado vívida había vagado por las cubiertas en la oscuridad de la noche anterior.

"Podrá comprenderse mejor mis razones para sentirme confundido, cuando explique que había examinado toda la enorme pantalla de lona embreada, que había construido alrededor de la nave como protección contra los rápidos tentáculos de cualquiera de los pulpos gigantes que merodeaban por los alrededores, sin descubrir ningún punto desgarrado, rastro que debería haber dejado cualquier monstruo concebible que hubiese trepado a bordo desde la hierba. También debe tenerse en cuenta que la nave sobresale unos metros sobre la hierba, presentando sólo los pulidos flancos de metal a cualquier cosa que desee trepar a bordo.

"¡Y, sin embargo, allí estaba el cerdo muerto, brutalmente destrozado ante la pocilga vacía! ¡Prueba innegable de que salir a cubierta después del atardecer era correr el riesgo de encontrar una muerte horrible y misteriosa!

"Durante todo el día, medité sobre este nuevo temor que había caído sobre nosotros y en especial sobre la energía monstruosa y ultraterrena que había arrancado y apartado los sólidos barrotes de acero de la pocilga arrebatando con tal ferocidad la cabeza del verraco. El resultado de mi meditación fue que esa misma tarde trasladé nuestras cosas de dormir desde la cabina hacia el medio-puente de hierro: una pequeña

cámara de cuatro literas, que se alzaba a proa del muñón del palo mayor, y construida totalmente de hierro, incluida la única puerta, que se abre en el extremo de popa.

"Junto con las cosas de dormir, trasladé a nuestro nuevo habitáculo una lámpara y aceite, además de la linterna sorda, un par de hachas, dos rifles y todos los revólveres, como así también un buen suministro de municiones. Después le pedí a mi esposa que fuera a buscar provisiones suficientes como para que nos duraran una semana, si era necesario y mientras estaba ocupada en eso limpié y llené la bota de agua del medio-puente.

"A las seis y media, hice que mi esposa fuera a la pequeña cámara de hierro con la niña y después cerré con llave todas las puertas de la cámara a la cabina, cerrando por último detrás de mí la pesada puerta de teca que se abría bajo el comienzo de la popa.

"Después me reuní con mi esposa e hija, y cerré y aseguré la puerta de acero del medio-puente para pasar la noche. Luego de eso, me fui asegurando de que todas las portezuelas de las ocho troneras de la cámara estuviesen en buenas condiciones y entonces nos sentamos, por decirlo así, a esperar la noche.

"Cerca de las ocho, el atardecer estaba sobre nosotros y, antes de las ocho y media, la noche ocultó las cubiertas. Entonces cerré todas las portezuelas, asegurándolas con los tornillos y después encendí la lámpara.

"Siguió un período de espera, durante el cual susurraba de vez en cuando palabras tranquilizadoras a mi esposa, que me miraba con ojos asustados y un rostro muy blanco desde su asiento junto a la niña dormida; por algún motivo había caído sobre nosotros una sensación de temor helado que penetraba directa en el corazón, quitándole a uno vilmente el ánimo.

"Un momento después, un sonido repentino quebró el impresionante silencio: un súbito golpe sordo contra el costado de la nave y, después de eso, llegó una sucesión de golpes pesados, que parecían dados de pronto sobre todos los costados del navío; después hubo silencio durante tal vez un cuarto de hora.

"Entonces, de pronto, oí a proa un tap, tap, tap y luego un ruido cascabeleante, disimulado, y un intenso crujido. Después oí otros sonidos y siempre aquel tap, tap, tap, repetido cien veces, como si un ejército de hombres con pata de palo estuviera moviéndose por cubierta en todo el extremo de proa del navío.

"Pronto me llegó el sonido de algo que bajaba por cubierta; tap, tap, tap, se oía. Se acercó a la cámara y se detuvo durante cerca de un minuto; después prosiguió en dirección a la popa, hacia las cabinas: tap, tap, tap. Me estremecí un poco y entonces agradecí a Dios por haberme concedido la sabiduría de traer a mi esposa y a mi hija a la seguridad de la cámara de acero del medio-puente.

"Cerca de un minuto después, oí el sonido de un golpe pesado en algún punto a popa; después un segundo y luego un tercer golpe y, al parecer, sonaban contra acero, el acero del mamparo que corría a través del comienzo de la cubierta de popa. Llegó el sonido de un cuarto golpe, que se entremezcló con el restallar de la madera rota. Esto me provocó un breve e intenso estremecimiento porque la pequeña y mi esposa podrían

haber estado durmiendo a popa en ese mismo instante, de no ser por el pensamiento providencial que nos había llevado al medio-puente.

"Con el crujido de la puerta rota, a popa, llegó, en dirección de la proa, un gran tumulto y, de inmediato, hubo un sonido como de una multitud de hombres con pata de palo bajando por cubierta desde allí. Tap, tap, tap; tap—a—tap, llegaban los ruidos y se arrastraron hasta donde estábamos sentados en la cabina, agachados y reteniendo el aliento, por temor de hacer algún ruido que atrajera a aquello que estaba afuera. Los sonidos pasaron junto a nosotros y se alejaron golpeteando hacia la popa; entonces dejé escapar un leve suspiro de alivio. Entonces se me ocurrió un pensamiento repentino, me puse en pie y bajé la luz de la lámpara, temiendo que algunos de sus rayos pudieran verse por debajo de la puerta. Y así, por espacio de una hora, nos sentamos sin decir palabra, escuchando los sonidos que llegaban desde la popa, los sordos y pesados golpes, el restallar ocasional de la madera rota y, poco después, otra vez el tap, tap, tap que venía hacia nosotros.

"Los sonidos se detuvieron frente al costado de estribor de la cámara y, por espacio de un minuto entero, hubo silencio. Después, de repente, "¡Boom!", un golpe tremendo estremeció el costado de la cámara. Mi esposa dejó escapar un corto grito jadeante y llegó un segundo golpe; ante esto, la niña despertó y empezó a llorar y mi esposa se dedicó a tratar de tranquilizarla para que hiciera silencio de inmediato.

"Aplicaron un tercer golpe, que inundó el pequeño cuarto con un trueno sordo, y entonces oí el tap, tap, tap, que se movía girando hacia el extremo de popa de la cámara. Hubo una pausa y después un enorme golpe directo sobre la puerta. Aferré el rifle, que había dejado apoyado contra la silla, y me puse en pie porque supe que aquello podía atacarnos en cualquier momento, tan prodigiosa era la fuerza de los golpes que aplicaba. Golpeó la puerta por segunda vez, después se dirigió, tap, tap, tap, girando hacia el costado de babor de la cámara y volvió a golpear allí, pero ahora me sentía más tranquilo porque era el ataque directo contra la puerta lo que había atemorizado espantosamente mi corazón.

"Después de los golpes contra el costado de babor de la cámara, reinó un largo silencio, como si la cosa de afuera estuviese escuchando, pero, gracias a Dios, mi esposa había podido tranquilizar a la niña, así que no hicimos ningún ruido que pudiese indicar nuestra presencia.

"Entonces, por fin, llegaron otra vez los sonidos, tap, tap, tap, a medida que la cosa sin voz se movía hacia la proa. Poco después oí que los ruidos de popa cesaban y luego un golpeteo profuso comenzó a acercarse sobre cubierta. Pasó junto a la cámara sin hacer una pausa y se apagó hacia proa.

"Durante más de una hora hubo un silencio absoluto, de modo que juzgué que ya no corríamos peligro de ser importunados. Una hora después, le susurré a mi esposa, pero al no obtener respuesta supe que se había adormecido, así que seguí sentado, escuchando en tensión, aunque sin hacer ningún tipo de ruido que pudiese llamar la atención.

"Pronto vi, por la delgada línea de luz que pasaba bajo la puerta, que estaba rompiendo el día; al verlo me puse en pie con dificultad, y empecé a desatornillar las cubiertas de acero de las troneras. Desatornillé primero las que daban a proa y miré el pálido amanecer, pero no pude descubrir nada anormal en la zona de cubierta que podía ver desde allí.

"Después, a medida que llegaba a ellas, fui abriendo cada una de las troneras, pero no fue hasta que levanté la portezuela que daba a babor de la cubierta de popa que descubrí algo extraordinario. Entonces vi, al principio en forma confusa, pero con más claridad a medida que avanzaba el día, que la puerta debajo del extremo de la cubierta de popa, que conducía a las cabinas, había sido hecha astillas, algunas de las cuales estaban desparramadas sobre cubierta y otras colgaban aún de los goznes doblados; sin duda otras más estaban regadas en el pasillo, más allá de mi campo de visión.

"Apartándome de la tronera, miré hacia mi esposa y vi que descansaba con la mitad del cuerpo fuera de la litera de la niña, durmiendo ambas con las cabezas sobre la misma almohada. Ante esa visión, una gran ola de agradecimiento me invadió por haber evitado los tres de modo tan maravilloso el peligro terrible y misterioso que había acechado en la oscuridad de la noche previa. Con este sentimiento, crucé en silencio la cámara y las besé a ambas con mucha suavidad, inundado de ternura, aunque cuidando de no despertarlas. Después me tendí en una de las literas y dormí hasta que el sol estuvo alto en el cielo.

"Al despertar, mi esposa estaba en pie, había atendido a la niña y preparado el desayuno, de modo que sólo tuve que salir de la litera y aplicarme a él, lo que hice con una especie de ansioso apetito, inducido, no lo dudo, por la tensión de la noche. Mientras comíamos, discutimos el peligro que acabábamos de pasar, pero sin acercarnos en nada a la solución del misterio sobrenatural de aquel terror.

"Una vez terminado el desayuno, realizamos un registro prolongado y definitivo de las cubiertas, por las diversas troneras y después nos preparamos a salir. Lo hicimos con cautela y silencio instintivos, ambos armados como el día anterior. Cerramos con llave la puerta de la cámara del medio-puente detrás de nosotros, asegurándonos así que la niña no quedara expuesta a ningún peligro mientras estuviésemos en otras zonas del barco.

"Después de un rápido vistazo a nuestro alrededor, nos adelantamos hacia la puerta destrozada que se abría bajo el extremo de la cubierta de popa. Ante el umbral nos detuvimos, no tanto con la intención de examinar la puerta rota, como a causa de una duda instintiva y natural a adentrarnos en la cámara, que apenas unas horas antes había sido visitada por algún monstruo, o monstruos. Por último, decidimos subir a la cubierta de popa y espiar por la claraboya. Hicimos esto, levantando los costados de la cúpula con ese propósito; sin embargo, aunque miramos durante un buen tiempo y prolijamente, no pudimos advertir señales de ningún ser oculto. Pero parecía haber una buena cantidad de objetos de madera destrozados, a juzgar por los trozos desparramados.

"Después de eso, di vuelta a la llave de la escalera de entrada y empujé hacia atrás la tapa grande y abovedada. Entonces bajamos silenciosamente los escalones y entramos al salón. Allí al ver toda la extensión de la cabina, descubrimos una escena extraordinaria; todo el lugar parecía haber sido destrozado de un extremo al otro, las seis cabinas que se alineaban a cada lado tenían los mamparos convertidos en fragmentos o astillas de la madera rota en distintos puntos. Aquí, una puerta se erguía incólume, mientras que el mamparo junto a ella era una masa de astillas... Más allá, una puerta estaba arrancada por completo de los goznes, mientras que la madera que la circundaba estaba sin tocar. Y así dondequiera que mirásemos.

"Mi esposa hizo ademán de dirigirse a nuestra cabina, pero se lo impedí adelantándome yo mismo. Allí la desolación era casi igual. Las tablas de la litera de mi esposa habían sido arrancadas, mientras que el soporte reforzado con listones de la mía había sido tirado hacia afuera, de tal modo que todo el maderamen de la litera había caído al piso en cascada.

"Pero no fue nada de esto lo que nos conmovió tan agudamente, sino el hecho de que la camita oscilante de la niña hubiese sido arrancada de los soportes y arrojada en un amasijo de hierros retorcidos y pintados de blanco al otro lado de la cabina. Cuando vi esto, miré a mi esposa y ella a mí, con el rostro muy blanco. Después se deslizó hasta quedar de rodillas y empezó a llorar agradeciendo a Dios al mismo tiempo, de tal modo que me encontré junto a ella en un momento, con el corazón humilde y lleno de reconocimiento.

"Un momento después, cuando estuvimos más controlados, abandonamos la cabina y terminamos nuestro examen. Descubrimos que la despensa estaba perfectamente intacta, cosa que, por algún motivo, no creo que fuera entonces muy sorprendente para mí porque siempre tuve la sensación de que lo que se había abierto camino dentro de nuestra cabina de descanso nos buscaba a nosotros.

"Poco después, dejamos la cámara y las cabinas destrozadas y nos encaminamos hacia la pocilga que estaba a proa porque estaba ansioso por ver si el cadáver del cerdo había sido tocado. Cuando pasamos más allá del ángulo de la pocilga, dejé escapar un agudo grito porque allí, sobre cubierta, yaciendo de espaldas, había un gigantesco cangrejo de mar, de tamaño tan enorme que no había concebido que existiera un monstruo semejante. Era de color marrón, salvo el vientre que era amarillo pálido.

"Una de las pinzas, o mandíbulas, había sido arrancada en la lucha en la que debía haber muerto (porque estaba completamente destripado). Y esta única pinza pesaba tanto que tuve que hacer esfuerzos para levantarla de la cubierta; con esto se harán una idea del tamaño y el carácter formidable de la criatura propiamente dicha.

"Alrededor del gran cangrejo, había media docena de ejemplares menores, de no más de dieciocho o veinte y hasta cincuenta centímetros de ancho, todos de color blanco, salvo algunas manchas casuales color marrón. Habían sido muertos todos con una sola dentellada de una mandíbula enorme, que en todos los casos los había partido casi en dos mitades. Del cadáver del gran verraco no quedaba ni un fragmento.

"Así quedó resuelto el misterio y con la solución se disipó el terror supersticioso que me había sofocado durante aquellas tres noches, desde que había empezado el golpeteo. Habíamos sido atacados por un banco vagabundo de cangrejos gigantes, que muy posiblemente merodean en la hierba de un sitio a otro, devorando lo que se les cruza en el camino.

"Si habían abordado antes una nave y así, tal vez, habían desarrollado un anhelo monstruoso por la carne humana, o si el ataque había sido impulsado por la curiosidad, no me es posible decidirlo. ¡Puede ser que, al principio, confundieran el casco del navío con el cadáver de un inmenso monstruo marino muerto y de allí provinieran los golpes sobre sus flancos, mediante los cuales, posiblemente, se esforzaran por atravesar de algún modo nuestra caparazón anormalmente dura!

"O, de lo contrario, puede ser que tengan cierto poder olfativo, con el que fueran capaces de oler nuestra presencia a bordo de la nave, pero (como no efectuaron ningún ataque general en el medio-puente) no me sentía inclinado a considerar esto como probable. Y, sin embargo... no sé. ¿Por qué el ataque a la cámara y a nuestra cabina de descanso? Tal como digo, no puedo decidirlo, y tenemos que dejarlo así.

"Descubrí el modo en que subieron a bordo ese mismo día porque, una vez enterado del tipo de criatura que nos había atacado, realicé un examen inteligente en los costados de la nave, pero sólo cuando llegué al extremo de la proa vi cómo se las habían arreglado. Allí descubrí que una parte de los aparejos del bauprés y el juanete de proa rotos habían colgado hacia abajo hasta la hierba y como yo no había extendido la pantalla de lona a través de la parte inferior del bauprés, los monstruos habían podido trepar por los aparejos y de allí a bordo sin el menor inconveniente.

"Remedié tal estado de cosas de inmediato; con unos pocos golpes de hacha corté los aparejos, dejando que cayeran entre la hierba y después construí un parapeto provisorio de madera a través del espacio vacío, entre los dos extremos de la pantalla; más adelante lo hice más durable.

"Desde esa época, no hemos sido perturbados por los cangrejos gigantes, aunque en varias noches posteriores los oímos golpear extrañamente sobre nuestros costados. Tal vez son atraídos por los desechos que nos vemos obligados a lanzar por sobre la borda y eso explicaría los primeros golpeteos a popa, frente al pañol; es desde las aberturas de esa parte de la pantalla de lona que arrojamamos la basura.

"Sin embargo, ahora han pasado semanas desde que los oímos por última vez, de modo que tengo razones para creer que se han trasladado a otro sitio, tal vez para atacar a otros seres humanos solitarios, que viven su corto lapso de vida a bordo de algún navío abandonado, perdido hasta para la memoria en la profundidad de este vasto mar de hierba y criaturas letales.

"Enviaré este mensaje a que cumpla su viaje, como he enviado los otros cuatro, dentro de un barril bien embreado, unido a un pequeño globo de aire caliente.

Agregaré la caparazón de la pinza³ arrancada del cangrejo monstruoso como evidencia de los terrores que nos asedian en este espantoso lugar. En caso de que este mensaje y la pinza caigan alguna vez en manos humanas, que ellos, al contemplar esta mandíbula enorme, traten de imaginar el tamaño del otro cangrejo, o cangrejos, que pudieron destruir a una criatura tan formidable como aquella a la que perteneció una vez esta pinza.

"¿Qué otros terrores nos reserva este mundo abominable?

"He pensado en agregar, junto con la pinza, el caparazón de uno de los cangrejos blancos más pequeños. Deben de haber sido algunos de ellos moviéndose en la hierba aquella noche, los que pusieron en funcionamiento mi desordenada fantasía para que imaginara vampiros y muertos vivientes. Pero, pensándolo mejor, no lo haré porque hacerlo sería ejemplificar algo que no necesita ejemplificación y agregaría peso innecesario al globo.

"Me he cansado de escribir. Se acerca la noche y tengo poco más que contar. Estoy escribiendo en la cámara de popa y, aunque he remendado y arreglado con maderas del mejor modo que pude, nada que yo pueda hacer ocultará las huellas de aquella noche en que los enormes cangrejos invadieron estas cabinas, buscando... ¿QUE?

"No queda nada por decir. Tengo buena salud, como así también mi esposa y la pequeña, pero...

"Debo controlarme y ser paciente. Estamos más allá de toda ayuda, y debemos soportar lo que nos espera con todo el valor que tengamos. Y con esto termino porque mis últimas palabras no serán de queja.

"ARTHUR SAMUEL PHILIPS.

"Vísperas de Navidad, 1879."

³ El capitán Bolton no hace mención a la pinza, en la carta descriptiva que ha adjuntado al Manuscrito.- W.H.H.

El Regreso Al Hogar Del Shamraken

El viejo Shamraken, navío de vela, había pasado muchos días sobre las aguas. Era antiguo, más viejo que sus dueños, y eso es mucho decir. Parecía no tener apuro, mientras alzaba los combados y viejos flancos de madera a través de los mares. ¡Qué apuro había! Alguna vez llegaría, dé algún modo, como había sido su costumbre en los viejos tiempos.

En los tripulantes –que además eran los dueños– había dos cosas especialmente notables: la primera, la edad de todos y cada uno de ellos; la segunda, el sentimiento de familia que parecía ligarlos, de modo que el navío parecía provisto de una tripulación en la que todos estaban relacionados entre sí; sin embargo no era así.

Formaban un curioso grupo, todos barbados, de avanzada edad y grises; sin embargo, no había en ellos rastros de la inhumanidad que acompaña a la ancianidad, salvo en que habían dejado de gruñir y en la serena satisfacción que sólo les llega a aquellos en los que han desaparecido las pasiones más violentas.

Si hacían algo, no se oían los rezongos inseparables de cualquier grupo promedio de marinos. Subían a la arboladura a hacer el "trabajo" –fuera lo que fuese– con la sensata resignación que sólo aportan la edad y la experiencia. El trabajo se llevaba a cabo con cierta tenacidad lenta, una especie de seguridad cansada, nacida del conocimiento de que tal trabajo debía ser realizado. Además, las manos poseían la madura habilidad que sólo da la práctica excesiva y que compensaba con holgura las flaquezas traídas por los años. Por sobre todo, los movimientos, por más lentos que fuesen, eran implacables en su falta de vacilación. Habían ejecutado con tanta frecuencia el mismo tipo de trabajo que habían llegado, mediante la selección de lo útil, a los métodos más directos y sencillos de hacerlo.

Como he dicho, habían pasado muchos días sobre las aguas, aunque no estoy seguro de que algún hombre de la nave supiese con certeza cuántos habían sido. Aunque el Patrón Abe Tombes –a quien se dirigían por lo común llamándole Patrón Abe– debía de haber tenido cierta noción porque se lo podía ver a veces ajustando solemnemente un prodigioso cuadrante, lo cual sugiere que mantenía algún tipo de registro del tiempo y de la ubicación.

De los tripulantes del Shamraken, una media docena estaba sentada, trabajando en las tareas marinas necesarias. Además de éstos, había otros sobre cubierta. Una pareja que recorría el costado de sotavento de la cubierta principal, fumando e intercambiando una que otra palabra casual. Uno estaba sentado junto a otro que trabajaba y que hacía observaciones ocasionales entre las chupadas a la pipa. Otro, sobre el bauprés, pescaba con línea, anzuelo y un trapo blanco, tratando de sacar un bonito. Este último era Nuzzie, el grumete de la nave. Tenía barba gris y sus años sumaban cincuenta y cinco. Había sido un grumete de quince, cuando se unió al Shamraken, y seguía siendo el "grumete", aunque cuarenta años se habían ido a la

eternidad desde el día en que se "incorporó"; los hombres del Shamraken vivían en el pasado y pensaban en Nuzzie como en el "grumete" de ese pasado.

Le correspondía bajar a Nuzzie; era su turno de dormir. Podía afirmarse lo mismo de los otros tres hombres que hablaban y fumaban, pero ellos apenas pensaban en dormir. La edad avanzada saludable duerme poco y ellos tenían salud, a pesar de ser tan ancianos.

Pronto, uno de los que caminaban a sotavento de la cubierta principal mirando por casualidad a proa observó que Nuzzie seguía sobre el bauprés, dándole tironcitos a la línea como para que algún bonito tonto tomara el trozo de trapo blanco por un pez volador.

El fumador le dio un codazo suave al compañero.

—Sería hora de que ese grumete durmiera un poco.

—Sí, sí, compañero —replicó el otro, sacándose la pipa de la boca y mirando con insistencia la figura sentada sobre el bauprés.

Durante medio minuto estuvieron allí parados como la efigie misma de la implacable determinación de la edad de gobernar a la atrevida juventud. Sostenían las pipas en las manos y el humo se alzaba en pequeños remolinos desde el contenido ardiente de las tabaqueras.

—¡No hay manera de domar a ese muchacho! —dijo el primero con aspecto firme y decidido. Después recordó la pipa y le dio una chupada.

—Los grumetes tienen un carácter terrible —observó el segundo y recordó a su vez la pipa.

—Pescar cuando los otros duermen —resopló el primero.

—Los grumetes necesitan dormir mucho —dijo el segundo—. Recuerdo cuando yo era grumete. Supongo que será el crecimiento.

Y durante todo el tiempo el pobre Nuzzie seguía pescando.

—Creo que voy a decirle que se baje de ahí —exclamó el primero y empezó a caminar hacia los escalones que llevaban a la parte superior del castillo de proa.

—¡Muchacho! —gritó en cuanto asomó la cabeza al nivel de la parte superior del castillo de proa—. ¡Muchacho!

Nuzzie se volvió al segundo llamado.

—¿Eh? —voceó.

—Bájate de ahí —gritó el hombre más viejo, con el tono un poco agudo que la edad le había dado a la voz—. Apuesto a que te tendremos dormido sobre la rueda del timón esta noche.

—Sí —agregó el segundo hombre, que había seguido al compañero hasta el castillo de proa—. Baja, muchacho, y vete a tu litera.

—Está bien —gritó Nuzzie y empezó a enrollar la línea. Era evidente que no había pensado desobedecer. Se bajó del palo y pasó junto a ellos sin decir palabra, camino a las cabinas.

Por su parte, los hombres bajaron lentamente del castillo de proa y reanudaron la caminata de proa a popa por el costado a sotavento de la cubierta principal.

–Supongo, Zeph –dijo el hombre que estaba sentado sobre la escotilla y fumaba–, supongo que Patrón Abe tiene razón. Hemos hecho un puñado de dólares con el viejo armatoste y no hemos rejuvenecido.

–Sí, creo que eso es bastante cierto –replicó el hombre sentado junto a él, que estaba atando un cabo a una polea.

–Y es hora de que pensemos en quedarnos en tierra –siguió el primero, que se llamaba Job. Zeph apretó la polea entre las rodillas y buscó a tientas, en el bolsillo de atrás del pantalón, el tabaco compactado. Le arrancó un mordisco y volvió a guardarlo.

–Cuando uno lo piensa resulta raro que éste sea el último viaje –observó masticando parejamente, con el mentón apoyado en la mano.

Job le dio dos o tres chupadas profundas a la pipa antes de hablar.

–Supongo que alguna vez tenía que llegar –dijo al fin–. Tengo en mente un lindo lugarcito donde echar anclas. ¿Pensaste en eso, Zeph?

El hombre que sostenía la polea con las rodillas sacudió la cabeza y miró a lo lejos tristemente sobre el mar.

–No sé, Job, qué voy a hacer cuando el viejo armatoste sea vendido –murmuró–. Desde que María se fue parece no importarme tocar tierra firme.

–Nunca tuve esposa –dijo Job, apretando el tabaco ardiente en la tabaquera de la pipa–. Supongo que los marinos no tendrían que tratar con esposas.

–Eso está muy bien para ti, Job. Cada hombre según su parecer. A mí me gustaba muchísimo María... –se detuvo en seco y siguió mirando el mar.

–Siempre he pensado en que me gustaría asentarme en una granja propia. Calculo que los dólares que gané servirán –dijo Job.

Zeph no contestó y durante cierto tiempo estuvieron sentados allí, sin hablar.

Un momento después, sobre el costado de estribor, por la puerta del castillo de proa, surgieron dos figuras. También ellos eran del "turno de descanso". En todo caso parecían más viejos que el resto de los que estaban en cubierta; las barbas blancas, salvo la mancha del jugo de tabaco, les llegaban al pecho. Por lo demás, habían sido hombres muy vigorosos, pero ahora estaban penosamente doblados por la carga de los años. Se dirigieron a popa, caminando lentamente. Cuando llegaron frente a la escotilla principal, Job levantó la cabeza y dijo:

–Dime, Nehemiah, aquí Zeph ha estado pensando en María y no he podido levantarle el ánimo de ningún modo.

El más pequeño de los dos recién llegados sacudió la cabeza con lentitud.

–Todos tenemos disgustos –dijo–. Todos tenemos disgustos. Yo tuve el mío cuando perdí a la niña de mi hija. Había simpatizado mucho con esa niña, era tan agradable; pero así son las cosas... así son las cosas, y Zeph tuvo su disgusto desde entonces.

–María fue una buena esposa para mí, lo fue –dijo Zeph, hablando lentamente–. Y ahora que el viejo armatoste va a desaparecer me temo que me encontraré muy

solo en tierra –y agitó la mano, como sugiriendo vagamente que la costa se encontraba en algún punto más allá de la banda de estribor.

–Sí –observó el segundo de los recién llegados–. Para mí es algo deprimente que el viejo barco deje de navegar. He navegado sesenta y siete años en él. ¡Sesenta y siete años! –hamacó la cabeza tristemente y encendió un fósforo con manos temblorosas.

–Así son las cosas –dijo el hombre más pequeño–. Así son las cosas.

Y, con estas palabras, se dirigieron junto con su compañero hasta la barra que se extendía bajo las amuradas de estribor sentándose allí a fumar y meditar.

Patrón Abe y Josh Matthews, primer oficial, estaban de pie junto a la baranda que cruzaba el comienzo de la cubierta de popa. Como a los demás hombres del Shamracken, la edad les había caído encima y la helada de la eternidad les había tocado la barba y el cabello. Patrón Abe estaba hablando:

–Es más difícil de lo que pensaba –decía y mantenía los ojos apartados del oficial mirando las cubiertas gastadas, blancas de tan fregadas.

–No sé que haré, Abe, cuando la nave desaparezca –replicó el viejo oficial–. Ha sido como un hogar para nosotros durante más de sesenta años –sacudió el tabaco usado de la pipa mientras hablaba y empezó a cortar una carga nueva del bloque compacto.

–¡Han sido los malditos fletes! –exclamó el patrón–. No hacemos más que perder dólares en cada viaje. Los que nos han reventado son los barcos a vapor.

Suspiró cansado y le dio un tierno mordisco al pan de tabaco.

–Ha sido una nave muy cómoda –murmuró Josh, monologando–. Y desde que aquel muchacho mío se fue, pienso menos en pisar tierra de lo que acostumbraba hacerlo. No me quedan parientes en tierra firme.

Terminó de hablar y empezó a llenar la pipa con los viejos dedos temblorosos.

Patrón Abe no dijo nada. Parecía estar hundido en sus propios pensamientos. Estaba apoyado sobre la baranda que cruzaba el comienzo de la popa y masticaba sin cesar. Pronto se enderezó y caminó a sotavento. Escupió, después se quedó allí en pie unos momentos, dando un breve vistazo en redondo: resultado de medio siglo de costumbre. Bruscamente le gritó al oficial...

–¿Qué es lo que distingues allá afuera? –preguntó, después de un momento de escrutinio.

–No sé, Abe, a menos que sea una especie de niebla levantada por el calor.

Patrón Abe sacudió la cabeza; al no saber qué sugerir, permaneció un momento silencioso. Pronto Josh volvió a hablar:

–Es muy extraño, Abe. Estas son zonas curiosas.

Patrón Abe asintió con la cabeza, sin dejar de mirar lo que había aparecido a sotavento de la proa. Mientras miraban, les parecía que un enorme muro, de niebla color rosado se alzaba hacia el cenit. Se mostraba casi frente a ellos y al principio había parecido sólo una nube brillante sobre el horizonte, pero ya había recorrido un largo camino en el aire y el borde superior se había cubierto de maravillosos matices llameantes.

–Tiene un aspecto realmente magnífico –dijo Josh–. Había oído que las cosas son distintas en esta zona.

Un momento después, cuando el Shamraken se acercó a la niebla, les pareció a los que iban a bordo que ocupaba todo el cielo ante ellos, desplegándose a cada lado de la proa. Y así en un momento penetraron en ella y, de inmediato cambió el aspecto de todo.

... La niebla, en grandes remolinos rosados, flotaba alrededor de los hombres, pareciendo suavizar y embellecer cada cuerda y cada mástil, de modo que el antiguo navío se convirtió, por así decirlo, en una embarcación encantada en un mundo desconocido.

–Nunca vi algo igual, Abe... ¡nunca! –dijo Josh–. ¡Eh! ¡Pero es magnífico! ¡Magnífico! Es como si hubiéramos entrado en el crepúsculo.

–¡Estoy pasmado, pasmado! –exclamó Patrón Abe–. Pero reconozco que es hermosa, muy hermosa.

Durante un momento, los dos viejos colegas se quedaron parados sin hablar, mirando, sólo mirando. Al entrar en la niebla, habían llegado a una calma mayor de la que los había rodeado en mar abierto. Era como si la niebla apagara y acolchara los tonos del crujido de los aparejos y los mástiles. Los mares enormes, sin espuma, que rodaban junto a ellos parecían haber perdido algo del áspero rugido susurrante de saludo.

–Es como sobrenatural, Abe –dijo Josh, más tarde, alzando apenas la voz–. Como si estuviéramos en misa.

–Sí –contestó Patrón Abe–. No parece natural.

–No creo que el cielo sea muy distinto –susurró Josh. Y Patrón Abe no lo contradijo.

Un rato más tarde, el viento empezó a decaer y se decidió que, cuando sonaran las ocho campanadas, todos los tripulantes debían izar el juanete mayor. Poco después, luego de llamar a Nuzzie (porque era el único a bordo que estaba descansando) sonaron las ocho campanadas y todos dejaron las pipas de lado, preparándose para alzar las vergas; sin embargo nadie hizo ademán de trepar a soltar la vela. Ese era trabajo para el grumete y Nuzzie se había atrasado un poco en subir a cubierta. Cuando apareció después de un minuto, Patrón Abe le habló con severidad.

–¡Sube, muchacho, y suelta esa vela! ¡Supongo que no pensarás que un hombre mayor va a hacer semejante trabajo! ¡Debería darte vergüenza!

Y Nuzzie, el "grumete" de barba gris de cincuenta y cinco años, subió a la arboladura humildemente, como le ordenaban.

Cinco minutos después, voceó que todo estaba listo para izar y la hilera de ancianos se esforzó con las cuerdas. Entonces Nehemiah, que es el que llevaba la canción cuando trabajaban, arrancó con un trino agudo:

–Había un viejo granjero que vivía en Yorkshire.

Y el agudo canturreo de las gargantas antiguas se hizo cargo del estribillo:

–Conmigo, sí, sí, bajen este camino.

Nehemiah siguió con el relato:

–Tenía mujer vieja y la quería en el infierno.

–Danos tiempo de bajar este camino –intervino el coro tembloroso de las viejas voces.

–Oh, el diablo lo visitó un día junto al arado –continuó el viejo Nehemiah y el grupo de patriarcas lo siguió con el estribillo:

–Conmigo, sí, sí, bajen este camino.

–Vengo por tu vieja, mula llevo ahora mismo –contó Nehemiah. Y otra vez el estribillo sonó con estridencia:

–Danos tiempo para bajar este camino.

Y así hasta el último par de estrofas. Y rodeándolos por completo, mientras canturreaban, estaba aquella niebla extraordinaria, teñida de rosa que, arriba, se fundía en una maravillosa radiación del color de una llama como si, apenas por encima del tope de los mástiles, el cielo fuese un vasto océano rojo de fuego silencioso.

–Había tres diablitos encadenados al muro –cantó Nehemiah en tono estridente.

–Conmigo, sí, sí, bajen este camino –dijo el coro gimiente.

–Ella se sacó el sueco y los vapuleó a todos –canturreó el viejo Nehemiah y una vez más lo siguió el estribillo antiguo, resollante.

–Estos tres diablitos ladraron por clemencia –tremoló Nehemiah, alzando un ojo para ver si la verga estaba llegando al tope del mástil.

–Conmigo, sí, sí, bajen este camino –dijo el coro.

–Controlen a esa bruja, o ella...

–Asegúrenla –voceó Josh, interrumpiendo la vieja canción marina con la orden. El canturreo había cesado con la primera nota de la voz del oficial y, un par de minutos más tarde, se enrollaron y ataron las cuerdas y los viejos compañeros volvieron a sus ocupaciones.

Es verdad que las ocho campanadas habían pasado y que se suponía que había que cambiar la guardia, y fue cambiada, en lo que a vigilar y al timón se refería, pero por lo demás había poca diferencia para aquellos ancianos a prueba de sueño. El único cambio visible en los hombres de cubierta fue que los que antes sólo habían fumado, ahora fumaban y trabajaban, mientras que los que hasta entonces habían trabajado y fumado, ahora sólo fumaban. Así se desarrollaba todo en completa amistad mientras el vieja Shamraken avanzaba como una sombra de tintes rosados en medio de la niebla brillante y sólo las aguas extensas, silenciosas, perezosas que llegaban a él desde la envolvente nube rosada, parecían tener conciencia de que era algo más que la sombra que parecía ser.

Poco después, Zeph le gritó a Nuzzie que les trajera el té de la cocina y así, en un momento, el turno de descanso hacía su comida vespertina. La comían sentados sobre la escotilla o en la barra, según les tocara en suerte y mientras comían hablaban con los compañeros que estaban de turno en cubierta acerca de la niebla brillante en

la que se habían zambullido. Por lo que hablaban era obvio que el extraordinario fenómeno los había impresionado mucho y toda la superstición que había en ellos parecía haber despertado por completo. En realidad, Zeph no tuvo empacho en declarar su creencia de que estaban cerca de algo sobrenatural. Dijo que tenía la sensación de que "María" estaba en algún lugar, cerca de él.

–¿Quieres decir que estamos bastante cerca del cielo? –dijo Nehemiah, que estaba ocupado en plegar un pallette para convertirlo en aparejo contra roce.

–No sé –contestó Zeph– pero... –hizo un gesto hacia el cielo oculto–. Ustedes ven que es poderosamente maravilloso, y supongo que si es el cielo, es porque algunos de nosotros nos hemos cansado bastante de la tierra. Supongo que estoy sintiendo ganas de echarle un vistazo a María.

Nehemiah sacudió la cabeza lentamente y el cabeceo pareció recorrer todo el círculo de patriarcas canosos.

–Calculo que la niña de mi hija estará allí –dijo, después de meditar un momento–. Sería sorprendente que no hubieran llegado a conocerse con María.

–María era buena para hacer amistades –observó Zeph, meditabundo–, y los niños se sentían bien con ella. Parecía que tenía cierto don para eso.

–Nunca tuve esposa –dijo Job sin que viniera al caso. Era un hecho del que se sentía orgulloso y con frecuencia se jactaba.

–No es algo que vaya a servirte mucho, compañero –exclamó uno de los de barba blanca, que, hasta entonces, había estado en silencio–. Encontrarás menos gente en el cielo para que te salude.

–Eso es bastante cierto, Job –asintió Nehemiah y clavó una mirada dura en Job ante lo cual éste se retrajo en silencio.

Pronto, cuando sonaron tres campanadas, Josh se acercó y les dijo que dejaran de trabajar por ese día.

Llegó la segunda guardia y Nehemiah y el resto de su grupo tomaron el té sobre la escotilla principal, junto con sus compañeros. Cuando lo terminaron, como de común acuerdo, todos fueron y se sentaron sobre la baranda de las cabillas, que corría bajo las amuradas del juanete mayor; allí, con los codos apoyados sobre la baranda, enfrentaron el mar para mirar en todo su esplendor el misterio colorido que los había rodeado. De vez en cuando, una pipa era quitada de la boca y se expresaba algún pensamiento lentamente elaborado.

Las ocho campanadas fueron y vinieron pero, salvo por el relevo en la rueda del timón y en la vigilia, nadie se movía de su sitio.

Las nueve, y la noche bajó sobre el mar, pero para los que estaban dentro de la niebla, el único resultado fue la profundización del color rosa hacia un rojo intenso, que parecía resplandecer con luz propia. Por encima de ellos, el cielo invisible parecía el vasto resplandor de una llama silenciosa, sangrienta.

–Pilar de nubes de día y pilar de fuego por la noche –murmuró Zeph dirigiéndose a Nehemiah, que estaba en cuclillas cerca de él.

–Supongo que son palabras de la Biblia –dijo Nehemiah.

–No sé –contestó Zeph–, pero son las palabras exactas que le oí decir a Passn Myles cuando nos cruzamos con aquel madero ardiente. Era sobre todo humo a la luz del día, pero un fuego maldito y eterno cuando llegaba la noche.

Al sonar las cuatro campanadas, relevaron al del timón y al vigía y poco más tarde, Josh y Patrón Abe bajaron a la cubierta principal.

–Terriblemente raro –dijo Patrón Abe, afectando indiferencia.

–Ya lo creo –dijo Nehemiah.

Y después de eso, los dos viejos se sentaron junto a los demás y observaron.

Al sonar las cinco campanadas, a las diez y media, hubo un murmullo de los que estaban más cerca de la proa y un grito del vigía. Ante esto, la atención de todos se dirigió a un punto ubicado casi en línea recta hacia adelante. En aquel sitio en especial, la niebla parecía estar fluyendo con un brillo rojo curioso, ultraterreno y, un minuto después, estalló ante sus ojos una vasta bóveda formada por refulgentes nubes rojas.

Ante el espectáculo, todos y cada uno de ellos gritaron expresando asombro y empezaron a correr de inmediato hacia la parte superior del castillo de proa. Allí se congregaron en un grupo apretado, con el patrón y el oficial entre ellos. La bóveda parecía extender ahora su arco a lo lejos a cada lado de la proa, de modo que la nave enfilaba para pasar exactamente por debajo.

–Esto es el cielo, seguro –murmuró Josh para sí; pero Zeph lo oyó.

–Supongo que son las Puertas de la Gloria de las que siempre hablaba María –contestó.

–Calculo que en un momento voy a ver a mi muchacho –musitó Josh y estiró el cuello hacia adelante, con los ojos muy brillantes y ansiosos.

Alrededor de la nave había un gran silencio. Ahora el viento era apenas una brisa ligera y pareja que daba a babor de la popa, pero desde adelante, como surgidas de la boca de la bóveda radiante, las aguas sin espuma rodaban hacia arriba, negras y aceitosas.

Bruscamente, en medio del silencio, llegó una nota musical grave, que se alzaba y caía como el quejido de una remota arpa eólica. El sonido parecía provenir de la bóveda y la niebla circundante pareció atraparlo y hacerlo sollozar una y otra vez en ecos lejanos dentro de la nube rosa, más allá de la vista.

–Están cantando –gritó Zeph–. A María siempre le gustó cantar. Escuchen el...

–¡Shh! –interrumpió Josh–. ¡Ese es mi muchacho! –la vieja voz aguda había subido casi hasta un grito.

–Es maravilloso... maravilloso, ¡asombroso! –exclamó Patrón Abe.

Zeph se había adelantado un poco al grupo, se hacía sombra sobre los ojos con las manos y miraba con atención, con una expresión que denunciaba la excitación más extrema.

–Creo que la veo. Creo que la veo –murmuraba para sí una y otra vez.

Detrás de él, dos de los viejos sostenían a Nehemiah, que se sentía, coma lo expresó, "un poco mareado ante la idea de ver a la niña".

A popa, Nuzzie, el "grumete", estaba en la rueda del timón. Había oído el quejido, pero como era sólo un muchacho es de suponer que no sabía nada sobre la cercanía del otro mundo, tan evidente para los hombres, sus superiores.

Pasaron unos minutos y Job, que tenía en mente aquella granja en la que había puesto las esperanzas de su corazón, se atrevió a sugerir que el cielo estaba menos cerca de lo que sus camaradas suponían; pero nadie pareció oírlo y se hundió en el silencio.

Casi una hora más tarde, cerca de la medianoche, un murmullo entre los observadores anunció que algo nuevo se había hecho visible. Aún les faltaba un largo camino para llegar a la bóveda, pero aun así el objeto se mostró nítidamente: una prodigiosa umbela, de un rojo profundo, ardiente, con la cresta negra, salvo la cúspide, que brillaba con un furioso resplandor rojo.

—¡El Trono de Dios! —exclamó Zeph, en voz alta, y cayó de rodillas. El resto de los viejos siguió el ejemplo y hasta el anciano Nehemiah hizo un gran esfuerzo para imitarlos.

—Parece que estamos casi en el cielo —murmuró roncamente.

Patrón Abe se puso en pie con un movimiento abrupto. Nunca había oído hablar de ese extraordinario fenómeno eléctrico: la "Tempestad Feroz", que precede a ciertas enormes tormentas ciclónicas, pero su ojo experimentado había descubierto de pronto que la umbela de color rojo brillante era en realidad una colina acuática baja, remolínante, que reflejaba la luz roja. No tenía conocimientos teóricos que le indicaran que aquello era provocado por un enorme vórtice de aire, pero había visto con frecuencia la forma de una tromba marina. Sin embargo, seguía indeciso. Todo estaba tan fuera de su alcance, aunque, ciertamente, aquella monstruosa colina giratoria de agua, que despedía un centelleo de color rojo ardiente, le llamaba la atención como algo que no se acomodaba con sus ideas acerca del cielo y de la gloria. Y entonces, cuando aún vacilaba, sonó el primer bramido de bestia salvaje del ciclón que llegaba. Cuando el sonido hirió sus oídos, los viejos se miraron con ojos perplejos, asustados.

—Supongo que es la voz de Dios —susurró Zeph—. Calculo que sólo somos miserables pecadores.

Un instante después, el aliento del ciclón les llenó las gargantas, y el Shamraken, que se dirigía al hogar, atravesó los portales eternos.

La Nave De Piedra

¡Cosas raras! Ya lo creo que pasan cosas raras en el mar... Tan raras como siempre las hubo. Recuerdo que cuando estaba en el Alfred Jessop, un barco pequeño cuyo propietario era el patrón de a bordo, nos encontramos con algo sumamente extraordinario.

Hacía veinte días que habíamos salido de Londres y nos habíamos adentrado en los trópicos. Era antes de que me tomara el período de descanso y estaba en el castillo de proa. El día había pasado sin un suspiro de viento y la noche nos encontró con todas las velas inferiores recogidas en los brioles.

Ahora bien, quiero que tomen muy en cuenta lo que voy a decir:

Cuando cayó la oscuridad en la segunda guardia, no había una sola vela a la vista; ni siquiera el humo lejano de un vapor y ninguna costa más cercana que África, a unas mil millas al este.

Nuestro turno sobre cubierta era de ocho a doce, la medianoche y mi turno de vigía de ocho a diez. Durante la primera hora, caminé de aquí para allá sobre el borde de la parte superior del castillo de proa, fumando la pipa y escuchando la serena... ¿Oyeron alguna vez el tipo de silencio que se puede conseguir en el mar? Tendrían que estar en uno de los antiguos veleros, con todas las luces apagadas, y el mar tan calmo y silencioso como una extraña planicie muerta. Y además deberían contar con una pipa y la soledad del castillo de proa, con el cabestrante para apoyarse mientras escuchan y piensan. Y rodeándolos por completo, extendiéndose por millas y millas, solamente y siempre el enorme silencio del mar, desplegándose mil millas marinas en toda dirección, hacia la noche eterna, pensativa. Y ni una luz en ningún sitio, sobre el desierto de las aguas, ni un sonido, como ya dije, salvo el tenue quejido de los mástiles y los aparejos, cuando se rozan y gimen un poco ante el oscilar ocasional e invisible de la nave.

Y de pronto, atravesando todo ese silencio, oí la voz de Jensen desde los últimos escalones de estribor, que decía:

—¿Oíste eso, Duprey?

—¿Qué? —pregunté, alzando la cabeza de golpe. Pero mientras preguntaba, oí lo que él oía: el sonido constante de una corriente de agua, exactamente como el ruido de un arroyo que baja por el flanco de una colina. ¡Y con seguridad el extravagante sonido estaba a menos de ciento ochenta metros a babor de la proa!

—¡Por Dios! —dijo la voz de Jensen, surgiendo de la oscuridad—. ¡Esto es condenadamente extraño!

—¡Cállate! —susurré y crucé descalzo hasta la baranda de babor, donde me incliné en la oscuridad, mirando hacia donde provenía el curioso sonido.

El ruido de un arroyo corriendo colina abajo continuaba, pero no había el menor arroyo por mil millas en cualquier dirección.

—¿Qué es? —dijo otra vez la voz de Jensen, apenas más alta que un susurro. Bajo él, sobre la cubierta principal, se oían varias voces más interrogándose:

—¡Escuchen!

—¡Dejen de hablar!

—¡...allá!

—¡Oigan!

—¡Dios me libre! ¿Qué es?...

Y después la voz de Jensen murmurándoles que hicieran silencio.

Siguió un minuto entero en el que todos oímos el arroyo donde no podía correr ningún arroyo; y después llegó, surgiendo de la noche, un brusco sonido ronco, increíble: —uuaze, uuaze, arrr, arrr, uuaze— una tremenda especie de croar, profundo y por algún motivo abominable, saliendo de la negrura. En el mismo instante, me descubrí olfateando el aire. Había un curioso olor rancio, que se filtraba a través de la noche.

—¡Los de vigilia en la proa! —oí que voceaba el primero de a bordo, en la popa—. ¡Los de la proa! ¡Qué demonios están haciendo!

Lo oí bajar estrepitosamente la escalera de babor de la cubierta de popa y después el sonido de los pasos corriendo sobre la cubierta mayor. Simultáneamente hubo un sordo resonar de pies descalzos, cuando el turno de descanso salió corriendo del castillo de proa, debajo de mí.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritaba el primer oficial, mientras se lanzaba hacia la parte superior del castillo de proa—. ¿Qué pasa?

—Es algo a babor de la proa, señor —dije—. ¡Una corriente de agua! Y esa especie de aullido... Sus prismáticos nocturnos —sugerí.

—No puedo ver nada —gruñó, mientras miraba a través de la oscuridad—. Hay una especie de niebla. ¡Puf, qué hedor demoníaco!

—¡Miren! —dijo alguien abajo, sobre cubierta—. ¿Qué es eso?

Lo vi en el mismo instante y tomé al primer oficial del codo.

—Mire, señor —dije—. Hay una luz allí, a unas tres cuartas de la proa. Se está moviendo.

El primer oficial estaba mirando con los prismáticos nocturnos y de pronto me los puso en las manos:

—Fíjese si puede distinguirlo —dijo y de inmediato hizo bocina con las manos alrededor de la boca gritando hacia la noche—: ¡Eh, allí! ¡Eh, allí! ¡Eh, allí! —con la voz perdiéndose en el silencio y la oscuridad que nos rodeaban. Pero no hubo respuesta comprensible, sólo aquel incesante ruido infernal de un arroyo corriendo en el mar, a mil millas de cualquier arroyo de la tierra y a lo lejos, a babor de la proa, un vago resplandor informe.

Me llevé los prismáticos a los ojos y miré. La luz era más grande y más brillante vista con los binoculares; pero no pude descifrar qué era, sólo percibí un resplandor

opaco, alargado, que se movía incierto en la oscuridad, aparentemente a unos ciento ochenta metros, sobre el mar.

–¡Eh, allí! ¡Eh, allí! –voceó el primer oficial otra vez. Después, a los hombres de abajo–: ¡Silencio sobre cubierta!

Siguió un minuto de intensa quietud, durante el que todos escuchamos; pero no hubo sonido, salvo el ruido constante del agua corriendo pareja.

Yo estaba observando el curioso resplandor y lo vi apagarse de golpe ante el grito del primer oficial. Un momento después vi tres luces opacas, una bajo la otra, que se encendían y apagaban de modo intermitente.

–¡Deme los prismáticos! –dijo el primer oficial y me los arrebató.

Miró con atención durante un momento; después juró y se volvió hacia mí:

–¿Pudo distinguir de qué se trata? –preguntó con aspereza.

–No sé, señor –dije–. Estoy confundido. Tal vez sea electricidad o algo por el estilo.

–¡Oh, infiernos! –replicó y se inclinó bien hacia afuera de la baranda, mirando con fijeza–. ¡Dios! –dijo, por segunda vez–. ¡Qué olor!

Mientras hablaba ocurrió algo extraordinario. Se oyó una serie de estallidos en la oscuridad, que en el silencio parecieron tan intensos como el sonar de cañones pequeños.

–¡Están disparando! –gritó de pronto un hombre sobre la cubierta principal.

El primer oficial no dijo nada; se limitó a olfatear el aire con violencia.

–¡Por Dios! –murmuró–. ¿Qué es esto?

Me llevé la mano a la nariz porque había un hedor terrible, a osario, que llenaba la noche sobre nosotros.

–Tome los prismáticos, Duprey –dijo el primer oficial, después de unos minutos más de observación–. No lo pierda de vista. Voy a llamar al capitán.

Se abrió paso a empujones por la escalera y corrió hacia la popa. Unos cinco minutos más tarde, regresó a proa con el capitán y el segundo y el tercero de a bordo, todos en camisa y pantalón.

–¿Algo nuevo, Duprey? –preguntó el primer oficial.

–No, señor –dije y le devolví los prismáticos–. Las luces han vuelto a desaparecer y creo que la niebla es más espesa. El sonido de la corriente de agua sigue.

El capitán y los tres oficiales se quedaron parados cierto tiempo junto a la baranda de babor del techo del castillo de proa, observando con los prismáticos nocturnos y escuchando. El primer oficial gritó dos veces, pero no hubo respuesta.

Los oficiales intercambiaron algunas palabras y conjeturé que el capitán estaba pensando en investigar el asunto.

–Apreste uno de los botes salvavidas, señor Gelt –dijo, al fin–. El barómetro está firme; no habrá viento durante unas horas. Elija media docena de hombres. Selecciónelos en cualquiera de los dos turnos, si quieren venir. Volveré en cuanto me ponga la casaca.

–Duprey, diríjase a popa, y algunos de ustedes también –dijo el primer oficial–. Sáquenle la cubierta al bote de babor y bájenlo.

–Sí, sí, señor –contesté y me dirigí a popa con los demás.

Tuvimos el trote en el agua en veinte minutos, la cual es buen promedio para un velero, ya que por lo, general los botes son empleados como depósito de todo tipo de aparejos y herramientas.

Yo era uno de los hombres que irían en el bote, con otros dos de mi turno y uno de estribor. El capitán bajó al bote por el extremo de una de las drizas mayores y el tercero de a bordo tras él. Este último tomó la caña del timón y dio órdenes de partir.

Nos apartamos del navío y el patrón de a bordo nos indicó que detuviéramos los remos un momento, mientras determinaba el rumbo a seguir. Se inclinó hacia adelante para escuchar y todos hicimos lo mismo. El sonido de la corriente de agua se oía muy nítida a través de la serenidad del mar, pero me pareció que no era tan intensa como antes.

Ahora recuerdo que noté lo palpable que se había vuelto la niebla, una especie de neblina cálida, húmeda, muy poco densa, pero lo suficiente como para oscurecer, bien la noche y ser visible, en lentos remolinos de vapor tenue, alrededor de la luz lateral de babor, semejante a una nubosidad roja arremolinándose a través del rojo resplandor de la lámpara.

No había otro sonido en ese momento, aparte del agua que corría; el capitán, después de tenderle algo al tercero de a bordo, dio órdenes de remar. Yo remaba cerca de los oficiales y así pude ver difusamente que el capitán le había pasado un pesado revólver al tercero de a bordo.

–¡Caramba! –pensé para mis adentros–. Así que el viejo tiene noción de que hay algo realmente peligroso allá afuera.

Deslicé con un movimiento rápido una mano a la espalda para asegurarme de que podría sacar sin contratiempos el cuchillo de la vaina.

Remamos sin dificultad durante tres o cuatro minutos, con el sonido del agua haciéndose cada vez más nítido en algún punto de la oscuridad, adelante; a popa, un vago resplandor rojizo que atravesaba la noche y el vapor, nos indicaba dónde estaba nuestra nave.

Remábamos fácilmente cuando de pronto el remero de proa murmuró:

–¡Buen Dios! –inmediatamente después hubo un fuerte sonido a agua salpicando sobre el costado del bote.

–¿Qué pasa en la proa? –preguntó el patrón con aspereza.

–Señor, hay algo en el agua, que entorpece el remo –dijo el hombre.

Dejé de remar y miré a mi alrededor. Todos hicieron lo mismo. Había más sonidos de golpes en el agua, que llovió sobre el bote. Entonces el remero de proa gritó:

–¡Algo me agarró el remo, señor!

Pude advertir que el hombre estaba asustado y de pronto supe que un curioso nerviosismo me había invadido: un temor incierto, incómodo, como el que

provocaría el recuerdo de un cuento espantoso, en un lugar solitario. Creo que todos los hombres del bote tenían una sensación similar. Me pareció en ese momento que un silencio definido, bochornoso, nos rodeaba, a despecho del sonido de los golpes sobre el agua y del extraño ruido de una corriente que sonaba en algún punto ante nosotros, sobre el mar oscuro.

—¡Soltó el remo, señor! —dijo el hombre. Bruscamente, mientras él hablaba, llegó la voz del capitán en un rugido:

—¡Remen todos hacia atrás!... ¡Por qué demonios no pusieron una linterna en el bote! ¡Atrás ahora! ¡Atrás! ¡Atrás!

Remamos hacia atrás con ferocidad, con toda el alma porque era evidente que el viejo tenía un buen motivo para querer apartar el bote con rapidez. Además, estaba en lo cierto, aunque no sé si lo adivinó o algún tipo de instinto lo hizo gritar en ese momento; sólo estoy seguro de que no pudo haber visto nada en aquella oscuridad absoluta.

Como iba diciendo, hizo lo correcto al gritarnos que remáramos hacia atrás porque no nos habíamos movido más de diez metros cuando hubo un tremendo golpe sobre el agua hacia la proa, como si una casa hubiese caído al mar y una ola de regular tamaño se acercó a nosotros desde la oscuridad, elevando la proa y empapándonos de proa a popa.

—¡Buen Dios! —oí que boqueaba el tercero de a bordo—. ¿Qué demonios es esto?

—¡Remen hacia atrás! ¡Atrás! ¡Atrás! —voceó otra vez el capitán.

Después de unos momentos, hizo dar vuelta al timón y nos ordenó que remáramos como de costumbre. Lo hicimos con todas nuestras fuerzas, como podrán imaginarse y en pocos minutos estuvimos junto a la nave.

—Ahora bien, hombres —dijo el capitán, cuando estuvimos seguros a bordo—: No le ordenaré a ninguno de ustedes que venga, pero después que el dispensero nos sirva un trago de grog a cada uno, los que deseen pueden venir conmigo y trataremos de averiguar por segunda vez qué obra satánica se está desarrollando ahí afuera.

Se volvió hacia el primer oficial, que había estado haciendo preguntas:

—Oiga, señor —dijo—, no está bien dejar ir el bote sin una lámpara a bordo. Ordene que un par de los muchachos vaya al armario de lámparas y traiga un par de luces de anclaje y esa linterna sorda de cubierta, que usamos por la noche para recoger las cuerdas.

Giró con rapidez hacia el tercero de a bordo:

—Dígale al dispensero que apure con el grog, señor Andrews —dijo—, y ya que está, traiga las hachas del armero de mi cabina.

—Ahora bien, hombres —dijo el patrón, mientras tomábamos el trago—, los que vayan a venir conmigo harían bien en tomar un hacha de las que tiene el tercer oficial. Son armas muy buenas en cualquier tipo de contratiempo.

Todos dimos un paso adelante y el capitán lanzó una carcajada, golpeándose el muslo.

–¡Ese es el tipo de cosas que me gusta! –dijo–. Señor Andrews, las hachas no alcanzarán. Traiga el antiguo machete de la despensa. ¡Es una pieza de acero bien pesada!

Trajeron el antiguo machete y el hombre al que le faltaba un hacha lo aferró. Para ése entonces dos de los aprendices habían llenado (¡al menos supusimos que las habían llenado!) dos de las luces de anclaje de la nave; además habían llevado la linterna sorda que empleábamos cuando recogíamos las líneas en una noche oscura. Con las luces, las hachas y el machete nos sentíamos preparados para enfrentar cualquier cosa y volvimos a bajar al bote, con el capitán y el tercero de a bordo detrás de nosotros.

–Aseguren una de las lámparas a uno de los bicheros del bote y átenlo a proa –ordenó el capitán.

Lo hicimos y de este modo la luz iluminaba el agua hacia adelante por unos tres metros haciendo menos probable que algo se acercara a nosotros sin que lo supiéramos. Después soltaron la amarra del bote y reinamos una vez más hacia el sonido de la corriente de agua en la oscuridad.

Ahora recuerdo que me pareció que nuestra nave había derivado un poco porque los sonidos parecían más lejanos. Habían puesto la segunda lámpara de anclaje a popa del bote y el tercero de a bordo la sostenía con los pies, mientras timoneaba. El capitán llevaba la linterna sorda en la mano y le estaba pellizcando la mecha con la navaja de bolsillo.

Mientras remábamos, di un vistazo por sobre el hombro, pero no pude ver nada, salvo la lámpara y su halo amarillo en la niebla rodeando la proa del bote mientras avanzábamos. A popa, pude ver el apagado resplandor de la luz de babor de nuestra nave. Eso era todo y ni un sonido en todo el mar, podría decirse, salvo el roce de los remos en los soportes y en algún lugar, adelante, aquel curioso ruido a agua corriendo sin cesar, ahora sonando, como he dicho, más leve y al parecer más lejano.

–¡Me agarró el remo otra vez, señor! –exclamó de pronto el remero de proa, poniéndose de pie de un salto, Alzó el remo con un gran salpicón de agua, en el aire, y de inmediato algo se retorció y golpeó en el halo amarillo de luz sobre la proa del bote, Hubo un crujido de madera rota y el bichero se quebró, La lámpara se zambulló en el mar y se perdió. Después, en la oscuridad, hubo un poderoso golpe sobre el agua y un grito del remero de proa–: Se fue, señor. ¡Soltó el remo!

–¡Dejen de remar, todos! –voceó el patrón.

La orden no era necesaria porque ni un hombre remaba. Se había puesto en pie de un salto y sacó de un tirón un gran revólver del bolsillo de la casaca. Lo llevaba en la mano derecha y la linterna sorda en la izquierda. Avanzó hacia la proa con rapidez por sobre los remos, de banco en banco, hasta que la alcanzó y allí hizo brillar la luz hacia el agua.

–¡Que me maten! –dijo–. ¡Señor del Cielo! ¡Alguien vio alguna vez algo así!

Y dudo que algún hombre haya visto alguna vez lo que entonces vimos; varios metros alrededor del bote el agua estaba saturada y viviente de las anguilas más enormes que haya visto antes o después de ese momento.

–Remen, hombres –dijo el patrón, un minuto después–. Esto no explica el sonido extraño que estuvimos oyendo esta noche. ¡Remen, muchachos!

Se irguió en la proa del bote, haciendo brillar la linterna sorda de un lado a otro y dirigiéndola hacia el agua.

–¡Remen, muchachos! –dijo otra vez–. No les gusta la luz, eso las mantendrá apartadas de los remos. Remen parejo ahora. Señor Andrews, manténgalo en dirección al ruido de adelante.

Remamos durante unos minutos, durante los cuales sentí que tironeaban de mi remo en una o dos ocasiones, pero un rayo de la linterna del capitán parecía suficiente para hacer que los animales lo soltaran.

El ruido de la corriente de agua parecía sonar ahora bastante cerca. Más o menos en ese momento, volví a tener la sensación de un tipo de silencio que se añadía a toda la serenidad natural del mar. Y recrudeció el curioso nerviosismo que me había afectado antes. Seguí escuchando con atención, como si esperase oír algún otro sonido que el del agua. De pronto se me ocurrió que tenía el tipo de impresión que siente uno en la nave de una vasta catedral. Había una especie de eco en la noche, una duplicación increíblemente tenue del ruido de los remos.

–¡Escuchen! –dije audiblemente, sin advertir al principio que hablaba en voz alta–. Hay un eco...

–¡Eso es! –interrumpió el capitán, bruscamente–. ¡Creí haber oído algo raro! ...Creí haber oído algo raro –dijo un delgado eco fantasmal, surgido de la noche– ...creía haber oído algo raro ...oído algo raro.

Las palabras se movieron murmurando y susurrando de aquí para allá alrededor de nosotros, de modo bastante extraño.

–¡Buen Señor! –dijo el viejo en un susurro.

Todos habíamos dejado de remar y paseábamos la mirada por la tenue niebla que llenaba la noche. El patrón estaba de pie con la lámpara sorda sostenida sobre la cabeza, moviendo en círculo el rayo de luz de babor a estribor y viceversa.

Bruscamente, mientras lo hacía, se me ocurrió que la niebla era menos densa. El sonido de la corriente de agua estaba muy cerca, pero no provocaba eco.

–El agua no provoca eco, señor –dije–. ¡Eso es condenadamente extraño!

–Eso es condenadamente extraño –me volvieron las palabras, desde la oscuridad a babor y estribor, en un murmullo múltiple–. ¡...Condenadamente extraño! ¡...extraño ...ñoóó!

–¡Remen! –dijo el viejo, en voz alta–. ¡Voy a acabar con esto!

–¡Voy a acabar con esto... Acabar con esto ... esto! –rebotó el eco en una verdadera oscilación de sonidos inesperados. Y después volvimos a hundir los remos y la noche se llenó del reiterado sonido oscilante de los remos contra los soportes.

De pronto los ecos cesaron y tuvimos, extrañamente, la sensación de un gran espacio a nuestro alrededor y en el mismo momento el sonido de la corriente de agua pareció estar directamente ante nosotros, pero por algún motivo arriba, en el aire.

—¡Dejen de remar! —dijo el capitán y detuvimos los remos, mirando hacia la oscuridad de adelante. El viejo dirigió el rayo de la lámpara hacia arriba, haciendo círculos de luz en la noche, y de pronto vi algo que sobresalía incierto a través de la niebla de aspecto menos denso.

—Mire, señor —le grité al capitán—. ¡Rápido, señor, mueva la luz a la derecha encima de usted! ¡Hay algo allí!

El viejo hizo relampaguear la lámpara hacia arriba y descubrió lo que yo había visto. Pero era demasiado impreciso como para desentrañar de qué se trataba y en el momento en que lo veía, la oscuridad y la niebla parecieron envolverlo.

—¡Den un par de remadas, todos! —dijo el capitán—. ¡Dejen de hablar, ahí en el bote! ... ¡Otra vez! ... ¡Eso es! ¡Dejen de remar!

Dirigía el rayo de la lámpara constantemente frente a la zona de la noche donde habíamos visto el objeto y de pronto lo vi otra vez.

—¡Allí, señor! —dije—. Mueva la luz un poco a estribor.

Movió levemente la luz hacia la derecha y de inmediato todos vimos el objeto con claridad: un mástil extrañamente construido, erguido en medio de la noche, y distinto a cualquier palo que yo hubiera visto alguna vez.

Ahora parecía que la niebla debía estar bastante baja sobre el mar en algunos sitios porque el mástil se erguía fuera de ella nítidamente por algunos metros, pero, más abajo, estaba oculto en la niebla, que, pensé, parecía más densa a nuestro alrededor, pero más tenue, como he dicho.

—¡Eh de la nave! —voceó el patrón, de repente—. ¡Eh de la nave!

Por unos momentos no nos contestó ningún sonido salvo el ruido constante de la corriente de agua., a menos de veinte metros y después, me pareció que un eco incierto rebotaba hacia nosotros surgiendo de la niebla, irregular:

—¡Nave! ¡Nave! ¡Nave!

—Hay algo que nos grita, señor —dijo el tercero de a bordo.

Ahora bien, ese “algo” era significativo. Demostraba el tipo de sensación que nos embargaba.

—¡Jamás he visto un mástil como ése! —oí que murmuraba el hombre que estaba delante de mí—. Parece sobrenatural.

—¡Eh de a bordo! —gritó el patrón otra vez, a toda voz—. ¡Eh de a bordo!

Con la brusquedad de un trueno estalló hacia nosotros un vasto, gruñente: uuaze, arrr, arrr, uuaze; un volumen de sonido tan tremendo que pareció hacerme vibrar el palo del remo en la mano.

—¡Buen Dios! —dijo el capitán y apuntó el revólver hacia la niebla, pero no disparó.

Yo había apartado una mano del remo y aferrado el hacha. Recuerdo haber pensado que la pistola del patrón sería de poca ayuda contra la cosa desconocida que hacía semejante ruido.

—No era adelante, señor —dijo el tercero de a bordo, bruscamente, desde donde estaba sentado timoneando—, Creo que vino de algún punto a estribor.

—¡Maldita niebla! —dijo el patrón—. ¡Maldita sea! ¡Qué olor del demonio! Pásenme esa otra luz de anclaje.

Me tendí hacia la lámpara y se la alcancé al hombre de adelante, que la siguió pasando.

—El otro bichero —dijo el patrón y cuando lo tuvo aseguró la lámpara al garfio, y después aseguró todo el aparato bien erguido en la borda, de modo que la lámpara quedara bien por encima de su cabeza.

—Ahora —dijo—. ¡Remen despacio! Y estén listos para reinar hacia atrás si se lo ordeno... Observe mi mano, señor —agregó dirigiéndose al tercero de a bordo—. Timonee como yo le indique.

Dimos una docena de golpes de remo y a cada golpe yo daba un vistazo por encima del hombro. El capitán estaba inclinado hacia adelante bajo la lámpara grande, con la linterna en una mano y el revólver en la otra. Seguía haciendo brillar el rayo de la linterna hacia arriba en la noche.

—¡Buen Dios! —dijo, de pronto—. Dejen de remar.

Nos detuvimos, giré sobre el banco y miré.

El capitán estaba parado bajo el resplandor de la luz de anclaje, dirigiendo la linterna hacia arriba, a una enorme masa que se alzaba opaca a través de la niebla. Cuando movió la luz de un lado a otro sobre el enorme bulto, advertí que el bote estaba a cinco o seis metros del casco de una nave.

—Otro golpe de remo —dijo el patrón, con voz serena, después de unos minutos de silencio—. ¡Despacio ahora! ¡Despacio!... ¡No remen más!

Me di vuelta otra vez sobre el banco y miré. Ahora podía ver una parte de aquello con mayor claridad a medida que seguía el rayo de la linterna del capitán. Perfecto, era una nave, pero una nave como nunca había visto. Sobresalía extraordinariamente sobre el agua, parecía muy corta y se elevaba en una masa extraña en un extremo. Pero lo que me confundió más que nada, creo que fue el aspecto anormal de los costados por los que caía agua sin cesar.

—Eso explica el sonido de agua corriendo —pensé para mis adentros—, ¿pero de qué diablos está construida?

Comprenderán un poco mis sentimientos de perplejidad cuando les diga que al brillar el rayo de la lámpara del capitán sobre el costado del extraño navío, dejó ver piedra por todas partes, como si estuviera hecho de piedra. Nunca me sentí más atónito en mi vida.

—Es de piedra, capitán —dije—. ¡Mírela, señor!

Mientras hablaba, me hice cargo de cierto carácter horrible, de lo sobrenatural... ¡Una nave de piedra, flotando en la noche en medio del solitario Atlántico!

–Es de piedra –dije otra vez, de ese modo absurdo en que uno repite las cosas, cuando está confundido.

–¡Miren el limo que la cubre! –murmuró el hombre que estaba dos bancos más allá–. Es la nave indicada para Davy Jones⁴. ¡Por Dios! ¡Hiede como un cadáver!

–¡Eh de la nave! –rugió el capitán a toda voz–. ¡Eh de la nave! ¡Eh de la nave!

El grito rebotó hacia nosotros en un eco curioso, húmedo, aunque metálico, algo así como sonaría la voz de uno en una cantera abandonada.

–No hay nadie a bordo ahí arriba, señor–dijo el tercero de a bordo–. ¿Arrimo el bote?

–Sí, hágalo, señor –dijo el viejo–. Voy a acabar con este asunto. ¡Den un par de golpes de remo, a popa! Y en la proa estén listos para frenar el choque.

El tercero de a bordo arrimó el bote y nosotros desarmamos los remos de la mano contra el costado rígido de la nave. El agua que corría sobre él, me bañó la mano y la muñeca en una catarata, pero no pensé en que me mojaba pues sentí que apretaba piedra sólida... La retiré con una sensación extraña.

–Es de piedra, realmente, señor –le dije al capitán.

–Pronto veremos qué es –dijo–. Levante el remo, apóyelo contra el costado y trepe. Le pasaremos la lámpara en cuanto esté a bordo. Lleve el hacha en la parte de atrás del cinturón. Lo cubriré con el revólver hasta que esté a bordo.

Puse el remo enhiesto contra el costado, salté hacia arriba desde el banco y en un momento me aferré por sobre la cabeza de la baranda de la nave, completamente empapado por el agua que bajaba de ella, bañándome a mí y al remo.

Me aferré bien a la baranda y me alcé hasta que pude mirar por encima, pero no pude ver nada... a causa de la oscuridad y del agua que tenía en los ojos.

Supe que no era momento de andar despacio, si es que había algún peligro a bordo, así que sobrepasé la baranda de un salto, con las botas tocando cubierta con un sonido horrible, vibrante, hueco, pétreo. Me quité el agua de los ojos y el hacha del cinturón, todo al mismo tiempo; después miré con atención a proa y a popa, pero estaba demasiado oscuro como para ver algo.

–¡Vamos, Duprey! –gritó el patrón–. Agarre la lámpara.

Me incliné de costado sobre la baranda, tendí la mano izquierda en busca de la lámpara, teniendo el hacha preparada en la derecha, y mirando hacia el interior del navío porque les aseguro que estaba mortalmente asustado en aquel momento por lo que pudiera haber a bordo.

Sentí el roce del anillo de la lámpara en la mano izquierda y lo aferré. Después la entré a bordo de un tirón y la moví con cuidado para ver dónde me había metido.

Bueno, nunca verán un barco como ése, ni en cien años, ni en doscientos, creo. Tenía una cubierta principal rara, pequeña, de unos doce metros, después venía un escalón de unos sesenta centímetros de altura y otro trozo de cubierta, con una cabinita encima.

⁴ Espíritu o demonio marino.

Así era el extremo de popa y no podía ver más porque la luz de la lámpara no iba más allá, salvo para mostrarme vagamente su popa grande, alzada hacia arriba, que se perdía en la oscuridad. Nunca vi un navío construido de ese modo, ni siquiera en una estampa de naves antiguas.

Un poco hacia la proa con respecto a mí, estaba el mástil: también era un enorme palo, a juzgar por el tamaño. Y otra cosa asombrosa: el mástil parecía de roca sólida.

—¿Extraño, verdad, Duprey? —dijo la voz del patrón a mis espaldas y me volví hacia él de un salto.

—Sí —dije—. Estoy confundido. ¿Usted no, señor?

—Bueno —dijo—, lo estoy. Si fuéramos como los viejos marineros de los que hablan los libros ya estaríamos haciéndonos cruces. Pero, personalmente, con que me den un buen y sólido Colt o el poderoso pedazo de acero que estás acariciando...

Se apartó de mí y asomó la cabeza por sobre la baranda.

—Páseme la amarra, Jales —dijo al remero de proa. Después, al tercero de a bordo— Traígalos a todos arriba, señor. Si va a pasar algo raro, es mejor que integremos un grupo de paseantes todos juntos... Ata la amarra a esa abrazadera, Duprey —agregó dirigiéndose a mí—. ¡Parece buena roca sólida!... Eso es. Vamos.

Hizo oscilar el delgado rayo de la linterna de proa a popa y después una vez más hacia adelante.

—¡Señor! —dijo—. Mire ese mástil. Es de piedra. Déle un golpe con la parte posterior del hacha, hombre; ¡aunque recuerde que es de los viejos tiempos! Así que sea suave.

Tomé el hacha cerca de la hoja, golpeé el mástil y vibró sordo y sólido, como un pilar de piedra. Lo golpeé otra vez, más fuerte, y una filosa astilla de piedra me pasó junto a la mejilla. El patrón alzó la lámpara acercándola para mirar el sitio donde había golpeado el mástil.

—Por San Jorge —dijo—. Es completamente de piedra... piedra sólida, flotando salida de la Eternidad, en medio del amplio Atlántico... ¡Caramba! Debe pesar mil toneladas más de lo que puede mantener a flote. Es imposible... Es...

Volvió la cabeza con rapidez, ante un sonido en la oscuridad de las cubiertas. Dirigió la luz hacia allí, a través de las cubiertas de popa, pero no pudimos ver nada.

—¡A ver si se mueven en el bote! —dijo ásperamente, acercándose a la baranda y mirando hacia abajo—. Por una vez realmente preferiría contar con vuestra compañía... —giró sobre sí mismo como un relámpago—. ¿Duprey, qué fue eso? —preguntó en voz baja.

—Ciertamente oí algo, señor —dije—. Me gustaría que los demás se apuraran. ¡Por Júpiter! ¿Qué es eso?...

—¿Dónde? —dijo el capitán y dirigió el rayo de luz de la lámpara hacia donde señalé con el hacha.

—No hay nada —dijo después de mover la luz en un círculo por toda la cubierta—, No se ponga a imaginar cosas. Hay suficientes hechos sobrenaturales aquí como para agregarles más.

Se oyó el chapoteo y el golpe sordo de pies detrás cuando el primero de los tripulantes llegó por encima de la baranda y saltó torpemente hacia los imbornales de sotavento, que tenían agua en ellos. Bueno, la nave estaba inclinada hacia ese lado y supuse que el agua se había juntado allí.

Llegó el resto de los tripulantes y después el tercero de a bordo. Hacíamos un total de seis hombres, todos bien armados; me sentí un poco más cómodo, como podrán imaginarse.

—Levante la lámpara, Duprey, y guíenos —dijo el patrón—. ¡En este viaje tiene el lugar de honor!

—Sí, sí, señor —dije y me adelanté sosteniendo la lámpara en alto con la mano izquierda y llevando en la derecha el hacha tomada del medio del mango.

—Probaremos antes a popa —dijo el capitán y abrió el camino, haciendo brillar la linterna sorda de aquí para allá. En la parte elevada de la cubierta, se detuvo.

—Ahora vamos a darle una miradita a esto... —dijo con su extraño modo de ser—. Golpéelo con el hacha, Duprey... ¡Ah! —agregó cuando lo golpeé con la parte posterior del hacha—. Esto es lo que llamamos piedra allá en casa, ya lo creo. Es tan raro como cualquier otra cosa que haya visto desde que estoy pescando. Seguiremos a popa y le daremos un vistazo a la cabinita de cubierta. Mantengan las hachas preparadas, hombres.

Subimos caminando lentamente hasta la curiosa cabinita sobre la cubierta que se alzaba en un declive considerable. En el costado de estribor de la pequeña camareta, el capitán se detuvo e hizo brillar la linterna sorda hacia la cubierta. Vi que estaba mirando lo que evidentemente era el muñón del mástil posterior. Se acercó a él y lo golpeó con el pie; emitió la misma nota sorda y sólida que había emitido el palo de trinquete. Era obvio que se trataba de un trozo de piedra.

Sostuve la lámpara en alto para poder ver con mayor claridad la parte superior de la cabina. La pared de proa tenía dos pequeñas ventanas cuadradas, pero no había vidrios en ninguna de las dos; la absoluta oscuridad dentro del extraño lugarcito, parecía mirarnos con fijeza.

Y de repente vi algo... una gran cabeza hirsuta y pelirroja que se alzaba lentamente, a través de la ventana de babor, la más cercana a nosotros.

—¡Mi Dios! ¿Qué es eso, capitán? —grité. Pero desapareció cuando aún estaba hablando.

—¿Qué? —preguntó el capitán, sobresaltado por mi grito.

—En la ventana de babor, señor —dije—. Una gran cabeza pelirroja. Ocupó exactamente la ventana y desapareció en un instante.

El patrón se adelantó hasta la pequeña ventana oscura y metió la linterna en la oscuridad. Hizo brillar la luz en redondo; después retiró la linterna.

–¡Pavadas, hombre! –dijo–. Es la segunda vez que imaginas cosas. ¡Calme los nervios un poco!

–¡La vi! –dije casi con furia–. Era como una gran cabeza pelirroja...

–¡Basta, Duprey! –dijo, aunque sin hacer ademán despectivo–. La cabina está absolutamente vacía. ¡Rodeémosla hasta la puerta, si es que los albañiles infernales que la construyeron usaron puertas! Entonces lo verá con sus propios ojos. De todos modos, mantengan las hachas preparadas, muchachos. Me parece que hay algo bastante extraño aquí.

Rodeamos la cabina hasta llegar al extremo de popa y allí vimos algo que parecía una puerta.

El patrón tocó la manija extraña, de forma extravagante, y empujó la puerta, pero estaba adherida al marco.

–¡Eh, uno de ustedes! –dijo, dando un paso atrás–. Golpeen esto con el hacha. Mejor con la parte de atrás.

Uno de los tripulantes se adelantó y se apartó un poco para tomar espacio. Cuando el hacha golpeó, la puerta se hizo pedazos con el mismo sonido que haría una losa de piedra al romperse.

–¡Piedra! –le oí murmurar al capitán–. ¡Por Dios! ¿Qué es esta nave?

No esperé al patrón, El me había irritado un poco por lo que entré estrepitosamente a través del marco de la puerta, con la lámpara en alto y llevando el hacha pronta; pero no había nada ahí, salvo un asiento de piedra que recorría todo el perímetro, menos el sitio donde se abría la salida a cubierta,

–¿Encontró su monstruo pelirrojo? –preguntó el patrón junto a su codo.

No dije nada. De repente fui consciente de que él estaba nervioso por algún temor inexplicable. Vi que echaba una mirada al lugar. Sus ojos se encontraron con los reíos y captó que yo entendía. Era un hombre casi insensible al miedo, es decir, al miedo del peligro en lo que yo llamaría cualquier forma marítima normal. Aquella nerviosidad palpable me afectaba mucho. Era obvio que el capitán estaba haciendo todo lo que podía para ocultarla. De pronto sentí una cálida comprensión hacia él y temí que los hombres advirtieran su estado. Es curioso que en ese momento fuera capaz de advertir algo fuera de mi propio temor perplejo y el miedo de encontrarme en cualquier instante con algo monstruoso. Sin embargo describo con exactitud los sentimientos que experimentaba mientras estaba de pie en la cabina.

–¿Probamos abajo, señor? –dije y me volví hacia el sitio donde un tramo de escalones de piedra bajaban en una oscuridad total, de la que se alzaba un extraño y húmedo aroma a mar... una mezcla imponderable de agua salada y oscuridad.

–¡El valeroso Duprey dirige la vanguardia! –dijo el patrón; ahora yo no me sentía irritado. Sabía que él debía ocultar su miedo hasta que pudiera controlarse y creo que sentía, en cierto modo, que yo lo estaba respaldando. Recuerdo ahora que bajé aquellos escalones dentro de la cabina desconocida y antigua, tan consciente en ese momento del estado del capitán como de la cosa extraordinaria que acababa de

ver por la pequeña ventana, o de mi propio retraimiento ante lo que podríamos ver en cualquier momento.

El capitán caminaba junto a mi hombro, mientras bajaba, y detrás venía el tercero de a bordo y luego los tripulantes, en fila india, porque las escaleras eran estrechas.

Conté siete escalones hacia abajo y en el octavo mi pie chapoteó en agua, Bajé la lámpara y observé. No había captado el menor indicio de reflejo, y vi que se debía a una película curiosa, opaca, gris, que cubría el agua, pareciendo combinar con el color pétreo de los escalones y los mamparos.

—¡Deténganse! —dije—. ¡Hay agua!

Bajé el pie con lentitud y toqué el próximo escalón. Después sondeé con el barba y descubrí el piso del fondo. Di un paso hacia abajo y me encontré hundido en agua hasta el muslo.

—Todo está bien, señor —dije, susurrando de pronto. Alcé la lámpara y miré con rapidez a mi alrededor.

—No es profunda, Aquí hay dos puertas,..

Hice girar el hacha mientras hablaba porque de repente había advertido que una de las puertas estaba un poco abierta. Me pareció que se movía y miré, y puedo haber imaginado que una vaga ondulación corría hacia mí, a través del agua cubierta por la película opaca.

—¡La puerta se abre! —dije, en voz alta, con una repentina sensación enfermiza—, ¡Cuidado!

Me aparté de la puerta, mirándola, pero no apareció nada. Bruscamente volví a mis cabales porque advertí que la puerta no se estaba moviendo. No se había movido en absoluto, Sencillamente estaba entreabierta.

—Todo marcha bien, señor —dije—. No se está abriendo.

Avancé otra vez un paso hacia las puertas, mientras el patrón y el tercero de a bordo bajaban de un salto, salpicándome por completo.

El capitán seguía invadido por los "nervios", según creo haberlo sentido, incluso entonces, pero lo ocultaba bien.

—Pruebe la puerta, señor. ¡Se me apagó la maldita lámpara al saltar! —le gruñó al tercero de a bordo; quien empujó la puerta que estaba a mi derecha, pero estaba atascada en los veinte o veinticinco centímetros que se había entreabierto.

—Veamos esta otra, señor —murmuré, y alcé la linterna hacia la puerta cerrada que se erguía a mi izquierda.

—Pruébela —dijo el patrón en voz muy baja.

Lo hicimos, pero también estaba inmovilizada. De pronto hice girar el hacha, golpeé la puerta con violencia en medio del panel más grande y toda la superficie se destrozó en astillas de piedra que cayeron con chapoteos huecos en la oscuridad que había más allá.

—¡Mi Dios! —dijo el patrón, con voz alarmada porque mi acción había sido instantánea e inesperada. Ocultó el desliz de inmediato, haciendo una advertencia:

–¡Cuiden de que haya aire! –pero yo ya estaba adentro con la lámpara y sosteniendo el hacha preparada. Había aire porque frente a mí se veía una limpia rajadura en el costado de la nave, por la que podría haber pasado los dos brazos, exactamente encima del nivel del agua cubierta de materia gris.

El lugar en el que había entrado era algún tipo de cabina, pero parecía extraña y húmeda, y demasiado estrecha como para poder respirar en ella; hacia donde me volviera, veía piedra. El tercero de a bordo y el patrón expresaron simultáneamente su disgusto ante la húmeda lobrete del lugar.

–Es todo de piedra –dije y golpeé el hacha contra una especie de armarito rechoncho, que estaba construido contra el mamparo de popa. Se hundió hacia adentro, con un ruido de piedra astillada.

–¡Vacío! –dije y me aparté de inmediato.

El patrón y el tercero de a bordo, junto a los tripulantes que se habían asomado a la puerta, salieron en montón; en ese momento me puse el hacha bajo el brazo y metí la mano dentro del cofre de piedra reventado. Lo hice dos veces, a la velocidad del relámpago, y empujé lo que había visto dentro del bolsillo lateral de mi casaca. Después seguí a los demás y ninguno de ellos notó nada. En cuanto a mí, estaba tan excitado que me temblaban las rodillas; había captado el resplandor inconfundible de joyas y las había tomado en aquel único instante veloz.

Me pregunto. si alguien puede imaginar lo que sentí entonces. Sabía que, si mis suposiciones eran correctas, en aquel único momento milagroso, me había apropiado del poder que me alzaría desde la triste vida de un marinero maduro a la vida cómoda que había conocido en la juventud. Les aseguro que en aquel instante, mientras tambaleaba casi a ciegas para salir del pequeño departamento oscuro, no pensaba en ninguno de los horrores que podía reservar el increíble navío que flotaba en medio del vasto Atlántico.

Estaba invadido por una idea cegadora: ¡posiblemente era rico! Y quería estar a solas en algún sitio lo más pronto posible para ver si estaba en lo cierto. Además, tenía intenciones de volver a aquel armarito de piedra, si se daba la oportunidad porque sabía que los dos puñados de los que me había apoderado habían dejado una buena cantidad atrás.

Hiciera lo que hiciese, no debía permitir que nadie lo adivinara porque entonces era probable que lo perdiera todo o que me dieran una especie de limosna en el reparto de la riqueza que según creía significaban los objetos centelleantes que llevaba en el bolsillo lateral de la casaca.

Empecé a preguntarme de inmediato qué otros tesoros podía haber a bordo y entonces, bruscamente, advertí que el capitán me estaba hablando:

–¡La luz, Duprey, maldito sea! –estaba diciendo, con tono grave–. ¡Qué diablos le pasa! Ácela.

Volví en mí y alcé la luz por sobre mi cabeza. Uno de los tripulantes estaba blandiendo el hacha para golpear la puerta que parecía entreabierta desde la eternidad; los demás se habían echado atrás, para darle espacio. ¡Crash! hizo el hacha

y la mitad de la puerta cayó hacia adentro, en una lluvia de piedra rota, que provocó lúgubres chapoteos en la oscuridad. El hombre volvió a golpear y el resto de la puerta cayó, hundiéndose con un sonido solemne en el agua.

–La lámpara –murmuró el capitán. Pero yo había entrado en mis cabales y avancé lentamente a través del agua que me llegaba al muslo, mientras él aún hablaba.

Avancé un par de pasos por el negro agujero de la puerta y entonces me detuve sosteniendo la lámpara de manera que me brindara un panorama del lugar. Cuando lo hice, recuerdo cómo me impactó el intenso silencio, Seguramente todos nosotros retuvimos el aliento; debe de haber habido cierta cualidad densa, ya fuera en el agua o en la materia que flotaba sobre ella que, con los movimientos que hacíamos, le impedía formar olas contra los costados de los mamparos.

Al principio, mientras sostenía la lámpara (que ardía mal), no pude ubicarla de modo que me mostrara algo, salvo que estaba en una cabina muy amplia para un navío tan pequeño. Después vi que había una mesa en el centro, cuya parte superior sobresalía apenas unos centímetros sobre el agua. A cada lado, se alzaban los respaldos de lo que evidentemente eran sillas macizas, de aspecto antiguo. En el extremo más alejado de la mesa, había algo enorme, inmóvil, encorvado.

Lo miré durante unos instantes; después me adelanté con lentitud tres pasos y me detuve otra vez; porque a la luz de la lámpara aquello resultó ser la figura de un hombre enorme, sentado en la extensa mesa, con el rostro inclinado hacia adelante, sobre los brazos. Yo estaba atónito y estremecido por temores nuevos y vagos pensamientos imposibles. Sin dar un paso más, acerqué la luz estirando el brazo... El hombre era de piedra, como lo era todo en aquella nave extraordinaria.

–¡Ese pie! –dijo la voz del capitán, repentinamente chillona–. ¡Miren ese pie!

La voz sonó asombrosamente alarmante, hueca en el silencio y las palabras parecieron rebotar hacia mí agudamente desde los mamparos apenas entrevistos.

Moví con rapidez la luz a estribor y vi lo que quería decir: un enorme pie humano sobresalía del agua, al costado izquierdo de la mesa. Era inmenso. Nunca he visto un pie tan grande. Y también era de piedra.

Y entonces, mientras lo miraba, vi que había una gran cabeza sobre el agua, junto al mamparo.

–¡Me he vuelto loco! –dije en voz alta, cuando vi algo más increíble aún.

–¡Dios mío! ¡Miren el pelo de la cabeza! –dijo el capitán–. ¡Está creciendo! –gritó otra vez.

Yo estaba mirando. Sobre la gran cabeza, se había hecho visible una mata enorme de pelo rojo, que se alzaba segura e inconfundiblemente mientras lo observábamos.

–¡Es lo que vi en la ventana! –dije–. ¡Es lo que vi en la ventana! ¡Le dije que lo había visto!

–Salga de ahí, Duprey –llegó la voz calma del tercero de a bordo.

–¡Salgamos de aquí! –murmuró un tripulante. Dos o tres de ellos expresaron lo mismo y un momento después emprendieron una huida demencial escaleras arriba.

Me quedé mudo donde estaba. El pelo se alzaba de una forma horriblemente vivaz sobre la gran cabeza, oscilando y moviéndose. Se rizó bajando sobre la frente y se desparramó bruscamente sobre todo el gargantuesco rostro de piedra, ocultando los rasgos por completo. De pronto, juré hacia la cosa como un loco y le arrojé el hacha. Después retrocedí enajenado en busca de la puerta, lanzando la materia gris y flotante hasta las tablas de la cubierta en mi apuro feroz. Llegué a las escaleras y me tomé de la baranda de piedra, que estaba modelada como una cuerda; de ese modo me alcé fuera del agua. Llegué a la cabina de arriba, donde había visto la gran cabeza de pelo. Salté a través del marco de la puerta, salí a cubierta y sentí el suave aire nocturno sobre la cara... ¡Dios sea loado! Corrí a proa sobre la cubierta. Había una Babel de gritos en aquella parte de la nave y ruido de pies corriendo. Algunos de los hombres gritaban para subir al bote, pero el tercero de a bordo estaba diciendo que debían esperarme.

–Ahí viene –anunció alguien. Y después estuve entre ellos.

–Levántale la llama a la lámpara, idiota –dijo la voz del capitán–. ¡Es justo el momento en que más luz necesitamos!

Miré hacia abajo y advertí que la lámpara estaba casi apagada. Le levanté la llama, que ardió, y empezó a disminuir otra vez.

–Los malditos muchachos no la llenaron –dije–. Se merecen que les rompan el cuello.

Los hombres estaban tropezando literalmente sobre el costado y el patrón los apuraba.

–Baje al bote –me dijo–. Dame la lámpara. Se las alcanzaré. ¡Muévase!

Era evidente que el capitán había recobrado el ánimo. Se parecía más al hombre que yo conocía. Le tendí la lámpara y salté por el costado. Todos los demás se habían ido y el tercero de a bordo ya estaba a popa, esperando.

Cuando aterricé sobre el banco de remos, se oyó un súbito ruido extraño a bordo de la nave: un sonido como si algún objeto de piedra rodara bajando por la cubierta inclinada, desde la popa. Fue ése el único momento en que me invadieron lo que podríamos llamar con propiedad "escalofríos" de espanto. De pronto parecía capaz de creer en posibilidades increíbles.

–¡Los hombres de piedra! –grité–. ¡Salte, capitán! ¡Salte! ¡Salte!

La nave pareció oscilar extrañamente.

De pronto, el capitán aulló algo, que ninguno de los del bote pudo comprender. Siguió una sucesión de sonidos tremendos a bordo del navío y vimos la sombra del capitán recortarse enorme contra la leve niebla, cuando se dio vuelta de pronto con la lámpara. Disparó dos veces el revólver.

–¡El pelo! –gritó–. ¡Miren el pelo!

Todos lo vimos: la gran mata de pelo rojo que habíamos visto crecer a ojos vista sobre la monstruosa cabeza de piedra, en la cabina de abajo. Se alzó por sobre la

baranda y hubo un momento de total inmovilidad, en el que oí boquear al capitán. El tercero de a bordo le disparó seis veces a la cosa y me descubrí apoyando un remo contra el costado de aquella nave abominable, para subir a bordo. Mientras lo hacía, se oyó un estallido espantoso, que sacudió la nave de piedra de un extremo al otro y el remo se deslizó y cayó dentro del bote. Entonces la voz del capitán emitió un grito ahogado sobre nosotros. La nave se alzó hacia adelante y se detuvo. Después llegó otro estallido y se inclinó hacia nosotros; luego volvió a apartarse. El movimiento de alejamiento prosiguió y se hizo vagamente visible el fondo redondeado del navío. Hubo un aplastamiento de vidrios encima nuestro y el resplandor difuso de la luz de a bordo se apagó. Después el navío cayó limpiamente apartándose, con un gigantesco chapuzón. Una ola enorme surgió de la noche e inundó a medias el bote.

El bote casi se dio vuelta, luego se enderezó y un momento después quedó firme.

—¡Capitán! —gritó el tercero de a bordo—. ¡Capitán!

Pero no le contestó el menor sonido; sólo, un momento después, surgiendo de toda la noche, un extraño murmullo del agua.

—¡Capitán! —gritó otra vez, pero la voz sonó perdida y remota en la oscuridad.

—¡Se fue a pique! —dije.

—Saquen los remos —voceó el tercero de a bordo—. Dedíquense a eso. ¡No se detengan a sacar el agua!

Recorrimos en círculo el lugar durante media hora. Pero el extraño navío había ido realmente a pique, hundiéndose con sus propios misterios, dentro del misterio del mar profundo.

Por último viramos y regresamos al Alfred Jessop.

Ahora bien, quiero que se hagan cargo de que lo que les estoy contando es lisa y llanamente una historia real. No es un cuento de hadas y aún no he terminado; creo que esta historia increíble les demostrará que en el mar ocurren algunas cosas poderosamente extrañas y siempre ocurrirán mientras dure el mundo. Es el hogar de todos los misterios porque es el único sitio realmente difícil de investigar para los seres humanos. Ahora escuchen:

El primer oficial había hecho que la campana sonara de vez en cuando, así que volvimos bastante rápido, provocando, mientras avanzábamos, una extraña repetición del sonido de los remos; pero no hablamos una palabra porque después de lo que habíamos pasado, ninguno de nosotros quería oír otra vez aquellos ecos horribles. Creo que todos teníamos la impresión de que aquella noche había algo un poco infernal a bordo.

Subimos a la nave y el tercero de a bordo le explicó al primer oficial lo que había ocurrido, pero este último difícilmente creería en semejante historia. Sin embargo, no había nada por hacer, salvo esperar la luz del día, así que nos ordenaron permanecer en cubierta y mantener los ojos y los oídos bien abiertos.

Hubo un detalle que mostró que el primer oficial estaba más impresionado de lo que admitía. Hizo que amarraran todas las linternas de la nave alrededor de las

cubiertas y no nos ordenó en ningún momento que abandonáramos las hachas y el machete.

Fue mientras estábamos en cubierta que tuve oportunidad de darle un vistazo a lo que había arrebatado. Les aseguro que lo que descubrí casi me hizo olvidar al patrón y todas las cosas raras que habían ocurrido. En el bolsillo tenía veintiséis piedras y cuatro de ellas eran diamantes, respectivamente de 9, 11, 13 1/2 y 17 kilates, sin tallar, quiero decir. Conozco algo sobre diamantes. No voy a decirles cómo aprendí lo que conozco, pero no aceptaría ni mil libras por los cuatro, tal como descansaban en mi mano. Había además una piedra grande, opaca, que parecía roja en el interior. La habría tirado por sobre la borda, tal era el escaso valor que le concedía; sólo que razoné que debía valer algo o nunca habría estado entre aquel montón. ¡Señor! No tenía idea de lo que había conseguido; no entonces. Caramba, era del tamaño de una nuez grande. Pueden creer que es extraño que hubiera pensado primero en los diamantes, pero comprendan, reconozco los diamantes cuando los veo. Son cosas de las que entiendo, pero nunca vi un rubí en bruto, antes o después de entonces. ¡Buen Señor! ¡Y pensar que no había pensado en nada mejor que arrojarlo por sobre la borda!

Bueno, muchas de las piedras no valían demasiado, es decir, no en el mercado moderno. Había dos topacios grandes y varias ónices y cornalinas...poca cosa. Había cinco lingotes de oro repujado de unas dos onzas cada uno. Y después un botín: una endiablada esmeralda verde y parpadeante. Hay que conocer una esmeralda para buscarle el "ojo", en bruto; pero ahí está: el ojo de un diablo oculto mirándole a uno. Sí, había visto antes una esmeralda y sabía que esa piedra representaba por sí sola un montón de dinero.

Y entonces recordé lo que había perdido y me maldije por no haber tomado un tercer puñado. Pero tal impresión duró sólo un momento. Penséen la parte espantosa que le había correspondido al patrón, mientras que allí estaba yo, a salvo bajo una de las lámparas, con una fortuna en las manos. Y entonces, de pronto, como comprenderán, se me llenó la mente con el enigma y la perplejidad demencial de lo que había pasado. Sentí la absurda inutilidad de la imaginación para captar algo comprensible en todo aquello, excepto que el capitán se había ido con seguridad y que yo había contado ciertamente con una racha de suerte imposible.

Con frecuencia, durante ese tiempo de espera, me detuve a darle un vistazo a lo, que llevaba en el bolsillo, siempre cuidando que nadie de la cubierta se acercara a ver qué estaba mirando.

De pronto llegó la voz estridente del primer oficial sobre cubierta:

–Uno de ustedes, llame al doctor –dijo–. Díganle que encienda el fuego y prepare el café.

–Sí, señor –dijo uno de los hombres; advertí que el alba crecía incierta sobre el mar.

Media hora más tarde, el "doctor" asomaba la cabeza por la puerta de la cocina y anunciaba que el café estaba listo.

El turno de descanso salió y tomaron el café con el turno que estaba sobre cubierta, todos sentados a lo largo de la barra que se tendía bajo la baranda de babor.

A medida que crecía la luz diurna, manteníamos una vigilia continua sobre el costado; pero aun entonces no pudimos ver nada porque la tenue niebla seguía baja sobre el mar.

—¿Oyeron eso? —dijo uno de los tripulantes, de pronto. Y, en realidad, el sonido debe haberse oído en media milla a la redonda.

—Uuaze, uuaaze, arr, arrrr, uuaaze...

—¡Por San Jorge! —dijo Tallett, uno de los del otro turno—. Es algo espantoso de oír.

—¡Miren! —dije—. ¿Qué es eso, allá?

La niebla iba disminuyendo bajo los efectos del sol naciente y formas tremendas parecían elevarse a lo lejos, a babor, apenas visibles. Pasaron unos minutos, mientras observábamos. Entonces, bruscamente, oímos la voz del primero de a bordo:

—¡Todos a cubierta! —gritaba a las cubiertas.

Corrí unos pasos.

—Los dos turnos están afuera, señor —grité.

—¡Muy bien! —dijo el primer oficial—. Manténganse todos preparados. Que algunos tomen las hachas. Los demás harían bien en armarse con las barras del cabestrante y estar pronti hasta que descubra qué clase de cosa demoníaca es la que está allí afuera.

—Sí, sí, señor —dije y me dirigí a proa. Pero no había necesidad de repetir las órdenes del primer oficial porque los hombres lo habían oído y se precipitaban hacia las barras del cabestrante, que constituyen una especie de garrote bastante pesado, como cualquier viejo marino sabe. Nos alineamos otra vez ante la baranda y miramos a babor.

—¡Cuidado, diablos del mar! —gritó Timothy Galt, un irlandés enorme, agitando la barra con excitación y mirando por sobre la borda hacia la niebla, que disminuía con rapidez, a medida que avanzaba el día.

De pronto hubo un grito unánime:

—¡Rocas! —gritamos todos.

Nunca vi un espectáculo semejante. Cuando desapareció el último rastro de niebla, pudimos verlas. Todo el mar a babor estaba literalmente cortado por vastos arrecifes de roca. En algunos puntos los arrecifes estaban un poco sumergidos, pero en otros se alzaban en agujas y bóvedas de roca extraordinarias y fantásticas, y en islas de roca dentada.

—¡Por Jehová! —oí que gritaba el tercero de a bordo—. ¡Mire eso, señor! ¡Mire eso! ¡Dios mío! ¡Cómo pudimos pasar con el bote sin desfondarlo!

Todo quedó tan inmóvil durante un momento, con los hombres que no hacían más que mirar y asombrarse, que pude oír cada palabra que recorría la cubierta.

–Seguramente hubo un terremoto submarino en algún punto –decía el primer oficial–. El fondo del mar se alzó aquí, en silencio y suavemente, durante la noche y demos gracias a Dios que no estemos en el tope de uno de esos adornos.

Entonces comprendí todo. Lo que había parecido demencial e imposible empezó a ser natural, aunque no por ello menos asombroso y admirable. Durante la noche había habido un lento alzarse del fondo marino, debido a la acción de presiones internas. Las rocas se habían elevado con tal suavidad que no habían hecho el menor sonido y la nave de piedra se había alzado con ellas desde las profundidades. Era evidente que había descansado sobre uno de los arrecifes sumergidos y así nos había parecido que flotaba sobre el mar. Y eso explicaba el agua que oímos correr. Naturalmente estaba llena hasta el tope, podríamos decir, y le llevó más tiempo librarse del agua que elevarse. Era probable que tuviera grandes agujeros en el fondo. Empecé a utilizar mis "sondas", como podríamos decir en jerga marinera. ¡Las maravillas naturales del mar superan a cualquier cuento increíble que se haya inventado!

El primer oficial ordenó que preparásemos el bote una vez más y le dijo al tercero de a bordo que lo dirigiera al sitio donde perdimos al patrón y diéramos un último vistazo, por si había alguna posibilidad de descubrir el cadáver del viejo en algún lado.

–Que un hombre preste atención a las rocas hundidas en la proa, señor –le dijo el primer oficial al tercero, mientras nos apartábamos–. Avancen despacio. No habrá viento por un tiempo aún. Mientras revisan, vean si pueden descubrir qué es lo que hizo esos ruidos.

Remamos en línea recta sobre unos cincuenta metros de agua clara y en un minuto nos encontramos entre dos grandes bóvedas de roca. Fue entonces que advertí que la duplicación del ruido de los remos era el eco que provocaban éstas a cada lado de nosotros. Incluso a la luz del sol, era extraño volver. a oír el mismo extraño eco catedralicio que habíamos oído en la oscuridad.

Pasamos bajo las bóvedas enormes, completamente cubiertas con el limo de las profundidades. Y poco después enfilábamos derecho hacia un hueco, donde dos arrecifes bajos penetraban hasta el ápice de una herradura enorme. Remamos por unos tres minutos, y entonces el tercero dio órdenes de dejar de remar.

–Tome el bichero, Duprey –dijo–. Vaya a proa y vea que no choquemos contra nada.

–Sí, sí, señor –dijo y entré mi remo al bote.

–¡Remen despacio! –dijo el tercero de a bordo y el bote avanzó por unos cincuenta o sesenta metros más.

–Estamos sobre un arrecife, señor –dijo, un momento después, mientras miraba hacia abajo sobre la borda. Sondeé con el bichero–. Hay unos noventa centímetros de agua, señor.

–Dejen de remar –ordenó el tercero–. Supongo que estamos exactamente sobre la roca donde descubrimos ese extraño navío anoche– se inclinó sobre el borde y miró hacia abajo.

–Hay un cañón de piedra sobre la roca, exactamente bajo la proa del bote –dije. De inmediato grité– ¡Ahí está el pelo, señor! ¡Ahí está el pelo! Sobre el arrecife. ¡Hay dos! ¡Hay tres! ¡Hay uno sobre el cañón!

–¡Está bien! ¡Está bien, Duprey! Cállese –dijo el tercero de a bordo–. Puedo verlos. Usted tiene la inteligencia necesaria como para no ser supersticioso ahora que todo se ha explicado. Son algún tipo de oruga marina grande. Empuje una con el bichero.

Lo hice, un poco avergonzado de mi repentino azoramiento. El animal giró veloz como un tigre, hacia el bichero. Se enroscó una y otra vez a su alrededor, mientras que las partes posteriores del animal seguían aferradas a la roca y lo mismo podría haber intentado yo volar que retirar el bichero, aunque tiré de él hasta sudar.

–Tóquelo con la punta del machete, Varley –dijo el tercero de a bordo–. Atraviéselo.

El remero de proa lo hizo, el animal soltó el bichero y se enroscó alrededor de un trozo de roca, parecido a una gran pelota de pelo rojo.

Levanté el bichero y lo examiné.

–¡Dios mío! –dije–. Eso es lo que mató al viejo... ¡una de estas cosas! Mire las marcas de la madera, donde se aferró con cien patas.

Pasé el bichero a popa, para que lo viera el tercero de a bordo.

–Son de lo más peligroso que hay –le dije– Hace pensar en los ciempiés africanos, aunque éstos creo que tienen la fuerza y el tamaño como para matar a un elefante.

–¡No se inclinen todos sobre el mismo costado del bote! –gritó el tercero de a bordo cuando todos los hombres miraron sobre el borde–. Vuelvan a sus sitios. ¡Remen, vamos!... Manténgase atento a cualquier indicio de la nave o el capitán, Duprey.

Durante casi una hora remamos de aquí para allá sobre el arrecife, pero no volvimos a ver ni a la nave ni al viejo. La extraña embarcación debía de haber rodado a las profundidades que se abrían a cada lado del arrecife.

Mientras me inclinaba sobre la proa, mirando hacia abajo las rocas sumergidas, pude comprender casi todo, salvo los diversos ruidos extraordinarios.

El cañón hacía evidente que la nave alzada del fondo del mar junto con el arrecife, había sido al principio un navío normal de madera, en una época muy alejada de la nuestra. Era evidente que en el fondo del mar había sufrido un proceso de mineralización natural y eso explicaba el aspecto pétreo. Evidentemente los hombres de piedra habían sido seres humanos que se habían ahogado en la cabina y los tejidos hinchados se habían visto sometidos al mismo proceso natural que, sin embargo, había depositado además densas incrustaciones sobre ellos, de tal modo que su tamaño, comparado con el de un hombre normal, era prodigioso.

Ya había descubierto el misterio del pelo, pero quedaban, entre otras cosas, los estallidos tremendos que habíamos oído. Estos, posiblemente, quedaron explicados más tarde, cuando estábamos haciendo un examen final de las rocas que daban al oeste, antes de volver a nuestra nave. Allí descubrimos los cuerpos reventados e hinchados de varias extraordinarias criaturas marinas, del tipo de las anguilas. Deben de haber tenido en vida una periferia de varios pies y una que medimos aproximativamente con un remo, debe haber tenido unos doce metros de largo. Al parecer, habían reventado al ser levantadas desde la presión tremenda del mar profundo, a la leve presión del aire sobre el agua, y eso podía dar cuenta de los fuertes sonidos que habíamos oído, aunque, personalmente, me inclino a pensar como más probable que estos fuertes estallidos fueran causados por el restallar de las rocas bajo nuevas tensiones.

En cuanto a los sonidos rugientes, sólo puedo concluir que los causaron una especie particular de peces como orcas, de tamaño enorme, que descubrimos muertos y muy hinchados sobre una de las masas rocosas. Este pez debe haber pesado al menos cuatro o cinco toneladas y cuando los empujamos con un pesado remo, exhalaban por las bocas parecidas a hocicos un sonido grave, ronco, que parecía una débil imitación de los sonidos tremendos que habíamos oído durante la noche anterior.

En lo referente al pasamanos aparentemente tallado como una cuerda de las escaleras de la cabina inferior advertí que, sin duda, había sido alguna vez una verdadera cuerda.

Recordando los sonidos pesados, rodantes, justo después de bajar al bote, sólo pude suponer que fueron provocados por algún objeto de piedra, posiblemente una cureña fosilizada, que bajó las cubiertas cuando la nave empezó a inclinarse fuera de las rocas y la proa se hundió en el agua.

Las distintas luces deben de haber sido los cuerpos muy fosforescentes de algunas de las criaturas de las profundidades, moviéndose sobre los arrecifes recién alzados. En cuanto al gigantesco golpe en el agua que se oyó en la oscuridad delante del bote, debe haberse tratado de alguna gran porción de la roca levantada que perdió el equilibrio y volvió a rodar al mar.

A bordo nadie se enteró nunca del asunto de las joyas. ¡Me cuidé bien de eso! Vendí mal el rubí, según supe después, pero ni siquiera ahora me quejo. Un comerciante de Londres me dio veintitrés mil libras por esa sola piedra. Después supe que la vendió al doble, pero no arruino mi placer quejándome. Con frecuencia me pregunto cómo llegaron las piedras y las cosas al sitio donde las encontré, pero la nave llevaba cañones, como ya he dicho, según creo y pasan cosas raras en el mar; ¡sí, por San Jorge!

El aroma... oh, creo que eso puede deberse al limo de las profundidades que fue alzado para que lo olieran narices humanas.

Por supuesto que esta historia es bien conocida en círculos náuticos y se la menciona brevemente en el antiguo *Nautical Mercury* de 1879. La serie de arrecifes

volcánicos (que desapareció en 1883) fue cartografiada bajo el nombre de "Bancos y Arrecifes Alfred Jessop", así llamados en honor de nuestro capitán, que los descubrió y perdió la vida sobre ellos.

Los Habitantes De La Isleta Middle

—Es aquélla —exclamó el viejo ballenero dirigiéndose a mi amigo Trenhern, mientras el yate costeaba lentamente la Isla Nightingale. El viejo señalaba con el cabo de una ennegrecida pipa de arcilla una pequeña isleta a estribor de la proa.

—Es aquélla, señor —repitió—. La Isleta Middle y pronto tendremos un buen panorama de la ensenada. Aunque no afirmo que la nave esté aún allí, señor, y si lo está, tenga en cuenta que le dije durante todo el tiempo que no había nadie en ella cuando subimos a bordo —volvió a llevarse la pipa, a la boca dándole un par de chupadas lentas, mientras Trenhern y yo escrutábamos la isleta a través de los prismáticos.

Estábamos en el Atlántico Sur. Al norte, a lo lejos, se veía difusamente el pico torvo, golpeado por los vientos de la Isla Tristán, la mayor de las que integran el grupo Da Cunha, mientras que en el horizonte occidental podíamos distinguir en forma poco nítida la Isla Inaccesible. Sin embargo, estas dos eran de poco interés para nosotros. Era la Isleta Middle, frente a la costa de la Isla Nightingale, la que atraía nuestra atención.

Había poco viento y el yate avanzaba lento en el agua de color oscuro. Pude ver que mi amigo estaba torturado por la impaciencia de saber si la ensenada aún retenía los restos del navío que había llevado a su bienamada. Por mi parte, aunque sentía mucha curiosidad, no tenía la mente tan ocupada como para excluir un asombro semiconsciente ante la extraña coincidencia que nos había llevado a aquella búsqueda. Durante seis largos meses mi amigo había esperado en vano noticias del Happy Return, en el que había embarcado su amada hacia Australia, en un viaje por motivos de salud. Sin embargo, nada se había sabido y se lo daba por perdido, pero Trenhern, desesperado, había realizado un último esfuerzo. Había hecho publicar avisos a todos los periódicos más importantes del mundo y esta medida había tenido cierto éxito en la forma del viejo ballenero que estaba junto a él. Este hombre, atraído por la recompensa ofrecida, había suministrado información voluntaria respecto a un casco desmantelado, que llevaba el nombre Happy Return en la proa y en la popa, con el que se había encontrado en su último viaje en una extraña ensenada del costado Sur de la Isleta Middle. Sin embargo no le había dado esperanzas a mi amigo de encontrar a su amor perdido o, en realidad, de encontrar nada vivo en él porque había subido a bordo con la tripulación de un bote sólo para descubrir que estaba completamente abandonado y —según nos dijo— no habían permanecido allí ni un momento. Ahora me inclino a pensar que inconscientemente debe haberlo impresionado la inexpresable desolación y la atmósfera misteriosa que invadía a la nave, y de la que nosotros mismos pronto seríamos conscientes. justamente su próxima observación demostró que mi suposición era correcta.

–Ninguno de nosotros quiso tener mucho que ver con la nave. Uno no se sentía cómodo a bordo. Y estaba demasiado limpia y ordenada para mi gusto.

–¿Qué quiere decir con limpia y ordenada? –pregunté, intrigado por la manera en que lo había expresado.

–Bueno –contestó–, así era. Le daba a uno la impresión de que un montón de gente acababa de abandonarla y podía volver en cualquier bendito minuto. Sabrá lo que quiero decir, señor, cuando la aborde –meneó la cabeza sabiamente y volvió a chupar la pipa.

Durante un momento lo miré dubitativo; después me volví y miré a Trenhern, pero era evidente que no había notado las últimas observaciones del viejo marino. Estaba demasiado ocupado en mirar con el catalejo la isleta, como para advertir lo que pasaba a su alrededor. De pronto emitió un grito grave y se volvió hacia el viejo ballenero.

–¡Pronto, Williams! –dijo–. ¿Es éste el sitio? –señaló con el catalejo. Williams se llevó una mano a los ojos y miró.

–Es allí, señor –contestó después de una pausa.

–¿Pero... pero dónde está la nave? –preguntó mi amigo con voz temblorosa–. No veo señales de ella.

Tomó a Williams del brazo y lo sacudió con repentino temor.

–Todo marcha bien, señor –exclamó Williams–. No hemos avanzado lo suficiente hacia el sur como para tener un buen panorama de la ensenada. Se estrecha en la boca y la nave está bien adentro. La verá en un minuto.

Ante esas palabras, Trenhern le soltó el brazo, con el rostro un poco mas compuesto, aunque muy ansioso. Durante un minuto se apoyó sobre la baranda, como buscando apoyo. Después giró hacia mí.

–Henshaw –dijo–. Estoy temblando... Yo..Yo...

–Vamos, vamos, viejo –contesté y deslicé mi brazo en el suyo. Después, pensando en ocupar de algún modo su atención, le sugerí que debía ordenar que prepararan uno de los botes para bajarlo. Lo hizo y después estuvimos escrutando un momento más la estrecha abertura entre las rocas. Poco a poco, a medida que nos íbamos adelantando a ella, advertía que penetraba a considerable profundidad dentro de la isleta y entonces, por fin, apareció algo a lo lejos, entre las sombras de la ensenada. Era como la popa de un navío proyectándose detrás de las altas paredes de la entrada rocosa y cuando me hice cargo del hecho, emití una interjección, señalándoselo a Trenhern con considerable excitación.

Habían bajado el bote; Trenhern y yo junto con la tripulación del bote, y el viejo ballenero al timón, enfilábamos directamente hacia la entrada en la costa de la Isleta Middle.

Pronto nos encontramos en medio del ancho cinturón de algas que rodeaba la isleta y minutos después nos deslizamos en las aguas límpidas, oscuras de la ensenada, con las rocas elevándose a cada lado de nosotros en paredes desnudas, inaccesibles, que parecían tocarse en las alturas.

Pasaron unos segundos antes de que atravesáramos el pasaje y entráramos a un pequeño mar circular rodeado de ásperos acantilados que se alzaban sobre todos los costados a una altura de más de cien metros. Era como si mirásemos desde el fondo de un pozo gigantesco. Sin embargo lo notamos poco entonces porque estábamos pasando bajo la popa de un navío y, al mirar hacia arriba, leí en letras blancas Happy Return.

Me volví hacia Trenhern. Tenla el rostro blanco y sus dedos jugueteaban con los botones de la casaca; su respiración era irregular. Un instante después, Williams tuvo el bote junto a la nave y Trenhern y yo trepamos a bordo. Williams nos siguió, llevando la amarra del bote; la aseguró en una abrazadera y después se volvió para guiarnos.

Mientras caminábamos sobre cubierta, los pies golpeaban con un sonido vacío que denunciaba nuestra desolación, mientras que las voces, cuando hablamos, parecieron traer un eco desde los acantilados circundantes con una extraña vibración hueca, que nos llevó de inmediato a hablar en susurros. Y así empecé a comprender lo que Williams había querido decir cuando dijo "Uno no se sentía cómodo a bordo".

—Fíjense lo limpia y ordenada que está la bendita —dijo, deteniéndose después de unos pasos—. No es natural —hizo un gesto con la mano hacia los avíos de cubierta que nos rodeaban—. Todo está como si acabara de llegar a puerto y no fuera un bendito barco náufrago.

Siguió hacia la popa, siempre abriendo la marcha. Era tal como había dicho. Aunque los mástiles y los botes de la nave habían desaparecido, estaba extraordinariamente limpia y ordenada, las cuerdas —las que quedaban— prolijamente enrolladas en las cabillas y en ningún punto de las cubiertas se podía discernir alguna señal de desorden. Trenhern lo había captado al mismo tiempo que yo y ahora me tomó del hombro con una mano rápida, nerviosa.

—Observa, Henshaw —dijo en un susurro excitado—, esto demuestra que algunos estaban vivos cuando entró aquí... —hizo una pausa como para recobrar el aliento—. Pueden estar... pueden estar...

Se detuvo una vez más y señaló sin una palabra la cubierta. Había pasado más allá de las palabras.

—¿Abajo? —dije, tratando de hablar con animación.

Asintió con la cabeza, escrutándome el rostro en busca de combustible para la repentina esperanza que se había encendido dentro de él. Entonces llegó la voz de Williams que estaba de pie ante la escalera de entrada a las cabinas.

—Vamos, señor. No voy a bajar solo.

—Sí, vamos, Trenhern —grité—. Nunca se sabe qué puede pasar.

Llegamos juntos a la escalera y él me hizo señas para que entrara antes. Se estremecía. Al pie de las escaleras, Williams hizo una pausa, después dobló a la izquierda y entró en la cámara. Cuando atravesamos el umbral, me impactó una vez más la extrema pulcritud del lugar. No había señales de apuro o confusión; todo estaba en su sitio como si el mayordomo hubiera ordenado el departamento un

momento antes, y desempolvado la mesa y los utensilios. Sin embargo, por lo que sabíamos, yacía allí un casco desmantelado desde hacía al menos cinco meses.

—¡Tienen que estar aquí! ¡Tienen que estar aquí! —oí que murmuraba mi amigo, y yo, aunque recordaba que Williams la había encontrado así hacía tantos meses, apenas pude evitar unirme a su creencia.

Williams había cruzado al costado de estribor de la cámara y vi que se acercaba a una de las puertas. Esta se abrió, y el ballenero se dio vuelta y le hizo un gesto a Trenhern.

—Vea, señor —dijo—. Esta debe haber sido la cabina de su joven dama; hay prendas femeninas colgadas y sobre la mesa el tipo de objetos que ellas usan...

No terminó; Trenhern atravesó la cámara de un salto, y lo tomó del cuello y el brazo.

—Cómo se atreve... a profanar... —dijo casi en un chillido y de inmediato lo sacó en vilo del pequeño cuarto—. Cómo... cómo... —jadeó, y se agachó para levantar un cepillo con mango de plata que Williams había dejado caer ante—el inesperado ataque.

—No quise ofender, señor —contestó el viejo ballenero con voz asombrada, en la que había un matiz de, justa ira—. No quise ofender. No iba a robar la bendita cosa.

Se golpeó la manga de la casaca con la palma de la mano y cruzó una mirada hacia mí, como para hacerme testigo de la verdad de su afirmación. Sin embargo, apenas noté lo que decía porque oí que mi amigo gritaba dentro de la cabina de su bienamada y en la voz se mezclaba una admirable profundidad de esperanza, y temor y perplejidad. Un instante después irrumpió en la cámara; sostenía algo blanco en la mano. Era un almanaque. Lo giró hacia arriba para mostrar la fecha en la que estaba puesto.

—¡Miren! —gritó—. ¡Lean la fecha!

Cuando mis ojos captaron el significado de las pocas figuras visibles, se me aceleró la respiración y me incliné hacia adelante, mirando con fijeza. El almanaque había sido puesto en la fecha de ese mismo día.

—¡Buen Dios! —murmuré y luego—: ¡Es un error! ¡Es sólo casualidad!

Y seguí mirándolo.

—No lo es —replicó Trenhern con vehemencia—. Ha sido puesto en este día... —se interrumpió un momento. Luego, después de una pausa breve y extraña gritó—: ¡Oh, Dios mío! ¡Haz que pueda encontrarla!

Se volvió con aspereza hacia Williams.

—¿En qué fecha estaba puesto?... ¡Rápido! —casi gritaba.

Williams lo miró confundido.

—¡Maldición! —gritó mi amigo, casi fuera de sí—. ¡Cuando usted subió a bordo antes!

—Nunca he visto antes esa bendita cosa, señor —contestó el ballenero—. No nos quedamos a bordo.

–¡Por Dios, hombre! –gritó Trenhern–. ¡Qué lástima! ¡Oh, qué lastima! –después giró y corrió hacia la puerta de la cámara. Al llegar al umbral miró por sobre el hombro.

–¡Vamos! ¡Vamos! –llamó–. Están en algún sitio. Se están escondiendo... ¡Busquen!

Y eso hicimos, pero aunque recorrimos el navío entero, de proa a popa, no encontramos el menor signo de vida. Sin embargo, en todas partes predominaba aquella extraordinaria limpieza y aquel orden, y no el desorden salvaje de un barco naufrago y abandonado; a medida que pasábamos de un lugar a otro y de cabina en cabina, continuaba experimentando la sensación de que habían estado habitados hasta un momento antes.

Pronto terminamos con la búsqueda, y al no encontrar lo que buscábamos, nos miramos confundidos, casi sin hablar. Fue Williams el primero que dijo algo inteligible.

–Es como le dije, señor; no había nada vivo a bordo.

Ante esto Trenhern no respondió nada y un minuto después Williams volvió a hablar.

–No falta mucho para que caiga la noche, señor, y tendríamos que salir de este sitio mientras haya un poco de luz.

En vez de contestarle, Trenhern le preguntó si alguno de los botes estaba allí cuando lo abordaron antes y ante la respuesta negativa cayó otra vez en su silencioso retraimiento.

Un momento después, me atreví a llamarle la atención sobre lo que había dicho Williams acerca de regresar al yate antes de que se fuera la luz. Ante esto, asintió vagamente con un movimiento de cabeza y caminó hacia el costado, seguido por Williams y yo. Un minuto después estábamos en el bote y enfilábamos a mar abierto.

Durante la noche, no habiendo sitio seguro para anclar, el yate siguió afuera, siendo la intención de Trenhern desembarcar en la Isleta Middle y buscar algún rastro de la tripulación perdida del Happy Return. Si eso no daba resultados, iba a llevar a cabo una prolija exploración de la Isla Niglítingale y de la Isleta de Stoltenkoff antes de abandonar toda esperanza.

Empezó a ejecutar la primera parte del plan en cuanto amaneció porque su impaciencia era demasiado intensa como para esperar más.

Sin embargo, antes de que desembarcáramos en la Isleta, le pidió a Williams que llevara el bote a la ensenada. Tenía la creencia, que en cierto modo me afligía, de que iba a traer a la tripulación y a su bienamada de regreso a la nave. Me sugirió –buscando sin cesar en mi rostro la mútua esperanza que tal vez hubieran estado ausentes el día anterior, debido a alguna expedición a la isla en busca de vegetales comestibles. Y yo (recordando la fecha en el almanaque) pude mirarlo alentadoramente; aunque de no haber mediado ese hecho, me hubiera sentido incapaz de apoyar su creencia.

Penetramos por el pasaje al gran pozo entre acantilados. La nave, cuando nos arribamos a ella, se veía pálida e irreal en la luz grisácea del amanecer envuelto en niebla; sin embargo lo advertimos apenas porque la excitación y esperanza evidentes de Trenhern se estaban volviendo contagiosas. Fue él quien abrió ahora la marcha hacia la penumbra de la cámara. Una vez allí, Williams y yo vacilamos con cierto temor natural, mientras que Trenhern cruzó a la puerta del cuarto de su amada. Alzó la mano y golpeó, y en la quietud subsiguiente oí cómo latía nítido y veloz mi corazón. No hubo respuesta y Trenhern volvió a golpear con los nudillos sobre los paneles; los golpes resonaron huecamente a través de la cámara y las cabinas vacías. El suspenso de la espera casi me descompuso; después Trenhern tomó bruscamente el picaporte, lo hizo girar y abrió la puerta de par en par. Lo oí emitir una especie de gruñido. La cabinita estaba vacía.

Un instante después, lanzó un grito y reapareció en la cámara sosteniendo el mismo almanaque pequeño. Corrió hacia mí y me lo puso en las manos con un grito desarticulado. Lo miré. Cuando Trenhern me lo había mostrado el día anterior mostraba la fecha 27; ahora la habían cambiado al 28.

—¿Qué significa esto, Henshaw? ¿Qué significa? —preguntó desvalido.

Sacudí la cabeza.

—¿Seguro que no lo cambiaste ayer... por accidente?

—¡Completamente seguro! —dijo.

—¿A qué están jugando? —siguió—. Esto no tiene sentido... —hizo una pausa; después repitió— ¿Qué significa esto?

—Sólo Dios lo sabe —murmuré—. Estoy perplejo.

—¿Quiere decir que alguien estuvo aquí desde ayer? —preguntó Williams a esta altura.

Asentí.

—¡Por Dios, entonces, señor! —dijo—. ¡Son fantasmas!

—¡Refrene su lengua, Williams! —gritó mi amigo, volviéndose salvajemente hacia él.

Williams no dijo nada, pero caminó hacia la puerta.

—¿A dónde va? —pregunté.

—A cubierta, señor —contestó—. ¡En este viaje no he firmado ningún papel para tratar con espíritus! —y subió con paso inseguro la escalera de entrada.

Trenhern no parecía haber advertido las últimas observaciones porque cuando volvió a hablar, al parecer estaba siguiendo una cadena de ideas.

—Mira —dijo—. No están viviendo a bordo, es evidente. Tienen algún motivo para mantenerse alejados. Se están escondiendo en algún lugar... tal vez en una caverna.

—¿Qué hay acerca del almanaque, entonces? ¿Crees ...?

—Sí, se me ocurre que deben venir a bordo por la noche. Debe de haber algo que los mantiene alejados durante el día. Quizás un animal salvaje o algo así que los podría ver durante el día.

Sacudí la cabeza. Era todo demasiado improbable. Si había algo que podía alcanzarlos a bordo de la nave, estando como estaba rodeada por el mar, en el fondo de un gran pozo entre los acantilados, entonces me parecía que no estarían seguros en ningún lugar; además, podían quedarse bajo cubierta durante el día y yo no podía concebir nada que pudiera alcanzarlos allí. Se alzó una multitud de objeciones adicionales en mi mente. Y además sabía perfectamente bien que no había animales salvajes de ningún tipo en las Islas. ¡No! Era obvio que no se lo podía explicar de ese modo. Y, sin embargo... estaba el cambio inexplicable del almanaque. Mi cadena de razonamientos terminaba en una niebla. Parecía inútil aplicar cualquier tipo de sentido común al problema y me volví una vez más hacia Trenhern.

—Bueno —dije—, no hay nada aquí y, después de todo, puede haber algo de cierto en lo que afirmas, aunque que me cuelguen si puedo encontrar la punta del ovillo.

Abandonamos la cámara y volvimos a cubierta. Luego nos encaminamos a proa y miramos en el castillo de proa, pero, tal como esperaba, no encontramos nada. Después de eso nos alejamos en el bote y decidimos examinar la Isleta Middle. Tuvimos que remar para salir de la ensenada y rodear la costa un poco hasta encontrar un lugar adecuado de desembarco.

En cuanto desembarcamos, sacamos el bote a lugar seguro y dispusimos el orden de la exploración. Williams y yo íbamos a llevarnos un par de hombres cada uno para rodear la costa en direcciones opuestas hasta que nos encontráramos, examinando de paso todas las cavernas que halláramos. Trenhern se dirigiría a la cima y escrutaría la Isleta desde allí.

Williams y yo cumplimos con nuestra parte y nos encontramos cerca del sitio donde habíamos levantado el bote. El no tenía nada que informar y yo tampoco. No pudimos ver rastros de Trenhern y poco después, como no aparecía, le dije a Williams que se quedara junto al bote mientras yo subía la elevación para buscarlo. Pronto Regué a la cima y descubrí que estaba de pie en el borde del enorme pozo en que yacía el navío naufragado. Miré a mi alrededor y, hacia la izquierda, vi a mi amigo tendido boca abajo con la cabeza sobre el filo del abismo, evidentemente mirando hacia el barco.

—Trenhern —llamé con suavidad, para no alarmarlo.

Alzó la cabeza y miró en mi dirección; al verme, me hizo señas y me apresuré en llegar a su lado.

—Agáchate —dijo en voz baja—. Quiero que veas algo.

Cuando me tendí junto a él, le di un vistazo a su cara; estaba muy pálida. Después me asomé por sobre el borde y miré la tenebrosa profundidad.

—¿Ves lo que quiero decir? —preguntó, hablando aún en un susurro.

—No —dije—. ¿Dónde?

—Allí —señaló—. En el agua a estribor del Happy Re tu rn.

Mirando en la dirección indicada, cerca de los restos de la nave, distinguí varios objetos pálidos, de forma oval.

—Peces —dije—. ¡Qué extraños!

–¡No! –replicó él–. ¡Rostros!

–¡Qué!

–¡Rostros!

Me arrodillé y lo miré.

–Mi querido Trenhern, estás dejando que este asunto te afecte demasiado... Sabes que cuentas con toda mi simpatía. Pero...

–¡Mira –dijo–, se están moviendo, nos están mirando! –hablaba en voz baja, ignorando por completo mi protesta.

Me tendí otra vez y miré. Tal como había dicho, se estaban moviendo y cuando miré se me ocurrió una idea repentina. Me puse en pie bruscamente.

–¡Lo tengo! –grité excitado–. Si estoy en lo cierto eso podría dar cuenta del abandono de la nave. ¡Me pregunto por qué no lo pensamos antes!

–¿Qué? –preguntó con voz cansada y sin alzar la cabeza.

–Bien, en primer lugar, viejo, ésas no son caras, como bien lo sabes, pero te diré lo que es probable que sean: los tentáculos de algún tipo de monstruo marino, un kraken, o un pulpo... algo por el estilo. Me es fácil imaginar a una criatura de esa clase habitando ahí abajo y del mismo modo puedo comprender que si tu amada y la tripulación del Happy Return están vivos, se sientan inclinados a apartarse lo más posible del viejo barco si tengo razón... ¿eh?

Cuando terminé de explicar mi solución del misterio, Trenhern estaba en pie. La cordura había vuelto a sus ojos y había un rubor de excitación reprimida a medias en las mejillas hasta entonces pálidas.

–Pero... pero... pero... ¿y el almanaque? –jadeó.

–Bueno, pueden atreverse a subir a bordo por la noche, o en cierto momento de las mareas, en los que tal vez hayan descubierto que hay poco peligro. Desde luego, no puedo afirmarlo, pero parece probable y nada más natural que llevar un registro de los días, o lo pueden haber puesto en fecha sin pensar, de paso. Hasta podría tratarse de tu bienamada contando los días desde que se separó de ti.

Me volví y espí otra vez por sobre el borde del acantilado; las formas flotantes habían desaparecido. Entonces Trenhern me tironeó del brazo.

–Vamos, Henshaw, vamos. Regresaremos al yate y traeremos armas. Voy a matar a ese monstruo si aparece.

Una hora más tarde estábamos de regreso con dos de los botes del yate y sus tripulantes, todos armados con machetes, arpones, pistolas y hachas. Trenhern y yo habíamos elegido un pesado revólver cada uno.'

Los botes fueron arrimados y se les ordenó a los hombres que abordaran el barco naufrago, y allí, contando con suficiente comida, pasaron el resto del día, vigilando con atención en busca de señales de cualquier cosa.

Sin embargo, cuando se acercó la noche, manifestaron una considerable inquietud; por último enviaron al viejo ballenero a popa a decirle a Trenhern que no se quedarían a bordo del Happy Return después de caer la noche: obedecerían

cualquier orden que les diera en el yate, pero no habían sido contratados para permanecer a bordo de un barco dirigido por fantasmas.

Una vez que oyó a Williams, mi amigo le dijo que llevara sus hombres al yate, pero que regresara en uno de los botes con cosas para dormir, ya que él y yo íbamos a quedarnos a pasar la noche a bordo del barco. Esto era lo primero que yo oía del asunto, pero cuando lo reconvine me dijo que tenía plena libertad para volver al yate. Por su parte había decidido quedarse y ver si venía alguien.

Como es natural, después de eso tuve que quedarme. Pronto regresaron con los implementos de dormir y después de recibir órdenes de mi amigo para que vinieran a buscarnos al romper el día, nos dejaron a solas para pasar la noche.

Bajamos los implementos de dormir y los acomodamos sobre la mesa de la cámara; después subimos y paseamos por la cubierta de popa, fumando, hablando seriamente... escuchando; pero nada llegaba a nuestros oídos, a no ser la voz grave del mar más allá del cinturón de algas. Llevábamos los revólveres porque sólo sabíamos que podíamos llegar a necesitarlos. Sin embargo, el tiempo fue pasando sin accidentes, excepto una ocasión en que Trenhem dejó caer pesadamente la culata del arma sobre la cubierta. Justamente entonces, desde todos los acantilados que nos rodeaban, rebotó hacia nosotros un estallido grave, hueco, atemorizante. Era como el gruñido de una bestia enorme. Pronto la oscuridad se hizo total en el fondo de aquel pozo tremendo. Por lo que podía juzgar, una niebla había bajado sobre la Isleta y formado una especie de tapa enorme sobre el pozo. Cuando bajamos eran alrededor de las doce. Creo que para entonces hasta Trenhern había empezado a advertir que habernos quedado era un poco imprudente; si éramos atacados, al menos abajo, podríamos resistir mejor. En cierto sentido el temor incierto que yo sentía no era inducido por la idea del gran monstruo que creía haber visto cerca de la nave durante el día, sino más bien por algo innombrable en el aire mismo, como si la atmósfera del lugar fuera un medio conductor del terror. Sin embargo, serenándome con un esfuerzo, atribuí tal impresión a mis nervios en tensión, de tal modo que pronto, habiéndose ofrecido Trenhem para hacer la primera guardia, quedé dondido sobre la mesa de la cámara, dejándolo sentado junto a mi con el revólver sobre las rodillas.

Entonces, mientras dormía, tuve un sueño de una nitidez tan extraordinaria que me parecía estar despierto. Soñé que de pronto Trenhern respingaba y se ponía en pie de un salto. En el mismo instante, oí una voz suave que llamaba "¡Tren! ¡Tren!". Venía desde la puerta de la cámara y, en mi sueño, me daba vuelta y veía un rostro muy hermoso, con dos ojos enormes, admirables. "¡Un ángel!" susurraba para mis adentros; entonces supe que me había equivocado y que era el rostro de la amada de Trenhern. La había visto sólo una vez, justo antes de que se embarcara. Mis ojos fueron de ella hacia Trenhern. Había dejado el revólver sobre la mesa y ahora ella tendía los brazos hacia él. La oí murmurar "¡Ven!" y después Trenhern estuvo a su lado. Los brazos de la muchacha lo rodearon y después, juntos, atravesaron el

umbral. Oí los pies de él sobre la escalera y después de eso mi sueño se convirtió en un descanso vacío, sin sueños.

Me despertó un grito terrible, tan espantoso que me pareció despertar más a la muerte que a la vida. Durante tal vez medio minuto estuve sentado entre mis implementos de dormir, inmovilizado por el hielo del miedo, pero no me llegó ningún otro sonido, así que mi sangre volvió a correr por las venas y tendí la mano en busca del revólver. Lo aferré, aparté las mantas y salté al piso. La cámara estaba inundada por una tenue luz grisácea que se filtraba por el tragaluz de arriba. Era apenas suficiente para mostrarme que Trenhem no estaba presente y que el revólver estaba sobre la mesa, en el sitio donde lo había colocado en mi sueño. Ante esto, lo llamé vivamente, pero la única respuesta que obtuve fue el eco vacío y fantasmal de las vacías cabinas circundantes. Después corrí hacia la puerta y luego escaleras arriba hasta la cubierta. Allí, en la brumosa luz del amanecer, miré a lo largo de las cubiertas desnudas, pero no vi a Trenhern por ningún lado. Alcé la voz y grité. Los acantilados torvos, circulares atraparon el nombre y lo hicieron resonar mil veces, hasta que pareció que, desde la penumbra de los alrededores una multitud de demonios gritaba " ¡Trenhern! ¡Trenhem! ¡Trenhern! ¡Trenhern!". Corrí a babor y miré por sobre la borda: ¡Nada! Volé a estribor; mis ojos captaron algo: varios objetos que flotaban a poca distancia de la superficie. Miré con atención y el corazón pareció detenerse de pronto en el pecho. Estaba contemplando una veintena de rostros pálidos, ultraterrenos, que me devolvían la mirada con ojos tristes. Parecían oscilar y temblar en el agua, pero por lo demás no había movimientos. Debo de haberme quedado así durante muchos minutos porque, bruscamente, oí un sonido de remos y después se deslizó alrededor de la popa el bote del yate.

—Hacia la proa, vamos —oí gritar a Williams—. ¡Aquí estamos, señor!

El bote rozó el costado.

—Cómo la han... —empezó Williams, pero me pareció haber visto algo que se me acercaba por cubierta, lancé un grito y salté hacia el bote., Aterricé sobre uno de los bancos.

—¡Apártenlo! ¡Apártenlo! —aullé y tomé uno de los remos para ayudar.

—¿Y el señor Trenhern, señor? —interpuso Williams.

—¡Está muerto! —grité—. ¡Apártenlo! ¡Apártenlo!

Y los hombres, contagiados por mi miedo, remaron hasta que en pocos instantes estábamos —a veinte metros de la nave. Allí hubo una pausa.

—¡Llévelo mar afuera, Williams! —grité, frenético por la cosa con la que me había encontrado—. ¡Llévelo mar afuera!

Y ante estas palabras, Williams dirigió el bote hacia el pasaje que comunicaba con el mar. Esto nos hizo pasar cerca de la popa del barco naufragado y mientras pasábamos por debajo alcé la cabeza hacia la masa sobresaliente. Cuando lo hice, un rostro difuso, bello se asomó sobre el remate de la proa y me miró con grandes ojos apenados. Tendió los brazos hacia mí y grité con fuerza porque las manos eran como las garras de un animal salvaje.

Mientras me desmayaba, la voz de Williams me llegó en un bramido ronco de puro terror. Les gritaba a los tripulantes:

—¡Remen! ¡Remen! ¡Remen!

Nota Post-Liminar

Por Elvio E. Gandolfo

La breve obra de W. H. Hodgson, publicada entre 1907 y 1916, aparece en un momento privilegiado de la narrativa de terror y fantástica en Inglaterra. En esos años hacen conocer algunos de sus mejores títulos Algernon Blackwood, M. R. James y Arthur Machen, precedidos por antecedentes no muy lejanos como el *Drácula* (1897) de Bram Stoker.

Sin embargo, Hodgson ha debido esperar casi a mediados de este siglo para ir siendo rescatado lentamente, siendo sintomático el hecho de que su nombre no figure aún en ningún libro común de referencias literarias, a diferencia de los otros autores mencionados. Tal vez esto sea atribuible en parte a factores externos, como el hecho de que no integrara agrupaciones aglutinantes como la orden ocultista *Golden Dawn*, en la que intervinieron Stoker, Machen y Yeats, o su traslado a Francia en los alrededores de 1913, o su temprana muerte.

Tal marginamiento se explica con más claridad si se lee su obra. Constituida por cuatro novelas, cuatro libros de cuentos y narraciones y poemas sueltos, tiene un carácter áspero, de transición, que la diferencia claramente del tono pulido, de culminación que caracteriza a Blackwood, J. R. James o Machen. Aunque algunos de esos factores discordantes pertenecen al pasado parecen desconocer la evolución sufrida por el relato fantástico, muchos otros lo acercan a narradores posteriores, fundamentalmente H. P. Lovecraft y parte de los que publicaron en la revista norteamericana *Weir Tales* en las décadas del veinte y del treinta.

Esos elementos de ruptura se presentan también si se intenta ubicar sus numerosos ejemplos de literatura "marítima" dentro de la corriente tradicional. Aunque muchos de ellos, recopilados en *The Luck of the Strong* (1916) y *Captain Gault* (1917), entran en la categoría del cuento de aventuras, con personajes relacionados con la picaresca y argumentos de puro entretenimiento, éstos integran la zona menos personal de su obra. En los mejores relatos, a diferencia de lo que ocurre en clásicos como Conrad o Melville o autores menores como Robert Ballantyne, el mar es un sitio desprovisto de historia y casi de geografía, entrando en una zona intemporal, casi metafísica, y dando pie más a la inmovilidad y al terror que a la aventura y el movimiento. Muchos de ellos comienzan con un navío rodeado de niebla, o abandonado, estancado en una calma chicha (si hay una tormenta es para conducirlo por fin a esa situación). Esa necesidad de detener a un navío, de hacerlo pasar de medio de transporte a algo no menos misterioso y terrible que una casa embrujada, explica en parte la fascinación que ejerce sobre él el Mar de los Sargazos. Transformado en verdadera obsesión temática, sirve de marco a su primera novela, *The Boats of the Glen Garrig* (1907) y a varios cuentos. El hecho adicional de que

todas las embarcaciones sean de vela, en una época en que la navegación a vapor estaba plenamente impuesta, es un nuevo recurso para obligar a sus personajes a sufrir impotentes el destino.

Otro factor desconcertante, de fricción, es el modo desparejo con que Hodgson encara el delicado equilibrio entre la explicación natural y la sobrenatural, cuya no resolución definida sería, según Torrov, la característica esencial de la narración fantástica, diferenciándola del cuento maravilloso o de hadas y de la ciencia ficción. Sus cuentos más poderosos, los que han resistido con mayor integridad la erosión del tiempo, son justamente los que lo conservan. "Una voz en la noche" lo profundiza incluso, haciendo que el elemento alucinante pase a formar parte de los personajes mismos, sometiéndolos a un castigo terrible que hace pensar en una culpa sin nombres. De este modo se interioriza el horror, un procedimiento eficaz, cuyo origen puede advertirse en obras como *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Stevenson, se prolonga hasta fundirse con las corrientes fundamentales de la narrativa contemporánea (en Kafka, Beckett y otros), y llega a la popularización definitiva al alcanzar el psicoanálisis una difusión casi folklórica. Lo mismo ocurre en "El regreso al hogar del Shamraken"; aunque aquí el tono sea poético, se consigue una magistral tensión entre lo natural y lo sobrenatural, que impregna a los marinos intemporales del velero hasta las últimas líneas. "El barco abandonado", por último, sigue respetando el equilibrio, ya que las explicaciones de confuso evolucionismo creacionista de quien lo relata son un mero marco posible, sin embargo útil para dar mayor solidez al hecho terrorífico y sobrenatural: la clásica animación de un objeto inorgánico.

En "Desde el mar sin mareas", en cambio, hay una fractura evidente. Por un lado tenemos la descripción morosa, estirada, que hace llegar la angustia al máximo límite posible, de los sonidos extraños y los hechos espantosos que rodean a una nave perdida en el Mar de los Sargazos. Por el otro, la explicación de esos hechos, que es manifiestamente limitadora, una especie de anticlímax que recurre a la mera amplificación de animales comunes. Sin embargo el peso de lo angustiioso es tan oprimiente y la técnica estructural empleada (el relato fragmentario) tan efectiva, que el cuento no alcanza a desmoronarse. Eso sí ocurre con la segunda parte de "La nave de piedra". La primera, la de los hechos extraños, constituye una construcción impecable de atmósfera sobrenatural, y en el terreno de las imágenes despliega una serie de cuadros surreales casi sin parangón hasta esa fecha, haciendo pensar en Magritte o Delvaux. La explicación final, en cambio, supera el folletín más descabellado y fuerza la lógica narrativa hasta caer en el ridículo. El contraste es tanto más impactante por estar ambas zonas claramente delimitadas, sin mezclarse.

En lo que se refiere a sus novelas, la primera de ellas, la ya citada *The Boats of the "Glen Carrig"*, pertenece, junto con la tercera, *The Ghost Pirates* (1909), al ciclo marítimo. A diferencia de lo que ocurre en los cuentos cortos, son las menos interesantes, demasiado morosas en su fluir y de una invención limitada si se las compara con las dos restantes.

La casa en el límite (*The House in the Borderland*, 1908) constituye una de sus obras maestras, y ha tenido una influencia y un carácter anticipatorio decisivos respecto a las corrientes posteriores de la literatura fantástica. Ambientada en un caserón ruinoso de la campiña irlandesa, que se alza al borde de un abismo, está narrada con estilo desparejo y fragmentario, con trozos de diario íntimo vistos desde un tiempo ya lejano a los hechos acontecidos, que logra aumentar en vez de disminuir la verosimilitud de lo contado. Predominan dos planos: uno en que el habitante de la casa va siendo rodeado de sonidos, olores y sucesos espantosos e inexplicables, relacionados con habitantes de las profundidades, y otro en el que el mismo personaje asiste a una fantástica aceleración del tiempo que le brinda visiones inconmensurables del futuro de la Tierra. Su magnitud cósmica era desconocida hasta entonces en la literatura fantástica y sería recorrida más tarde por H. P. Lovecraft y Olaf Stapledon. Es de destacarse que la nitidez y características de las visiones de Hodgson tienen más de un punto de contacto con las descripciones de las que provocan las drogas alucinógenas.

Su última novela, *El reino de la noche* (*The Night Land*, 1912), ha provocado polémicas desde su aparición. Muchos críticos⁵ coinciden en señalar la dificultad que entraña para su lectura la excesiva extensión (casi doscientas mil palabras) y el uso y abuso de un inglés arcaico. ¡Pero al mismo tiempo coinciden en indicar la calidad y originalidad inéditas de sus imágenes desmesuradas, que describen un futuro donde lo que queda de la humanidad se ha refugiado en ciudades-pirámides brillantes, asediadas por Observadores gigantescos que esperan durante milenios que la energía que sustenta a los sobrevivientes se agote.

Sobre la fecha de nacimiento de Hodgson existe una extraña discrepancia de dos años. Donald Tuck y Brian Aldiss la sitúan en 1887; Pierre Versins, Sam Lundwall y algunas publicaciones francesas, en 1875, fecha que elige también Jorge A. Sánchez en el útil prólogo a la primera versión castellana de *La casa en el límite*⁶, aunque la afirmación posterior de que "tenía treinta años cuando publicó su primera novela" coincide con la primera, ya que *Los botes del "Glen Carrig"* es de 1907. Sea como fuere, Hodgson se fue del hogar a temprana edad, para embarcarse. Viajó durante ocho años sirviendo en la Marina Mercante Inglesa, experiencia que alimenta el sólido contorno ambiental de sus relatos del mar. Regresó a su patria y comenzó a escribir los primeros relatos de horror, que tuvieron un moderado éxito. En 1913 se casó y mudó al Sur de Francia, país que admiraba. Fue publicando los libros que hemos mencionado, a los que deben agregarse *Carnacki, the Gost Finder* (1910), que pone en escena un detective de lo sobrenatural (cercano al John Silence de Blackwood, creado en la misma época) y *Men of the Deep Waters* (1914), sin duda su mejor libro. Al estallar la Primera Guerra Mundial se enrola, y pierde la vida el 17 de

⁵ Uno de ellos es el propio Lovecraft, que en *Supernatural Horror in Literature* (1927), se refiere a su "dolorosa verborragia, el carácter repetitivo y el sentimentalismo romántico artificial y pegajoso hasta la náusea".

⁶ Edit. Andrómeda, Buenos Aires, 1977.

abril de 1918, en un puesto de observación, donde una granada lo destruye poco tiempo antes del armisticio.

Desde entonces su obra entra en una zona de oscuridad. Comienza a atraer el interés nuevamente a partir de la inclusión de "Una voz en la noche" en una antología publicada por Colin de la Mare en 1931, aumenta progresivamente su resonancia con el ascenso lento pero firme de Lovecraft y sus seguidores, y se afirma con las publicaciones en revistas dedicadas al género terrorífico y las recopilaciones que Arkham House realiza de sus novelas y cuentos en 1946 y 1967 respectivamente.

En castellano su obra más difundida es *La casa en el límite*, que ya ha conocido dos versiones. La traducción de los relatos que integran *Aguas profundas* pone al alcance del lector una variada y pareja muestra de lo mejor de su narrativa, donde predominan obsesiones angustiosas, un sabio dominio de los sonidos y los olores para la creación de atmósferas oprimientes y una melancolía general que matiza hasta los relatos más terribles.

ELVIO E. GANDOLFO
Piriápolis, 25 de junio 1979